

ME AMAS

Diana Scott

ME AMARÉ



Me amas, me amaré

By Diana Scott

Sin grasa sin vida

Ensalada sin aceite, no vaya a superar la ración diaria de grasas saturadas que tengo permitida.

Sin picatostes porque las harinas blancas se encajan de forma directa en las caderas.

Trozos de tomate por su alto contenido en agua. Aunque pequeños debido a los azúcares concentrados en su pulpa.

Mis manos encierran un recipiente plástico repleto de una lechuga que preferiría lanzarse de cabeza mil veces hacia el cubo de basura antes de seguir viviendo una vida tan insípida.

Mareando con mi tenedor las hojas mojadas suspiro ante mi vida tan aguada como la ensalada que pincho.

El día que nací me dieron un cachete en el culo y me pusieron junto al pecho de mi madre para que comiera. Ella dice que chupaba como si no existiera un mañana. ¡Qué esperaba que hiciera! Imagino que en ese momento mi escasa capacidad de razonamiento no me indicó que el futuro se me presentaría entre curvas de trazo grueso.

La pediatra deseaba que engordara y eso fue lo que hice. Claro está que nunca me indicó que esa ingesta de calorías llevaría a mi cuerpo a arrepentirse de mi presente. Mis nalgas actuales continúan tan lozanas como un bebé de pecho. Penoso es descubrir que los rollitos graciosos de mi infancia llegaron a convertirse en el programa diario de las conversaciones sarcásticas de jóvenes acnéicos de instituto.

De pequeña soporté opiniones de lengua suelta. De niña escondía mis piernas bajo un manto de timidez vergonzante. De adolescente, sufrí sin consuelo el no ser una de tantas a las que se ve pasar, y se ignora. De joven no me quedó otro camino que aceptar mi destino sabiendo que el cuerpo que poseo es el mismo al que a muchos desilusiona.

Algunos opinan que mis pechos son exuberantes y firmes. Mi opinión es muy diferente. Cintura amplia con respecto a los cánones actuales, y muslos como dos buenos jamones, soy la típica mujer que vive a dieta y nunca alcanza su objetivo. Mi cuerpo parece anclado en el mismo peso. Una vez probadas las recetas de actrices, cantantes y cantamañanas solo fui capaz de aceptar que mi vida se desarrollaría entre verduras al vapor y lechuga sin aceite.

Sí, soy esa joven de caderas pronunciadas y perniles bien desarrollados a la que miras pasar y juzgas sin conocer. Una de esas a las que el canon de belleza le dio la espalda. Cómo me gustaría gritarles que algunos nacimos con los renglones de nuestra vida pintados en trazo grueso.

¡Sí! Soy la típica muchacha de huesos grandes, caderas pronunciadas y curvas mareantes. Si no te gustan, ¿por qué me miras? ¡Qué conoces de mi para creerte con el derecho de saber lo que como o lo que dejo de comer! ¿Acaso sabes cuántas dietas he reescrito con las lágrimas de mi derrota?

Cuando me siento en un bar inmediatamente formo parte de las conversaciones de anoréxicas felices con su aliento a vomitivo. Todas ellas disfrutan enjuiciando lo que con toga negra ocultan de sus propias rodillas raquíticas. Creen que no veo cuando esconden su sonrisa tras las palmas abiertas. Sus palabras son martillos que golpean dictaminando sentencia a mi cuerpo reprobado.

¡Odio la avena, la sacarina y el huevo duro! Sin embargo, mastico y trago. Bebo agua, pero ellas me juzgan igualmente.

Soñando con ser esa chica a la que nadie mira me he convertido en un cuerpo que en silencio odio.

—¿Aún comiendo Gabrielle?

—No, señor Harland.

Escondí mi Tupperware de verdura no aliñada debajo del escritorio y me puse en pie de un salto. El alimentarme era un pecado que prefería cometer en soledad.

La voz tozuda del señor Harland se sacudió incrédula.

Las chicas que no cumplimos las medidas del noventa sesenta noventa perdemos más tiempo en explicar que no estamos comiendo que en ser aceptadas como algo más que una envoltura de bombón relleno. Como me gustaría tener el valor para decirles: ¡Sí! ¡Soy esta! ¡Si no te gusta para que miras!

—Solo descansaba unos minutos.

—¿Descansando? —dijo mirando con frente ceñuda las inmensas cajas de novedades.

Me puse en marcha rápidamente y rompí el cartón para extraer una gran columna de libros.

—¡Cuidado! ¡No arrugues las portadas!

—No, señor Harland. No se preocupe. Ahora mismo las acomodo.

A paso apretado apoyé en la mesilla de entrada las últimas novedades. Llevada por mi instinto natural acaricié la primera portada. Los libros son mi refugio. A ellos los trato con todo el amor que tengo para dar y que nadie reclama.

—¡Qué haces! Gabrielle, ¡despierta! Parece que esta semana te has comido tus propias neuronas.

Me mordí la lengua para no decirle las palabras que no deseaba tragarme.

—La editorial ha pagado por su espacio. No puedo permitir que una escritora independiente se escabulle en primera línea. ¡Se puede saber quién conoce a esta mujer! —dijo observando el libro primero.

Me quitó el ejemplar con los garfios de sus dedos y los amontonó en la esquina inferior de la última estantería al final del pasillo. Los chillidos del director de mi área rebotaban entre las portadas de romance ardiente.

—¡No nos pagan por hacer famosas a tontas sin talento! ¡Las editoriales son las que pagan y las que deciden! A ver si te queda claro.

El libro que el señor Harland había escondido tenía mucho más por contar que aquellos por los que la editorial había pagado la primera columna del frontal. Amaba mi trabajo y necesitaba el sueldo. Preferí callar.

Romance en Palabras es una gran librería ubicada a pocas manzanas de Union Square. Una preciosidad de más de ochenta años de antigüedad. Las estanterías altas llegan hasta el techo infinito y los lomos son palomas con el ala caída esperando ser liberadas.

Subiendo las escaleras a mano derecha se encuentra nuestra área. Portadas de color pastelón se extienden desde el suelo hasta los altos techos. No existe lectora en la ciudad de New York que no conozca nuestro edificio. En nuestra planta se respira el aroma a salitre de desamor y café con miel de reconciliación. Aquí las fantasías se convierten en realidad y el amor una esperanza al alcance de todas. Incluso las de corazones redondeados como el mío.

—¡Los independientes en el fondo! Ya lo sabes. ¡Aquí solo las grandes editoriales! ¡Esas tontas van a leer lo que yo diga!

—Y lo que la editorial pague...

—¿Cómo has dicho? —frunció su nariz de pequeñas venas estalladas.

—Dije que ahora mismo, señor Harland. Ahora mismo.

—Mejor así. Gabrielle, en este mundo sobran libros y faltan compradoras. y como bien sabes

los sueldos no se pagan solos...

Calvo con frente sudorosa hasta en los días de nevada el señor Harland era el peor director de área de toda la ciudad de New York. Le importaban tanto los libros románticos como la conservación del fondo marino. El rancio de sus camisas era su *oui de toilette* habitual. El muy cretino se marchó dejándome con el deseo de empujarle escaleras abajo directo al área de historiadores pedantes.

—Perdona, ¿puedes ayudarnos?

Me acerqué con la sonrisa en los labios al imaginar a mi jefe rodando por las diferentes áreas. Estas pequeñas cuotas de maldad inocente son las que hacen que la lechuga rancia le siente como lasaña rebosante de queso derretido a mi estómago aburrido.

Moví el delantal tan absurdo que nos obligaban a vestir de un lado a otro y me acerqué feliz.

Amo la literatura. Podría pasarme días enteros escondida entre hojas oscurecidas y aroma a polvo de estantería.

—Estoy para ayudar. ¿Buscan algún libro en especial?

Dos chicas de mofletes sonrosadas por la diferencia de temperatura entre el frío de la calle y la calefacción de la librería comenzaron a hablar con jovialidad contagiosa.

—¡Queremos algo emocionante! ¿Tienes algo de romance oscuro?

—¡Claro! ¿Algún título en especial?

—Algo con pasiones intensas y personajes corruptos —dijo la de pecas divertidas concentradas bajo los ojos color miel.

—Creo que podría recomendarte *Noches de Pecado de Emily J. Black*. Es bastante intenso y tiene una trama desbordante de emociones.

—¡Perfecto! Es justo lo que buscábamos.

—No sé por qué te gustan esas historias, son tan... tóxicas —la amiga de gafas de pasta roja habló mientras se aflojaba la bufanda del cuello.

—¿Tóxicas? ¡Son realistas! La vida no es un cuento de hadas. Además, esos chicos son maravillosos —su suspiro moviendo de arriba a abajo las pecas de su nariz.

—Esas relaciones son repugnantes. No son saludables. Las chicas cada vez más sueñan con encontrar al malote traficante. Creen que el amor es degradación y control. Cada vez tenemos más índices de machismo y todo porque las muy tontas no dejan de imitar lo que leen. Por qué no disfrutar con un romance más ¿positivo? —preguntó quitándose las gafas para limpiarlas con el puño del jersey.

—Porque la vida no siempre es positiva. ¡Las relaciones son complicadas! Muchas veces la media naranja se convierte en medio melón pesado. Además, la ficción es ficción. Las chicas que buscan un novio tóxico igual a un libro se lo deberían hacer mirar. Es literatura y punto. He leído muchos libros de Stephen King y no por eso me he convertido en asesina en serie.

—¡El amor tóxico no es amor!

—Irene, necesitas soltarte la melena.

—Y tú recogértela un poco.

Ambos se pusieron a reír. Era tan interesante ver cómo la literatura reflejaba sus contrapuestas perspectivas que me quedé observando. Ambas discutían como dos ilustres en la sala marrón de la Real Academia de las letras.

—Las relaciones difíciles son las más apasionantes.

—Y muy destructivas. ¿Por qué no buscar algo que celebre el crecimiento personal y el amor sano?

Ambas me miraron con ojos saltones buscando mi opinión. Me atraganté ante la idea de ser juez en una causa en la que no tenía opinión definida.

—Hay belleza en ambas perspectivas —dije de forma conciliadora—. Al final depende de lo que cada una de nosotras busque en una historia.

—¡Exacto! La vida no es siempre de color rosa, ¿no lo crees? —dijo revoloteando sus pecas entusiasmadas con mi declaración.

—Pero no tiene que ser completamente gris. Creo que hay espacio para la esperanza y la positividad —su amiga se volvió a encajar las gafas en el puente de su naricilla respingona.

—Creo que ambas tenéis puntos de vista válidos. Las historias reflejan la complejidad de la vida. Las escritoras son capaces de convertir en ficción las grandes cuotas de realidad. Sus plumas son la barita mágica que nos envuelve y atrapa. Ellas poseen el poder de transformar la ficción en realidad y la realidad en un final con sabor a esperanza —dije convencida. Los cientos de libros que llevaba tras mi vista cansada hablaron por mí.

—¿Y no crees que esa literatura puede influenciar a las jóvenes de manera negativa? Las cifras no mienten. Cada vez crece más el machismo entre las jóvenes. Chicas que piensan que, si les prohíben salir con sus amigas, o las controlan, es porque las quieren. ¡Piensan que esa basura es amor!

—Ocultar no es enseñar. Si lo leen estarán preparadas. Deben ser ellas las que piensen por sí mismas. ¡Por favor! Es un libro. Soy joven, no idiota. Los narcotraficantes reales no me interesan. ¡Es solo una novela de romance!

—¡Entonces por qué no aprender de relaciones saludables! También se puede ser romántico y a la vez leer una historia construida en una vida llena de amor y respeto.

La conversación se detuvo mientras otras tres chicas se acercaban. Viendo que no llegaban a ninguna conclusión tuve que acelerar el proceso. Estábamos en plena tarde y la puerta no dejaba de abrirse ante nuevas lectoras entusiastas.

—Ambas tienen puntos de vista válidos —contesté cerrando la disputa—. La literatura tiene el poder de influenciar y ser una inmensa ventana a la realidad. Creo que cada lectora es diferente, algunas encuentran consuelo en la complejidad de las historias de *Dark romance*, mientras que otras prefieren enfoques más positivos. Al final, la literatura es un mundo intenso de sabores en donde cada una de nosotras se puede sentar y disfrutar sin complejos. Si se romantiza el maltrato al final quedará en la evaluación de la lectora la última palabra. Ellas son sabias y saben lo que desean y lo que no.

—¿Y si son muy jóvenes para comprender la gravedad del tema? ¿No les estamos enseñando que las relaciones tóxicas son normales?

—La literatura es una herramienta de aprendizaje, pero también un escenario para la ilusión. Podemos discernir entre la ficción y la realidad, somos seres pensantes. Opino que forma parte de nuestra inteligencia femenina pintar nuestra portada de vida. Me gusta pensar que no somos tontas y comprendemos la diferencia entre la vida y las hojas rellenas con una buena historia.

— ¡Voy a llevarme este libro! Y se acabó.

Su amiga contestó sujetando unas quinientas páginas de puro *Dark Romance*.

—Está bien, pero no me pidas que yo lo lea —sus hombros pesados llegaban al suelo.

—Creo que tengo uno escrito exactamente para ti. Va de un amor complicado e incluso tóxico. Todo comienza mal, muy mal.

—¿Y eso me gustará?

—El protagonista comprende su error, cambia y después... ya lo verás. Te gustará su

evolución. La autora no romantiza lo malo, sin embargo...

—Ese es mi libro. ¿Cómo se llama?

—Tesoro oculto de Diana Scott —dije entregándolo en mano. Los libros poseen el poder de acomodar, enseñar u ocultar. Todo dependerá de los ojos vivarachos que lean sus renglones.

Ambas se marcharon abrazando su libro cuando me puse a acomodar el resto de los recién llegados. Editoriales con pagos de publicidad, primeros. Los de autoras independientes y de escasos medios, al fondo de la pila. Cuando terminé ya eran más de las ocho. El doble turno se notaba en mis tobillos. Me senté con unas ganas locas de cenar un chuletón con patatas. Llevaba una semana con la dieta de los verdes y mi estómago crujía por algo poco sano. Abrí la mochila y el termo con licuado de apio y espinacas me echó hacia atrás. Una semana de sufrimiento y mi cuerpo seguía exactamente igual. Redondeado, con hambre y sin unos labios a los que poder besar.

Aburrida de mí misma guardé el batido y cogí *Las confesiones del señor Harrison de Elizabeth Gaskell*. Un romance que siempre me arrancaba una sonrisa a pesar de mi estómago ahuecado y mi corazón solitario.

—¿Disfrutando de la lectura? Igual la señorita desea un café con nata y dos terrones de azúcar.

Arrojé el libro por los aires. La voz pastosa y arrastrada del señor Harland me trajo al siglo actual de un tirón de mechas.

—Si deseas te puedo ofrecer el descanso permanente...

—No es necesario, señor Harland.

Necesito el trabajo. Es el único medio que tengo para ahorrar y largarme de mi casa. Aún no llego ni a la mitad de la fianza del alquiler que exigen los propietarios de una vivienda medio decente.

—Muy bien, he decidido hacer algunos cambios en la disposición de las secciones. Quiero que te encargues de ello inmediatamente.

—¿A estas horas? —dije al ver la oscuridad de la calle.

—Falta una hora para el cierre. ¿Deseas vagar hasta las nueve?

—Por supuesto que no, Sr. Harland. Lo haré en cuanto termine de mí... lo haré inmediatamente —rectifiqué al instante en que sus pómulos de manzana podrida comenzaron a incendiarse.

Crucé las piernas al caminar hacia el depósito. Ya mearía cuando el señor Harland desapareciera. Solo rogaba que no resultara ser demasiado tarde para la dignidad de mis pantalones.

Cómelo tú

Arrojé la mochila al suelo y me quité los zapatos ni bien crucé el portal. Tenía las manos entumecidas y el estómago vacío.

—¡No dejes los tacones tirados!

—No mamá —contesté dándoles una patada y escondiéndolos bajo el sofá.

A cuatro patas me acerqué a la mesa y me senté despatarrada. El mantel ocre oscuro anidaba la fuente con aroma a cielo.

—Lasaña de carne con dos salsas—. Mi hermana respondió con melosidad cremosa a mi olfato curioso. En su voz se descubría sabor picante de nuez moscada mezclados con la untuosidad de una carne jugosa.

—¡Mamá! No te olvides del batido de apio para Gabrielle.

La muy desgraciada esperó unos minutos antes de hablar. El tiempo exacto en el que mi rostro se derretía ante la fuente rebosante de dulce salsa de tomate.

—Aquí lo tienes cariño.

Una copa elegante con un líquido espeso y nauseabundo se movía de un lado a otro de forma lenta.

—¿Qué son esas cosas? —señalé con temor unos pequeños gusanos blancos que nadaban en la superficie.

—Es cebolla picada. Leí que es un estupendo quema grasa abdominal. Lo corté en trocitos pequeños para esconder el sabor picante.

Mi hermana escondió la sonrisa tras el primer bocado de lasaña. La vi tragar de forma tan lenta como su victoria. La muy desgraciada todo lo que poseía de malvada lo tenía de guapa. La genética con ella no había seguido mis pasos. Su cabellera morena caía sobre sus hombros delicados y finos hasta alcanzar su cintura de perrito chihuahua. Amanda era capaz de comer un plato de pasta, tomarse un helado de nata a los tres chocolates, cenar un bocata de chorizo y despertar con dos kilos menos. ¿Cómo lo hacía? Pues regalando su alma al diablo. Cómo iba a ser si no. Me odiaba desde que éramos pequeñas. La muy atontada a veces actuaba como si me envidiara. A la pobre, la belleza le había atontado el cerebro.

—No pienso cenar esto... —dije hundiendo los gusanos blancos de cebolla hasta el fondo y observándolos volver a reflotar cual ave fénix.

—Querida, sabes que debes cuidar tu figura. Tienes propensión a engordar y aunque ahora estás bien, no puedes despistarte.

—¿Y esto va a ayudarme?

—Ay mamá, no gastes tus buenas intenciones en esta desagradecida. Ya la conoces, seguro se metió un bocata doble de chorizo antes de llegar—. El sonido de la carcajada de Amanda resonó cual hacha volando por el aire.

—¡Eso es mentira! Hoy no he comido nada. Te lo juro mamá.

—¿Ah no? ¿Y ese cuerpazo de dónde sale? ¿Del aire?

—Eres una desgraciada...

Las lágrimas comenzaron a inundar mis pupilas. Amanda poseía esa virtud. Dos palabras de su lengua viperina y mis emociones deprimidas alcanzaban la luz.

—Por favor, no discutan. Cariño, sabes perfectamente que a tu hermana le cuesta mucho

adelgazar. Lamentablemente sacó la contextura física de su padre.

La explicación terminó de hundirme. En mi casa todo lo malo venía del ala de mi padre. Ese ser que un día fue a por refrescos y se le olvidó el camino de regreso.

La primera cuchara se volvió zumo de ciénaga en mi garganta. Cada sorbo parecía ser una confirmación de las expectativas no cumplidas. Una sentencia silenciosa de que mi figura era un obstáculo para el afecto y la aceptación. Incluso el de mi madre.

—Deberías probar un poco de fruta, Gabrielle. Te hará bien. He leído que las manzanas no tienen tanta azúcar y son diuréticas.

—No te esfuerces mamá. Gabrielle siempre será así. Parece que le gusta ser un tonel con patas.

—¡No soy un tonel!

—Cariño, no digas esas cosas. Tu hermana es anchita. Solo eso.

La defensa de mi madre consiguió terminar de herirme y hundirme. Ella nunca decía lo guapa que era tal cual era. Tampoco decía que mi inteligencia era digna de mención. Ella relacionaba mis defectos con la talla de mis pantalones. Para mi madre yo representaba lo malo de mi padre. Amanda era todo lo adorable de su perfecta familia.

Sin decir palabra tragué el batido de la muerte y mastiqué los gusanos de cebolla.

Me retiré dejando atrás la mesa en la que no encajaba. La sensación de soledad me envolvía mientras, como una sombra, cerraba suavemente la puerta de mi habitación. No tenía fuerzas para rebeldías, mucho menos para portazos.

Las lágrimas que había contenido como pude durante la cena finalmente encontraron su camino en mis redondeadas mejillas. Entre las sábanas me permití llorar en silencio sintiendo el peso de las expectativas insatisfechas. El cuarto, antes mi santuario, se convirtió en el escenario de mi propia tragedia. Y mientras la noche avanzaba las páginas de mi vida parecían más oscuras, un capítulo de esos Dark Romances que nunca encontraría su final feliz.

Las paredes se cerraban y el aire se tensaba. La habitación, cárcel de expectativas y críticas, se volvía cada vez más insoportable. Las cadenas me arrastraban al fondo del río fangoso. Con determinación me puse a caminar buscando consuelo, aunque más no fuera una gota escondida por encima del armario. El espejo estaba justo delante. Con mucho enfado estiré la camiseta hacia abajo tratando de hacerla más ancha y ocultando a mis curvas la pena que oprimía en mi pecho.

Mi cuerpo no me quería, yo tampoco a él.

¿Cuántas lágrimas tendré que derramar antes de ser la mujer esperada?

El aire en la habitación parecía más denso. Su peso cargaba todos los suspiros no expresados. Me acerqué a los cajones y con determinación comencé a recolectar algunas prendas, esas que realmente me hacían sentir cómoda y libre. E incluso, en algunas circunstancias especiales, hasta guapa.

Las arrojé de cualquier forma.

Cada día me arrastraba hacia una oscuridad más profunda. Necesitaba liberarme y encontrar mi propio camino.

Con movimientos exasperados llené una mochila de excursiones largas.

Mis pensamientos resonaron en el silencio de la habitación como un lamento que finalmente encontraba sus propias palabras de consuelo.

Esperé a que la oscuridad prendiera en toda la casa y atravesé el umbral de mi habitación con un suspiro liberador y las puntas de los dedos de los pies temerosos. Los ecos de la conversación

mordaz de la cena aún resonaban en mis oídos.

Mi madre era buena, pero débil. Ella aún soportaba sus propios fantasmas del pasado. Mi padre se había marchado con una compañera de trabajo y abandonando a dos niñas pequeñas. Según dijo había encontrado al amor de su vida. La pena era que su encuentro había resultado nuestra pérdida. Mis labios de niña de cinco años le dieron un beso antes de marcharse por la puerta. Jamás lo volví a ver.

Y de mi hermana, qué podría decir de Amanda, llamarla víbora sería ofender a los cariñosos reptiles.

El frío de la calle me golpeó el rostro. Di dos vueltas a mi bufanda y me calcé el gorro hasta las orejas. La noche gélida era mil veces más reconfortante que la falta de cariño que inundaba mi hogar. Con lágrimas en los ojos caminé, y casi sin saberlo, apoyé la mochila en el suelo frente al único portal cuya dirección conocía de memoria.

A dónde llegue

—¿Puedo pasar?

—¡Vaya sorpresa! ¿Qué hora es?

Oliver se quitaba los cascos de la cabeza mientras me permitía el paso a su casa. El departamento era diminuto pero confortable. El calor de la calefacción y el aroma a café recién hecho me hicieron sentir como en casa. Qué digo como en casa. ¡Mejor que en casa! En compañía de Oli siempre todo siempre era mejor.

—¿Estabas jugando? Te he interrumpido. Lo siento.

El ordenador estaba encendido y unas luces de colores se iluminaban marcando puntos de una partida.

—Iba ganando. Pero puedo volver a ganarles más tarde —dijo apoyando los cascos junto al teclado.

—Necesito un refugio —dije sin preámbulos.

Oliver abrió la puerta permitiendo que yo ingresara a su santuario de soltero. Una luz tenue proveniente de las pantallas de su computadora indicaba que la partida no estaba ni mucho menos acabada.

—No deseo molestar. Si deseas puedo regresar mañana.

—No seas tonta, dame un minuto —dijo poniéndose los cascos nuevamente y hablando hacia un micrófono fino y largo que le rozaba los labios—. Chicos, me tengo que ir. Sí, lo siento. No, no puedo. Adiós.

Escuché sus mil excusas y me sentí igual a una hormiga pisoteada. No solo era mala para mí sino también para mis amigos. Quiero decir mi amigo. Oli es mi único amigo. Ambos estudiamos juntos filología y letras. Él nunca me juzgó, siempre estuvo a mi lado. Incluso en esos momentos en los que yo misma me hubiese abandonado. Oli nunca pareció ver en mi físico ningún detalle detestable, y eso que tengo el tamaño como para dejarlos bien evidentes.

—Estás empapada. Deberías quitarte esa ropa mojada.

—Vine en metro. Se puso a llover a mitad de camino y no tenía paraguas.

Mis explicaciones a medias intentaban decir que la estación que se encontraba a quince minutos andando, fue la distancia suficiente para hacerme llegar calada hasta los huesos. Sacudí las capas húmedas de mi abrigo mientras Oliver me alcanzaba una toalla.

—Eres un niño grande —dije al ver las dos pantallas encendidas.

—Sí, bueno, he estado enganchado a "El Reino de los Sueños". Es un juego de rol en línea. Un escape perfecto después de un día duro de trabajo.

Oli, a diferencia de mí, había conseguido un trabajo perfecto en una multinacional como generador y corrector de contenidos. Mientras hablaba, se apresuró a preparar una taza de té caliente con limón. Conocía perfectamente mis gustos. A veces mejor que yo misma.

Envuelta en la calidez de la taza me dejé llevar por el ambiente acogedor. El apartamento de Oliver era sencillo, con toques de nerd y un desorden controlado que revelaba la vida de un joven soltero. En la sala, una colección de cómics, atestaban las estanterías.

—Este lugar sigue siendo un refugio friki. Así nunca convencerás a ninguna chica para quedarse a tu lado.

—Imagino que tendrán que quererme tal cual soy. Feo desde todos los puntos de vista.

Ambos reímos a la vez. Oli distaba mucho de ser feo. Sus cabellos eran indomables de un castaño brillante. Sus ojos avellana brillantes eran capaces de traspasar esas finas gafas que a veces usaba para leer, o cómo seguro era este caso, cuando se encontraba agotado después de todo un día de trabajo y juegos de ordenador.

—Tú no eres feo... y lo sabes —contesté sorbiendo el té caliente que conseguía calmar mi tiritar de huesos.

Oli era guapo. Y mucho. El hombre ideal para cualquier chica que no se considerase tonta.

—¿Por qué decidiste aparecer tan tarde? ¿Qué ha pasado?

Tragué lentamente y apoyé la taza en mis piernas antes de comenzar a hablar.

—Necesitaba salir de allí. No podía soportarlo más. Mi madre, Amanda... Ya las conoces. Creo que no tengo fuerzas para seguir con mi vida. Yo solo quería volver a respirar. Sentir que tiene algún sentido seguir viviendo.

Oliver me dio una mirada comprensiva mientras se sentaba en el sofá a mi lado y tomaba mi mano. Conocía muy bien mi historia. Hija de padre ausente, madre insegura, y hermana zorrón eran una combinación perfectamente desastrosa para mi autoestima mal alimentada.

—¿Necesitas hablar? Sabes que estoy para ti siempre que quieras.

—Hoy no tengo fuerzas.

Vestido con una camiseta nerd, jeans desgastados, y descalzó, se limitó a acariciar mis dedos y darme su minuto de silenciosa comprensión.

—Puedes quedarte todo el tiempo que necesites. Siempre serás bienvenida. Y, por cierto, ¿quieres una camiseta seca? Pareces que podrías necesitar una.

Asentí sin casi moverme. Me sentía congelada, pero feliz de estar a su lado. Oli era la primera cara amable en mucho tiempo. Llevaba semanas sin verlo. El trabajo lo tenía totalmente absorbido y yo lo extrañaba terriblemente, aunque jamás se lo dijera. No deseaba ser la amiga pesada e incomprensiva. Solo me faltaba perderlo también a él.

—Ponte esta. Seguro te va grande, pero es de algodón grueso y no pasarás frío. Iré a por una manta.

Me sonreía sin ganas. Oli era un inocente si creía que su camiseta me iría... anda, igual me queda algo suelta...

Aproveché la soledad de la sala para apresurarme a quitarme los vaqueros y ponerme un pantalón de chándal que saqué de mi mochila. El alivio fue inmediato. La casa y la camiseta olían a Oli. Su perfume era aroma de madera sólida y amistad. Él llegó nuevamente a la sala a los pocos minutos y con una manta que envolvió sobre mis hombros.

—Gracias. Tu casa es preciosa.

—No tienes que hacerme la pelota. Sabes que no necesitas invitación. Puedes quedarte.

—Igual me lleva unos meses poder mudarme...

—Estaré encantado de tenerte todo el tiempo que necesites.

El calor del té y del hogar comenzaron a calentar mis músculos y mi corazón.

—No puedes imaginar lo mucho que te lo agradezco. Eres el mejor amigo del mundo.

—Por supuesto que lo soy, ahora dame esa mochila. Te dejaré unos cajones libres en mi cuarto.

—De eso nada. Dormiré en el salón. El sofá cama es de lo más confortable.

—Estarás más cómoda en mi cama. Además, yo duermo poco.

—O duermo en la sala o no me quedo. Demasiado tienes con soportar mi presencia como para dejarme tu habitación. O duermo en el sofá o me marchó.

Sus gafas se movieron nerviosas y en ese preciso momento supe que había ganado.

Cuando Oli se ponía nervioso movía el dedo índice en el puente de sus gafas. Eran de un cristal tan fino que apenas se apreciaban. Era un gesto que solo conocía yo. Él decía que no era cierto, pero sí que lo era. Y era nuestro secreto. Oliver no tenía padres y su hermano vivía en Noruega. Nadie lo conocía mejor que su mejor amiga. Y esa era yo.

Él siempre estaba dispuesto a escuchar. Nunca me juzgaba por mi físico ni por nada. No necesité explicar el dolor que me llevó hasta allí, simplemente me entendía.

Oliver llevaba tiempo siendo mi faro en la tormenta, y en este pequeño rincón de su vida, encontré un refugio donde las críticas y las expectativas no podían alcanzarme. Su amistad era el bálsamo para curar las heridas.

El sonido de la lluvia golpeando suavemente las ventanas acompañaba nuestra conversación suave.

—¿En qué piensas?

—En ti y en lo buen amigo que eres.

—Déjate de halagos, no pienso echarte —dijo divertido mientras atrevida le saqué la lengua—. Aquí tienes más mantas. Me voy a la cama. Es tarde y mañana tengo un día complicado. ¿Estás segura de que estarás bien en ese sofá?

—Por supuesto. ¿No te quedas a jugar? No tengo sueño, si quieres puedes terminar la partida. A mi no me molesta —dije al ver que las pantallas de juego se encontraban en lo que a partir de ese momento sería mi nueva habitación.

—Buenas noches, Belle.

—Oli, gracias. ¡Eres el mejor amigo del mundo!

—Lo soy viernes. Lo soy.

Sus palabras divertidas se encerraron tras la puerta de su habitación.

Me hice un ovillo y me enredé en las mantas. Hacía tiempo que no sentía un calor tan agradable rodeando a mi cuerpo.

—Buenas noches Oli.

Oli comenzó a llamarme viernes a las pocas semanas de conocerme. Él decía que yo era su viernes. Tenerme cerca lo hacía sentir entusiasmado y feliz como el comienzo de un fin de semana. La primera vez que me lo dijo me dejó perpleja. Hoy en día me causa diversión. Era un juego secreto nuestro y me encantaba. Muchas chicas de la clase en la universidad se molestaban por no saber de qué hablábamos, pero Oli nunca se molestó en explicarse, y yo tampoco.

Espagueti solitario

¡Los derechos laborales son parte de la constitución! Estoy segura de ello.

Estaba dispuesta a buscar en el móvil el número del artículo y refregárselo por la cara si no fuera porque mi móvil estaba en mi bolso, y mi bolso al otro lado de la sala.

—¿Por qué haces esas muecas?

—Por nada señor Harland.

Escondí las manos en el bolsillo del mandil verde y amarillo con el dedo palabrota apuntando directamente hacia su entrecejo. Torciendo el rostro hacia la izquierda me escaneó de arriba a abajo antes de entregarme una pila inmensa de libretas con anotaciones.

—Son diarios de lectura romántica. A esas petardas les encanta. Ponlos en uno de los puntos calientes.

Las zonas calientes eran las patatas fritas de las ventas rápidas. En un mueble de madera tallada a mitad de paso de todo representaban una atracción imposible de ignorar. Lectora que pasara por allí terminaba comprando. Una libreta, un señalador, una luz de libro plana. Todo lo que allí se depositara se vendía como un tiro.

—Las *romantic readers* compran lo que tiene valor —contesté aceptando las libretas y rechazando una vez más su total falta de respeto hacia ese público del cual yo también soy partícipe.

—¿Las *romantic readers*? Por favor. ¿Así se hacen llamar? No me hagas reír. El misterio, la ciencia ficción o los archivos históricos, esas sí son lecturas de calidad. Esos folletines los utilizaría yo para encender la chimenea —dijo apuñalando con el dedo una portada con un corazón grande y rosa.

—Señor Harland, si me permite preguntar, ¿por qué es director de un área que desprecia?

—Por dinero chiquilla. Por dinero. ¿Por qué lo haces tú?

La voz se perdió por los pasillos sin esperar mi respuesta.

—Porque adoro la lectura y en especial el género romántico —dije sin ser escuchada y mientras mis dedos acomodan la pila de libros—. Porque las historias de romance me ilusionan. Porque al ver a esas protagonistas sin límites me ayuda a creer que alguna vez yo también pueda sentirme tan valiente como ellas. Porque cambiaría el total de mi mundo por cinco minutos de la vida de amor que encierra un libro...

—¡Viernes! —La mano de Oli tironeó mis cabellos por detrás.

—Cuándo vas a dejar de hacer eso —dije asustada al haber sido sorprendida por la espalda.

El primer día de clase en la universidad me senté en primera línea. Me encontraba sola con una carpeta cargada de folios, un bolígrafo azul, otro rojo y uno verde. Los tres en perfecta hilera esperando a que el profesor llegara. Atenta para tomar apuntes de gramática normativa no pude ver cuando un chico de cabellos revueltos y ojos vivarachos pidió se sentó junto a mí, no sin antes darme un susto de muerte por la espalda. Lo miré como si estuviera mal de la cabeza, pero él ni se inmutó.

Siéntate si quieres, le contesté con una descortesía propia de una chica cansada de defenderse de las miradas recriminatorias. He de reconocer que me esperaba una picaresca de esas tales como: *pensé que no entrabamos*, u otra cómo: *Es que lo ocupas tooooooodo*. Sin embargo, él no demostró más que simpatía. Simplemente se limitó a sonreír de forma agradable. Me llamo

Oliver, dijo mientras habría su carpeta de papeles sueltos pintarrajeados con dibujos de espadas y dragones. No paró de hablar hasta que el profesor tuvo que regañarlo. He de reconocer que su mirada pícara y su sonrisa oculta me causaron mucha gracia. A los pocos minutos de presentarnos el profesor nos hizo sacar una hoja. Nos tomaba un examen sorpresa. ¡El primer día! Antes de entregar su hoja Oliver tironeó de mis cabellos y dijo, ¡suerte para mí! Al girarme para decirle cuatro cosas bien dichas me miró con las pupilas brillantes de diversión. Eres mi talismán, dijo y se marchó. Así. Sin más.

Desde ese día fuimos compañeros de estudio.

Hoy, Oliver, es mi mejor amigo y la única persona que no me juzga. No imagino un día de ganas de vivir sin que Oliver no forme parte de ella.

—O acabas con esa tontería o me dejas calva. Y es lo poco que le falta a mi cuerpo para ser despreciable del todo.

Acariciarme el cuero cabelludo era parte de nuestra interpretación diaria. Él decía esa tontería del talismán y yo lo regañaba.

—Eres preciosa y, además, calva estarías insultante —dijo lanzándome un guiño de ojos picante y atrevido.

—Déjate de pamplinas y dime qué haces aquí.

Me puse a caminar después de cargarle los brazos con la mitad de las agendas para que me ayudara a transportarlas. Oli las sujetó y me acompañó a la estantería del eje central.

—Tengo algo planeado. Y es contigo.

—Imposible. Aún me quedan todas estas cajas por acomodar —contesté señalando dos columnas hasta el techo—. Hoy no saldré hasta después de las diez.

—¡Es tu día libre! Además, ya son más de las ocho —dijo soltando los libros sin el menor cuidado.

—Horas extras.

—Tienes que descansar. No puedes trabajar veinte horas al día.

—Sí quiero dejar de ser una okupa, sí.

—Tú no eres ningún okupa. Vamos.

Su mano sujetó la mía con vehemencia y me llevó a rastras hacia la salida.

—¡No puedo!

Oliver comenzó a empujarme por la espalda y la carcajada venció mi autodeterminación.

—Está bien. Está bien... Al menos espera que me quite el delantal.

Mis compañeras de la zona de cocina nos observaban con la nariz fruncida. Oli les contestó con una sonrisa tan amplia que las hizo ponerse rojas como dos ciruelas. Él no era el guapo de las novelas, sin embargo, las chicas siempre terminaban deseando que les pidiera su teléfono.

Cuando estudiábamos algunas solían acercarse para pedirle apuntes y terminaban suspirando sobre sus escritos. Hubo incluso una vez en la que la rubita de piernas largas de la clase de Teoría y estructura de géneros literarios le pidió ayuda con una sonrisa de esas que no invitan exactamente a estudiar. Salieron un par de veces, y hasta creo que hubo revolcón, y pesar de que lo interrogué hasta la saciedad jamás pude arrancarle ni un pedacito de chisme.

—Vamos, Belle, necesitas un descanso. Y lo que tengo en mente te va a encantar.

No pude evitar emocionarme ante la inesperada aventura que se avecinaba. Oliver era un genio de los imprevistos. Y el único que se preocupaba por arrancarme una sonrisa... Amigos como él eran de los que cuando lo conocías rogabas por nunca perder.

—Vamos a una exposición —dijo llevándome de la mano por la Cuarta Avenida iluminada

por las farolas altas hasta el cielo.

—Nop —dijo aferrando su mano a mis dedos.

Sin darnos cuenta llegamos a la quince que une Broadway y Park Avenue. Y no muy lejos de allí un chico de lo más sonriente nos entregó unos cascos y unos patines ante una improvisada pista de hielo.

—¿Qué es esto?

—Patines —dijo mientras me empujaba hacia un banco de madera.

—¡Yo no sé patinar sobre hielo!

—No sabías patinar sobre hielo. Eso va a cambiar a partir de ahora.

—Ni lo sueñes. No tengo ganas de matarme.

—No vas a hacerlo. No pienso soltarte. Vamos, Belle, va a ser divertido.

—Yo me voy...

—De eso nada.

Oliver me quitó una zapatilla y comenzó a ponerme un patín ante mi absoluta perplejidad y la sonrisa del profesor. Era la imagen exacta de la cenicienta, pero con un zapato de cuchillas.

—No pienso subirme a estas cosas —dije elevando mis pies calzados de botas horrendas—. ¡Mira! Todo el mundo se está riendo de mí.

—Ríen porque se lo están pasando bien. Nadie nos mira a nosotros.

—No dije nosotros. Dije a mí...

—Nadie te mira a ti. Debes dejar de pensar en esas tonterías. Ahora dame tu mano.

Observé de reojo y me callé al instante. Oli tenía razón, nadie se fijaba en lo ridícula que yo estaba. Estaban demasiado preocupados en mantener su vida.

—Vamos. Sostente en mí. Yo no te soltaré. Te lo prometo.

Una madre sujetaba los brazos de su hija como si fuera un Koala y ambas se reían con tanta fuerza que se les retorcía el estómago.

Alentada por la indiferencia de los demás me sujeté a Oli como si no existiera un mañana. Las rodillas me bailaban borrachas.

—No me sueltes. Estoy ridícula. Después de esto te mato.

—Belle, eres perfecta. Te adoro.

—Lo dices porque eres mi mejor amigo.

—Lo digo porque es verdad.

Mis pies comenzaron a abrirse para los lados como bailarina clásica y dejé de escuchar sus mentiras. Demasiado tenía con conservar la dignidad. Y la vida.

Comenzaba a coger algo de valor cuando mi cadera se puso a bailar el Baile del Sambito. Intentando no poner culo en tierra busqué un punto de equilibrio en los brazos de un Oli que tampoco parecía demasiado estable. Ambos nos trenzamos en improvisado tango descoordinado. Cuando nuestras plantas ya no aguantaron el equilibrio nuestro vaivén provocó que cayéramos directo al suelo. De culo y sin airbags.

Nuestras quejas acariciándonos el pompis provocó que nos diéramos unos buenos revolcones en el suelo antes de poder levantarnos con cierta dignidad. Patinamos y nos derrumbamos hasta que mis rodillas y mi culo suplicaron clemencia. Después de llorar con lágrimas de dignidad herida, y carcajadas interminables, entregamos los patines al encargado del alquiler en el momento exacto en el que empezó a caer un aguacero bíblico.

—¡Llueve! —Chilló Oli cubriéndonos las cabezas con la parte superior de su abrigo— ¿Recuerdas cómo solíamos ir en busca del autobús cuando nos pillaba la lluvia después de clase?

—¡El asiento libre es mío! —Grité recordando el momento de cuando éramos estudiantes y escondimos los libros entre el abrigo para que no se mojara antes de salir disparados.

—¡De eso nada!

Las piernas largas de Oli se pusieron a correr con tanta velocidad que ambos llegamos a la vez. En la parada ambos estábamos empapados hasta los huesos y embarrados hasta las rodillas. Cualquiera que conociera a Oli sabía que me empujaría hasta que ambos cayéramos dentro de un terrible charco.

—¡No puedo creer que me hicieras esto! —dije viendo el líquido viscoso correr por mis vaqueros.

—La vida está llena de sorpresas, Belle. ¡Vamos! Allí está el nuestro. ¡Sube al autobús!

El trayecto a la casa se convirtió en una travesía de risas compartidas y anécdotas recordadas.

La tarde magnífica que Oliver había planeado se convirtió en un recuerdo imborrable. Al entrar en el apartamento la risa resonaba tronadora. Empapados por la lluvia corrimos a por ropa seca.

La cena que Oliver había planeado se transformó en un momento incómodo. Y todos gracias a mí.

En la pequeña cocina sacó una caja de pizza del congelador y la puso a calentar en el horno llenando el aire con el delicioso aroma de queso y tomate. Y de harina... Uno de mis prohibidos.

A pesar de su insistencia me mostré reacia a cometer el pecado. Puede que no adelgazara, pero al menos no sumaría números a la báscula.

—No aceptaré un no como respuesta. Esta vez no. Te aseguro que la pizza está deliciosa y vas a probarla.

Con determinación sirvió dos porciones en los platos y los llevó hacia la mesa del comedor.

—Sabes que no puedo. Es harina blanca.

—¿Y qué?!

—No puedo comer harina.

—¿Te lo prohíbe tu religión?

—son carbohidratos de almidón.

—Lo siento, soy de letras —contestó molesto—. Dime una cosa, ¿te la has pasado bien patinando?

—Ha estado genial. Gracias.

—Entonces vamos a terminar la noche como yo diga. Belle... tienes un cuerpo maravilloso. Eres preciosa. Y no lo digo solo por tu rostro, toda tú mereces la pena. En lo físico y en lo personal. No eres un espagueti ¡y qué! Por Dios santo. Dejas que todos opinen sobre lo que solo tú tienes derecho. Ahora vas a sentarte a mi lado y disfrutar de esta maravillosa pizza porque yo quiero y tú lo deseas.

—Pero...

—Dime, ¿te gusta la pizza?

—Me encanta.

—Entonces vamos a disfrutarla juntos.

—Pero mi madre dice que si corto el ayuno de harinas me...

—¡No estás deforme! Maldita sea Belle. ¡Mírate al espejo!

—¡No! Por favor, no lo hagas.

Las lágrimas comenzaron a aglutinarse en mis pupilas. Hablar de mi peso era demasiado

traumante como para hacerlo con Oli y delante de un espejo.

—Cariño, posees unas curvas en las que muchos hombres estarían encantados de marearse. El mundo no te exige que seas un fideo, eres tú la que insiste en serlo.

—Ellos murmuran...

—¡Pues que se mueran ahogados con su propio veneno!

—Me voy a la cama. Estoy cansada.

—Belle...

—Buenas noches.

Esperé en el baño hasta escuchar que apagaba las luces y cerraba la puerta de su habitación. Mis ojos cristalinos por las emociones contenidas se reservaron el derecho a gemir. Había tenido un día precioso y yo misma lo había estropeado. Me miré en el espejo del lavabo solo de cintura para arriba. Mis pechos superaban con creces la talla ochenta y cinco de mi hermana. Mi rostro era redondeado y mis manos... qué importaban mis manos. A los chicos solo les interesan las cinturitas de avispa. Oli se equivocaba. Al amor no le gustaba perderse en una conversación inteligente ni marearse en unas curvas pronunciadas. Los sentimientos compartidos solo se presentaban a las altas de formato espagueti, si no, ¿por qué con seguía siendo virgen?

Me senté en la tapa del váter y me puse a llorar ahogada en el silencio de mi cuerpo vergonzante.

Toodo lo que necesites

La luz de la noche no me trajo la calma ni el descanso. El sofá cama no me acogía tan cariñoso como las noches anteriores. ¿Cómo pude ser tan desagradecida? Yo y mis complejos consiguieron estropearlo todo. En el mundo los hombres eran hombres. Todos menos Oli. Él siempre fue único. La mujer que se llevase su amor sería una diosa de la fortuna.

Oli fue la primera persona a la que le conté que me sentía diferente, que mi cuerpo me hacía sentir inferior a las demás. A él le hablaba de moda y de lo mal que me sentaban las prendas con lycra. En sus hombros lloré por el milagro de las dietas que nunca se cumplían. Él era mi paño de lágrimas y el beso tierno que siempre recibía en la frente como premio consolación. Qué chica maravillosa sería aquella que consiguiera ganar su corazón...

Cuando sepas mirar descubrirás que estás rodeada de amor, decía entristecido. Si supiera que cuando miro no veo más que risas y faltas de respeto. Risas ocultas bajo palmas abiertas mientras inspeccionaban el grosor de mis rodillas con sus vistas de juez insensible. Faltas de respeto hacia una chica a la que ni siquiera conocían.

Agotada de no poder conciliar el sueño me acerqué al baño y abrí la ducha dejando que el agua templada corriera hasta hacer vapor. Era un día frío por fuera, y por dentro.

Me quité la ropa, pero antes de meterme en la ducha, y con un valor sobrehumano, decidí mirarme al espejo tal cual Oli me lo había pedido la noche anterior. Mi reflejo me disgustaba, e incluso, muchas veces, me hacía caer al suelo con los ojos cargados de lágrimas.

Oli no dejaba de decir que era una mujer hermosa y que debería empezar a creer en mí. Durante mucho tiempo me negué a creerle convenciéndome a mí misma de que solo estaba siendo amigable, pero, él insistía con que era guapa. Mi melena no estaba mal, y mi rostro, aunque redondeado, no era desagradable, pensé intentando consolarme. Mis pechos podían ser exuberantes, pero no carecían de firmeza. Y entonces fue cuando llegué a mi cintura y mis piernas. Las acaricié intentando encontrar algo que me hiciera amarlas. Y mientras me examinaba acaricié suavemente mi piel, que según me había asegurado Oli, decía que era suave como el césped en verano.

Bajé la mano y descubrí que a pesar de mi talle amplio tenía un estómago plano. Tantas horas de caminata para ahorrar no habían resultado en vano. En el colegio llegué incluso a apuntarme a atletismo. Una vez llegué segunda en el campeonato interregional. Ni el entrenador se lo creía. Por supuesto mi madre no pudo ir a la entrega de premios, y Amanda se rio diciendo que había ganado porque las chicas temían al elefante que las perseguía. El elefante era yo. Amanda siempre que habría su boca era para hacerme daño. Oli decía que me tenía envidia, menuda tontería, yo era la gorda y ella la guapa.

Cerré los ojos, aunque no del todo. Tenía miedo de despertar y dejar de imaginarme como la protagonista de una novela de romance. Esa que era amada por encima de los problemas, la familia o... de su propio cuerpo.

Algo dentro de mí me forzó a abrirlos. Mi trasero desnudo era grande, pero bien redondeado. Giré para observarle mejor. Sorprendida ante el descubrimiento examiné mis piernas que, en opinión de Oli, eran mi mejor característica. Eran proporcionadas y no demasiado cortas. Y mi piel era blanca y sin ninguna mancha.

Sujeté mis labios para no reír como una tonta. Era la primera vez que los cumplidos de Oli

me arrancaban un sonrojo tímido. Por unos minutos me dejé llevar creyendo que los halagos eran verdaderos y las medidas no importaban...

El agua caliente chorreando por mi espalda se sintió como el mejor bálsamo reparador. Los potentes chorros de agua masajearon mi cuello relajando instantáneamente mis músculos entumecidos. Me puse un par de guantes exfoliantes y comencé a frotar con delicadeza. Si no era perfecta con lo que tenía al menos mejoraría lo disponible.

Mi mente se sintió encantada con el contacto cariñoso. Terminando la mitad superior levanté la pierna derecha para poder frotar el muslo y las espinillas. Luego hice lo mismo con la pierna izquierda mientras me llevaba las manos al rostro. Accidentalmente mis dedos tropezaron con el pezón derecho. El guante áspero provocó un escalofrío frío y salvaje que me recorrió la piel al completo. Ambos pezones estaban erectos debido al chorro de agua templada que los hacía bastante sensibles. La aspereza ante el contacto de la esponja no hizo otra cosa que incrementar la sensación de disfrute. Sin pensarlo hice algo impensable para mí.

Suavemente arrastré el guante áspero entre mis piernas y lo acerqué a mis labios vírgenes. El acercamiento fue lento y delicado.

La sensación incomparable.

El calor del agua, el tacto de la esponja áspera junto a mi piel inexplorada...

Valiente arrojé el guante exfoliante al suelo y comencé a acariciarme lentamente. Piel desnuda contra piel excitada. Antes me había masturbado, no era nueva en el tema, pero jamás en la ducha bajo el agua caliente. Y mucho menos bajo el techo de un hogar en el que me sentía querida y valorada.

Como una actriz traviesa de película porno cerré los ojos e imaginé en los dedos a un chico sin rostro. Uno que me amaba más allá de mis inseguridades. Uno que no se cansaba de decirme lo bella que era. Él me llevaba a un sitio oscuro dentro de un parque florecido. Enamorado me besó hasta que la noche y... Belle...

—¡Oli!

Mis manos me cayeron a los lados y el orgasmo murió antes de nacer.

¡Por qué había dicho eso! ¡Mi amigo! ¡Mi mejor amigo! ¡Mi único amigo!

Salí de la ducha, me sequé con una toalla suave y me puse el pijama.

La mayor parte de mi ropa eran pantalones holgados y camisas sueltas, por lo que mi pijama noche no iba a ser diferente.

Rebuscando por unos calcetines me di cuenta de que tenía escondido en el fondo de la mochila un camisón corto de tirantes semitransparentes. Lo había comprado por internet a escondidas. Jamás me lo había puesto. Esa noche especial jamás llegó. ¿Por qué lo había metido en la bolsa? ¡Y yo que sé! Eran tantos los nervios antes de abandonar la casa de mi madre que apenas recordaba nada.

—¡Qué diablos!

Estiré el camisón y la voz del duende malévolo me dijo, ¿y por qué no?

Estaba sola en la sala. Oli estaba en su habitación roncando con la puerta cerrada. Seguramente se encontraría en el quinto sueño.

Sin hacer caso a mi pudor me lo puse. No me molesté en ponerme braguitas.

Agaché la vista y tuve que apretarme la boca para no chillar. ¡Estaba loca! ¡Rematadamente loca! Pero me sentía tan sexy que no pude evitar moverme sobre mis pies descalzos. Me puse a

girar como niña con un vestido de amplios volantes. Cuántas ganas tenía de sentirme especial.

Sonreí con el mayor atrevimiento. Me pasé las manos por los senos con lentitud. Deslicé las manos debajo de la tela y sentí la suave piel de mi estómago. Agarré la cintura de la falda y lentamente la levanté. Allí, en mitad de la sala de Oli, me sentí una Okupa atrevida. ¡Y por Dios! Que bien sentaba.

Aún me sentía ardiente por la ducha interrumpida. Levantando el dobladillo más alto y revelando cada vez más mis suaves piernas seguí tirando hasta que el dobladillo estuvo sólo unos centímetros por debajo de mi trasero desnudo. Mientras jugaba con mi camisón noté que mis pezones sobresalían. Me sorprendí a mi misma. Nunca creí que usar ropa atrevida podría hacerme sentir tan sexual. Caminé por la pequeña sala balanceando mis caderas de un lado a otro de forma juguetona. Como una modelo que se siente observada y deseada.

Lentamente me dejé caer, y cuando lo hice, mi camisón se levantó aún más. Me recosté y levanté los pies sobre el sofá cama. Las sábanas estaban cálidas. Con las rodillas abiertas mi zona púbica quedó completamente expuesta. Bajé los ojos y me miré atrevida. La falda corta que se había hecho aún más corta parecía más bien un cinturón grueso cubriendo la parte inferior de mi estómago.

Verme a mí misma me provocó emoción. ¿Por qué nadie me quería? Y lo que era peor, ¿por qué yo no estaba sintiendo repulsión?

Puse las manos sobre mis rodillas y lentamente acaricié mis piernas hasta los muslos bellamente expuestos. El suave toque de las manos recorrió la tersa parte interna de mis muslos. Desde las primeras veces que me toqué íntimamente en mi dormitorio, cuando era adolescente, no había acariciado mi piel de una manera tan lenta y deliberada como en ese momento. Sintiendo cada curva de mi cuerpo pasé seductoramente las manos por cada centímetro de la parte interna de los muslos explorándome con intriga.

Aparté una mano y la pasé por debajo del delicado material del camisón. Al hacerlo la tela se movió sobre los pezones completamente erectos y sensibles haciéndome jadear. ¿Sería esto lo que se sentía al hacer el amor con alguien deseado?

Acaricié suavemente el seno izquierdo buscando sentirme como esa mujer amada y adorada. Sin poder esperar más arrastré la otra mano entre las piernas. Luego, usando las yemas de los dedos índice y medio, acaricié los dulces y sedosos labios de mi húmedo coño. Cambiando de uno a otro amasé suavemente la carne de mis pechos. La respiración se hizo más superficial a medida que la excitación crecía. Pronto comencé a sentir la necesidad de penetrarme a mí misma. Los jugos continuaron fluyendo, lubricando la entrada de mi redondeado y joven cuerpo. Con temor dejé que los dedos jugueteasen antes de comenzar a hundirse con cuidado en mi entrada. Después de todo era una virgen consumada. De repente, y cuando estaba dispuesta a perder la virginidad con mis propias herramientas, volví a la tierra. El sonido de cuatro o cinco pisadas se escuchó en la habitación a oscuras.

Mis pezones estaban erguidos y orgullosos empujando contra la delgada tela de un camisón que mostraba más de lo que debería ninguna tela decente. Rápidamente traté de arreglarme intentando no parecer tan cachonda. ¡No había tiempo para buscar ropa interior! Tendría que simplemente asumir la situación.

Me arreglé la falda como pude y traté de no entrar en pánico. Alise mi cabello como si nada. Las manos me temblaban.

—Yo creí. Pensé que... tenía sed. Olvidé la botella de agua en la...

—Tranquilo. ¡Cómo si fuera tu casa! —contesté con demasiado énfasis.

Oliver estaba congelado. Sus ojos brillaban como gato en mitad de la noche.

—Yo... No esperaba. No sabía que... No imaginé que. ¿Ese es un camisón?

—Sí, bueno, pensé que podría tener una noche diferente. Ya sabes.

Una risa nerviosa escapó de mis labios. La broma no había tenido efecto. Oliver seguía mudo y congelado. Sintiendo el calor subir a mis mejillas decidí cubrirme con los brazos y huir al servicio. Otra vez.

Cerré la puerta con traba y me senté en la taza del váter. ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo se me ocurrió decir aquello? ¡Qué he hecho!

—Belle, ¿qué acaba de pasar? —se escuchó al otro lado

Después de unos momentos de falta de respuesta Oliver decidió girar el picaporte.

—¿Puedo entrar?

—¡No!

—Por favor. Tenemos que hablar.

—¿No podemos olvidarlo todo?

—Anda, déjame entrar.

La vergüenza y la confusión se reflejaban en mis ojos. Debía pensar que estaba loca. Sin embargo, la mirada de Oliver lejos de estar enfadada parecía ¿divertida?

—Bueno, eso fue... inesperado.

—Lo siento. No sé en qué estaba pensando. Solo quería sentirme... Imagino que estaba aturdida. No tengo ni idea. Soy una estúpida.

—No tienes que disculparte. Fue una sorpresa. Eso es seguro.

Avergonzada, pero aliviada de ver la reacción tranquila de Oliver, cogí una toalla y me envolví para poder regresar al salón. Oli se sentó a mi lado.

—¿Quieres contarme qué pasó?

—Solo quería hacer algo diferente. Creo que me pasé.

—Me sorprendiste. Solo eso. No has hecho nada malo.

—Tenía el camisón en la mochila. No sé por qué lo traje. Lo vi y me puse a hacer el tonto. Imagino que patinar sobre hielo me heló las neuronas.

El ambiente tenso se desvaneció entre conversaciones honestas. Oliver, con su encanto característico, logró que me sintiera cómoda otra vez.

—Lo siento.

—¿Lo dices por las transparencias? Tal vez no fue lo que esperaba, pero definitivamente fue memorable.

—No te rías de mí.

—Belle, fue una sorpresa excitante para un chico que solo se levantaba a beber un vaso de agua.

—Eres tonto.

—Lo sé.

—Gracias por no hacerme sentir más avergonzada de lo que ya estoy —dije sintiendo el calor engancharse en mis mejillas

—Eres una mujer y tienes necesidades. Lamento haber interrumpido.

—¡Calla! Por favor calla... —dije cubriéndome los oídos con ambas manos.

—Belle, no hay lugar para la vergüenza entre nosotros. Siempre puedes ser tú misma junto a mí. Será mejor que me vaya al cuarto o el que no va a poder dormir de nervios seré yo.

—Tonto...

—Por qué no quieres ir a mi cama y que pasemos el insomnio juntos, ¿no?

Cogí un cojín y comencé a darle en la cabeza.

—Solo quería ver tu reacción. Solo eso. ¡Me rindo! — contestaba mientras se cubría con los codos muerto de risa.

—Haber pensado antes de hacer la bromita —dije mientras continuaba atacando con el cojín.

—¿Quién dice que era una broma? —Oliver guiñó un ojo de una forma pícara antes de saltar del sofá y ponerse en pie.

—¿Qué dices?

—Qué pasa, ¿sólo tú puedes jugar?

—Anda, vete a dormir.

Se puso en pie y estaba por marcharse, pero su espíritu jovial no se lo permitió.

—Si vuelves a ponerte nerviosa ya sabes que cuentas conmigo para todo. Toooooo mi querida Belle.

Sus piernas escondiéndose en el dormitorio fueron más rápidas que mi cojín volador.

Verde corazón

La gran librería cobraba vida con la suave melodía de las páginas de los libros siendo hojeadas bajo el suave murmullo de los lectores. Absorta en mi trabajo de organizar los estantes, me encontraba sumida en mi propia burbuja, cuando el tono del móvil me sacó del ensimismamiento.

—Hola.

—¿Cómo estás hija?

—Bien.

—Deberías regresar a casa. Aquí está tu familia. Tu hermana y yo te echamos mucho de menos. No deberías estar viviendo en casa de un extraño.

—Oli no es un extraño.

—Pero no es tu familia. Dime, ¿tienes dinero?

—Sí.

—¿Comes sano? Mira que los hidratos te inflaman. Recuerda que esta semana te tocan los batidos de manzana desengrasantes.

—Como a un lavavajillas.

—¿Cómo dices?

—Nada mamá, no he dicho nada.

Ella lanzaba una tras otra los recordatorios del poder antioxidante del pepino y la capacidad de absorción grasa de la alcachofa y mi garganta cargada durante años de cientos de insultos disuelto en vinagre, explotó cual géiser islandés.

—¡No mamá! No deseo volver a tu casa. Y no quiero desengrasar mi barriga. Y ahora que lo preguntas, ¡no! Mi hermana nunca me quiso. ¡Nunca! Se aprovecha de mi debilidad y se siente feliz con mi desdicha. ¡No mamá! ¡No voy a tomar ningún batido de pasto verde! Y sí, si nadie me quiere con mi cuerpo redondito, ¡moriré sola pero feliz!

Mi valor saltaba con las manos en alto eufórico como un ganador olímpico.

Estaba tan acalorada por la capacidad de al fin haberle gritado a mi madre lo que nunca me atreví en el pasado, que no fue hasta que lancé el teléfono en una estantería y cayó en la moqueta, que me di cuenta de que me estaban hablando.

Un joven con su presencia imponente y mirada segura, de esas con la capacidad de eclipsar las estrellas, se agachó y me alcanzó mi Samsung. La pantalla se había salvado de milagro.

—Parece que aún funciona.

El calor de mi cuerpo debido a la discusión continuó calentando mi rostro, aunque esta vez por circunstancias muy diferentes.

El chico era guapísimo. Que digo guapo, ¡estaba tremendo!

—Me llamo Mason.

—Mason...

—¿Y tú?

—Y yo.

—Sí, tú.

—Gabrielle. ¿Puedo ayudarte en algo?

¡Concéntrate! Es un lector y esta es una librería, me dije sin darme cuenta de que buscaba

con mis manos adecentar mi perjudicada imagen.

A pesar de los intentos de mantener la calma, la sola presencia del apuesto joven en la librería me hizo sentir un cosquilleo nervioso en el estómago. Y en otras tantas partes de las que me avergonzaría reconocer.

—Gabrielle... un nombre precioso.

—Muchas gracias, puedo ayudarte en algo. ¿Un libro de romance para tu novia, tal vez?

—Eso ha sonado un poco sexista, ¿no te parece?

—Definitivamente hoy no es mi mañana —dije sin darme cuenta de que hablaba en voz alta.

—Me gusta el romance. Y si lo que deseabas era saber si tenía novia, no, no tengo novia. Aunque no me cierro a nada.

Se acercó tanto que su aliento peinó mi flequillo. Por favor, el aroma a masculino ardiente le brotaba por los poros. Sin dejar de sonreír se inclinó ligeramente hacia mí como si compartieran un secreto.

—Tengo la sensación de que posees un encanto especial para hacer que incluso los libros más aburridos parezcan fascinantes. ¿Qué dices? ¿me ayudas?

Busqué en mi raciocinio las palabras adecuadas mientras mis mejillas tomaban un tono ardiente como el sol de agosto.

—Los libros hacen magia por sí mismos, no necesitan mis consejos.

Me sonrió y su dentadura como las alubias frescas me dejó sin aliento. ¿Estaba intentando ligar conmigo? ¡Imposible! Los únicos hombres que se me acercaban eran los que se encontraban al cierre de la discoteca. Borrachos y desesperados.

—Tú posees otro tipo de magia. Tu novedad es mil veces más atractiva que las palabras.

¡Sí! ¡Estaba ligando conmigo! ¿Era ciego?

Su mirada intensa hizo que me sintiera vulnerable. Sus ojos verdes penetrantes alcanzaban mi profundidad y la sacudían como ropa vieja.

—Entonces, ¿puedo ayudarte a encontrar algo en particular?

El silencio profundo de sus pupilas me provocó escalofríos de ardiente calor.

—¿Qué tal si me ayudas a encontrar algo que ni siquiera yo sé que necesito?

Reí de forma estúpida como una jovencita ante su primer crush.

—¿Tú libro favorito tal vez? —contesté con cierto atrevimiento.

—Exactamente ese. Comencemos por el tuyo. Serás mi lazarillo en el universo literario.

Se cruzó de brazos y apoyó cómodamente en una estantería.

El señor Harland se detuvo a lo lejos con la nariz fruncida. Haciendo alarde de profesionalidad, y en voz muy alta, respondí de la forma más tranquila posible.

—*Anne Karenina de Tolstoi* siempre ha ocupado un lugar especial en mi corazón.

Mi jefe, al escuchar mi consejo dicho en voz alta, se tranquilizó lo suficiente como para marcharse ascensor hacia arriba.

—Una elección clásica y fascinante. Una mujer dispuesta a todo por amor. Me gusta. ¿Y si hablamos de romance actual?

—Entonces creo que *Culpable de Diana Scott*. Es un hombre problemático enamorado de una mujer que considera un imposible. Es un libro de lucha contra las convenciones sociales.

—Romper tabús, me gusta.

La conversación fluyó libremente entre libros, autores favoritos y sus diferentes perspectivas de la literatura.

Mason, a pesar de su actitud inicial, demostró tener una profunda apreciación por las historias

bien contadas. Debo reconocer que lo juzgué mal, su imagen de guapo extremo me hizo pensar que apenas sabía unir dos palabras.

—Me encanta oír cómo hablas de los libros, Gabrielle. Se nota que tienen un significado especial para ti.

—Son mi refugio. Siempre encuentro consuelo entre las páginas escondidas detrás de las portadas.

La complicidad creció con cada palabra compartida y me encontré cautivada como si cada detalle de sus pensamientos fuera una obra de arte que siempre estuve buscando.

—Nunca pensé que una visita a la librería podría ser tan intrigante. Gracias por hacer que mi día sea mucho más interesante querida Gabrielle.

—La literatura tiene ese poder. Siempre existe algo nuevo por descubrir.

—Siempre.

Se puso recto y se encaminó hacia la salida.

—¿Pero no vas a comprar ese libro que tanto buscabas?

—Hoy no. Ha sido un placer conocerte. Estoy seguro de que nos volveremos a ver. Pronto. Muy pronto —dijo, y se marchó.

—¡Vas a seguir mirando esa puerta o vas a ponerte a limpiar la zona de amor degenerado!

—Se llama erótica, señor Harland. Erótica. Y no estaba mirando a ninguna puerta.

Fui a por el plumero como todos los lunes. Aunque esa mañana algo más contenta que el normal de los días. Después de la charla con Mason hasta me sentí guapa.

La librería se encendía ante la oscuridad de las calles neoyorquinas.

Unas chicas se escondían tras las columnas para leer sin ser pilladas. Se me hacía divertido hacerme pasar por ciega. Siempre que el señor Harland no se encontraba cerca las dejaba leer a hurtadillas. Yo poseía una economía tan ajustada como los cordones de zapatillas infantiles, comprendía perfectamente el deseo de querer leer y no tener dinero para comprar lectura.

—¡Hola, Gabrielle! ¿Necesitas ayuda con eso?

—¡Oli! ¡Sería genial! —dije dándole dos besos de bienvenida. Siempre que salía de su trabajo temprano y el tiempo se lo permitía se acercaba a visitarme. Oliver era un amigo de esos que ya no se encuentran—. Estoy intentando poner un poco de orden.

Juntos nos sumergimos en la tarea de organizar los libros según su género y que las lectoras habían confundido al colocar.

También teníamos una pila inmensa de esas recomendaciones de Instagram y Tiktok que mi jefe tanto adoraba. Según él eran ventas seguras. Yo dudaba mucho que él hubiese visto alguna vez alguna referencia de las influencers, él solo se volcaba en las cifras de ventas y el refunfuño.

Oliver, sin embargo, trataba las obras con delicadeza extrema. No se le pasaba detalle. Sus risas y comentarios llenaban la librería creando una atmósfera acogedora de trabajo. Así era él, apenas aparecía, mis ganas de vivir despertaban entusiasmadas.

Mientras compartía anécdotas de su oficina la puerta de la librería se abrió. Mi jefe con su rostro avinagrado consiguió contagiarnos su humor rancio.

—¿Otra vez tú por aquí? ¿Será que tendré que contratarte?

—Estaba pidiendo información acerca de este autor—. Oli alzó un libro de romance erótico con la portada de dos vaqueros sin camiseta y el señor Harland le lanzó llamaradas de furia.

—Esto no está ordenado como debería. ¿Acaso no entiendes las instrucciones básicas? —su voz me enfocó y cortó en dos trozos.

—Hago lo mejor que puedo, señor Harland, pero no tenemos suficientes estanterías en novedades. Organizar libros lleva tiempo y las prisas no siempre son buenas.

Caminé hacia el libro y lo puse sobre la montaña de malos diseños. Según el señor Harland las portadas independientes eran todas malas y deberían estar escondidas en el fondo de la pila. Y siempre debajo de una gran editorial que paga por su primer puesto. Editoriales primero, independientes últimos.

Lo que no interesaba a las influencers, o no pagaban por comprar su posición en las estanterías, era el olvido del fondo.

—Hace un trabajo increíble, no tiene por qué tratarla así. Ser su jefe no le da derechos de esclavitud.

—¿Me estás diciendo cómo hacer correctamente mi trabajo?

—Por supuesto que no, señor Harland —dije rápidamente mirando de forma asesina a mi amigo.

—Termina con lo que estás haciendo y ve al área infantil. Tienen firma de libros y necesitan ayuda extra.

—Por supuesto, señor Harland.

Mientras se retiraba con una risa despectiva miré a Oliver totalmente furiosa.

—¿Qué fue eso?! No deberías haber intervenido. Solo has empeorado las cosas.

—No podía quedarme sin hacer nada. No mereces ser tratada así.

Antes de responderle que ya me encargaba yo de perder mi trabajo por méritos propios y sin su ayuda, la campana de la puerta sonó efusivamente.

Mason, el mismo guapo y atractivo chico de por la mañana, atravesó por el portal.

—Hola, Gabrielle. Oliver, qué sorpresa verte aquí.

La sorpresa del saludo me dejó con la lengua trabada y seca.

—¿Vosotros os conocéis?

—Del pasado, una historia muy antigua que me hace sentir viejo —Mason contestó con palabras rápidas — ¿Cómo va todo por aquí?

La vista me viajaba de uno a otro. Ellos eran agua y aceite. Mason era toda formalidad y Oliver toda libertad. Mason era atractivo impenetrable y Oliver toda sinceridad.

Ellos se pusieron a hablar mientras yo no podía quitarme de la cabeza la pregunta de cómo es que Mason y Oliver se conocían. Oliver, notando mi expresión confundida, y conociéndome mejor que nadie, decidió aclarar las cosas.

—Nos conocimos hace unos años atrás —su respuesta resultó seca y corta.

—Antes estudiamos en la misma escuela.

—Un único año —contestó igual de escueto que antes.

—A ambos nos gusta jugar y Oliver es un jugador experto. En *Magia Inexplicable* nadie le gana. Nos hemos cruzado un par de veces en eventos y hemos mantenido el contacto desde entonces. ¿No es así?

Oliver no contestó.

—¿Quién lo diría? Nunca te imaginé como un jugador de *¿Magia Inexplicable?* No sabía que te gustaba ese juego.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre mí, mi querida Belle.

Las cejas de Oli se elevaron por encima de las gafas y consiguió hacerme reír como siempre

lo hacía.

—La verdad por la que he regresado es porque he estado pensando que sería agradable compartir una comida contigo. ¿Te gustaría cenar esta noche después del trabajo?

La propuesta de Mason me dejó tambaleando.

—¿Cenar? ¿conmigo? ¿por qué?

—Porque pareces alguien que valga la pena. Y por qué quiero y siempre consigo lo que quiero —dijo clavándome sus ojos de un verde impenetrable—. Será divertido, te lo prometo.

Mis rodillas se pusieron a temblar y mi voz se quedó sin letras.

La invitación de Mason resonó en mi mente con un ¿¡qué!?

Antes de poder responder él continuó argumentando como si en verdad cenar conmigo le importase.

—Desde que entré esta mañana no he podido dejar de pensar en ti ni un solo minuto. Me gustaría conocerte mejor. ¿Qué dices queridísima Gabrielle?

Mis pensamientos comenzaron a echar humo de locomotora. Mis inseguridades se sentaron en el diván de un psicólogo atolondrado y chillaban a grito pelado. ¿Quería salir conmigo? ¿Un chico como él? ¿¡Conmigo!?

—Supongo que podríamos...

Mientras Mason sonreía satisfecho Oliver se pegó junto a mi hombro.

—¿Desde cuándo le conoces?

—Desde esta mañana —Mason contestó por mí—. No veo por qué debería ser un problema para ti. ¿O sí?

Oliver se encontraba tan desconcertado como yo. Era lógico. A pesar de sus cientos de frases reconfortantes él sabía tan bien como yo que Mason se encontraba por encima de mis posibilidades. Soy un cuerpo que dista mucho de cumplir con los cánones oficiales de belleza para un chico como este.

—Igual esta noche salgo muy tarde.

Mi contestación con mi cambio abrupto resultó ser más el fruto de mis inseguridades que de mi realidad laboral.

—No acepto un no por respuesta. Pasaré por tu casa. ¿A las nueve te va bien?

—No creo que pueda.

—Podrás. ¿No te he dicho que no acepto que nadie me lleve la contraria?

Lejos de parecerme un mandón Mason consiguió arrancarme la timidez de mujer atontada. Una que no solía tener. O al menos de demostrar.

Le contesté con un sí de cabeza y los labios secos. A mi lengua se le habían olvidado las palabras. Mason poseía ese efecto.

Cuando se hubo marchado el rostro de Oli se encontraba enfadado y desconcertado. Todo al mismo tiempo.

—Si por ser tu amigo no quieres que salga puedo cancelarlo.

Me arrepentí nada más las palabras salieron de mi boca. Me apetecía volver a ver a Mason.

—¿Estás segura de esto?

—Por supuesto, es solo una cena —sonreí tratando de romper la tensión que se cortaba con una página de Dark Romance.

—¿Solo será eso?

—¿Por qué te pones así? No te comprendo. Siempre me animas a que salga. Machacas mi cabeza con frases de autoestima y me taladras el cerebro diciéndome que crea en mí misma, y

cuando al fin lo hago, te pones en plan padre ofendido.

—No me gustaría que te sintieras presionada a hacer algo que no quieres. Mason es de los que muerde sin soltar la presa.

¿Presionada? ¿Presa? ¡Por favor! ¡Si Mason fuera un vampiro me dejaría morder hasta en los dedos de los pies!

—Nos vemos en casa.

Oli se marchó, y aunque una buena amiga se sentiría preocupada por su actitud, yo no fui capaz de hacerlo por más de cinco minutos. En mi cabeza no había sitio más que para esos faroles de un verde aceituno ardiente y brillante.

La librería volvió a sumergirse en su rutina de firmas y niños enloquecidos esperando su turno para tener la firma de su autora preferida mientras yo veía el futuro de una verde esperanza. Verde campo. Verde manantial. Verde corazón.

En las estanterías de mis historias imaginarias comenzaba a escribirse un nuevo relato de verde pasión. Verde Mason...

Mírame

Asomé la cabeza por el portal por quinta o sexta vez.

Allí no había nadie.

Otra vez se habían reído de mí.

Eso me pasaba por confiar en el amor.

¿De verdad pensaba que vendría a buscarme? Verde pasión... menuda idiota.

Abroché el abrigo y acomodé la boina cubriéndome un poco del frío tormentoso cuando las luces y la bocina de un deportivo gris me dieron de lleno en los pechos. El sonido de una frenada y un conductor que se extendía en el asiento del acompañante para abrir la puerta me dejó clavada en el sitio.

—¡Sube antes que nos multen!

Mason se volvió a poner recto y a sostener el volante mientras sonreía de forma arrogante. Me encaramé al coche y cerré la puerta a toda velocidad.

—Esa es mi chica. Vamos. Tengo reservas en... ¿te gustan los arroces? Espero que sí porque tenemos reserva en Park Avenue.

—Me encantan.

—Perfecto —dijo guiñando un ojo antes de acelerar a toda velocidad echando mi cuerpo hacia atrás.

Mason hablaba y yo solo contestaba. Mis manos se encontraban ocupadas presionando mis piernas confirmando que no me encontraba en un sueño.

Estaba en un deportivo rumbo a Park Avenue con el hombre más atractivo del universo. Si solo me diera una vuelta a la manzana y me regresara a casa seguiría con la misma sonrisa de idiota que seguro llevaba en ese momento.

Las luces tenues y la música suave creaban una atmósfera íntima y romántica. Todo estaba perfecto. El ambiente lucía exactamente como a una chica que se sintiera especial le gustaría imaginar.

—Debo decirte que te ves absolutamente impresionante —dijo moviendo la silla para que me sentara —igual que en una historia de romance histórico, pensé mientras apoyaba mi pompis con cuidado para no arrugar mi camisa y que se notará algún frunce en la tripa.

La cena transcurrió entre un arroz con marisco y una conversación fascinante. Mason elogiaba no solo mi apariencia sino también mi inteligencia. Jamás me hubiera imaginado que un chico con su porte se dedicara a alimentar su cerebro además de sus músculos. Mason estaba siendo un descubrimiento fascinante. Y con un atractivo a rabiar. Yo por mi parte mareaba el arroz y comía solo el pescado. Según mi madre y mi hermana el pescado no engordaba ni inflamaba.

—Eres tan preciosa como inteligente.

—No te rías de mí —pinché un trozo de coulant concentrada en el chocolate que se derramaba sobre el plato y pensando en lo costoso que resultaría para mis caderas desgastar ese pequeño bocado. Debería beber batido de apio durante una semana día y noche.

—No lo hago. Eres preciosa y atractiva.

—¿No son sinónimos?

—Sabes perfectamente que no. No me tomes por tonto o tendré que castigarte...

Sus palabras quedaron flotando en el aire derritiendo mis neuronas con un calor más ardiente que el chocolate del postre.

Cautivada por su voz gruesa me dejé llevar. Después de la última copa de vino Mason me llevó de regreso a casa de Oli.

El trayecto estuvo lleno de risas, anécdotas compartidas y la promesa de una conexión más profunda de lo que jamás me habría imaginado.

—Gracias por esta maravillosa noche, Gabrielle. No puedo esperar para volver a verte.

—Ha sido una velada increíble. Me encantaría volver a verte—. *¿Yo he dicho eso? ¿Qué he dicho!*

La despedida fue acompañada de una mirada intensa y un suave roce de manos.

Mason aceleró apenas puse ambos pies en tierra.

La mezcla de emociones me dejó hipnotizada ante el humo de su tubo de escape que se dispersaba en el frío de la noche.

Al cabo de unos minutos entré a la casa flotando como las mariposas. Me dejé caer en el sofá repasando en mi cabeza cada momento de la velada. La voz de Mason elogiando mis cabellos. La elegancia del restaurante, la complicidad en la conversación; todo parecía el sueño de cenicienta y su príncipe. Miré mis pies confirmando que llevaba ambos zapatos. Me puse a reír de mí misma cuando el timbre de mi Samsung me sacó de mis pensamientos.

Un mensaje entrante. ¡De Mason! ¡Era Mason!

Espero que tengas dulces sueños. Y que sea conmigo.

Dios. Ay, Dios... ¡Dioooooos!

Buenas noches, me lo he pasado genial.

Terminé de escribir y me acosté sonriendo al gotelé del techo.

Los días pasaron y las salidas con Mason se volvieron más frecuentes. Cada encuentro me dejaba una sensación agri dulce. Siempre esperaba que el cuento se terminara. Que él desapareciera y se olvidara de mí.

Aún no nos habíamos besado. Y cuando vi que él seguía interesado comencé a detenerme delante de los escaparates buscando modelos de ropa que me sentaran bien. Algo de esperanza comenzaba a crecerme dentro. Ya no me veía tan espantosa, ni gorda, ni desfavorecida... Quizás sí tenía algo que dar además de unos muslos anchos y una cintura enroscada.

—¿Cómo te ha ido con Mason? —Oli entró en casa y arrojó las llaves sobre la mesa—. ¿Habéis ido al cine?

—Sí, y después fuimos a probar unos de esos...

Oli se marchó a su habitación antes de que terminase la frase. Al volver no le interesó seguir escuchando nada acerca de mi salida. Ni de Mason.

—Supongo que es encantador y atento.

—Lo es.

—Gabrielle, siempre estaré aquí para ti. Si alguna vez necesitas hablar puedes contar conmigo.

Las palabras de Oliver resonaron en el aire creando una paleta de colores discordante de emociones en mi corazón. Llevaba semanas llamándome Gabrielle y eso me hacía sentir fea e incluso sucia. Parecía un castigo que no terminaba de comprender. Oli no era así. O eso era lo que yo pensaba. ¿dónde estaba su Belle? ¿Por qué me distanciaba de su lado? Cada momento feliz que tenía, él se encargaba de ahogarlo. El apodo con el que llevaba años llamándome se había disuelto. Cuando una tarde le pregunté que porqué lo hacía se limitó a girarse sin responder.

—¿Te marchas tan pronto?

—He quedado.

—Oli, ¿estás bien?

Cerrando la puerta con la misma rapidez con que la abrió jamás llegó a contestarme.

Aprovechando mi día libre estiré las piernas y me puse a pensar. En Mason, por supuesto. Su rostro se me presentaba todos los días como un retrato al que comenzaba a reconocerle los detalles. Cada salida a su lado era una nueva aventura, cada conversación profundizaba en capas emocionales a las que pocas personas tenían acceso.

Mason me llevó a lugares insospechados despertando en mí el deseo de arrojarme al vacío y abrir los brazos para volar junto a su cuerpo.

Sonó el timbre y corrí hacia la puerta. Seguramente Oli se había arrepentido y deseaba confesar lo que fuera que le estaba pasando. Salí disparada y cuando abrí asomé la cabeza.

—¿Mason? ¿eres tú?

—¿Esperabas a otro?

—No.

La respuesta se me atasco entre las cuerdas vocales. Mason se había vestido para impresionar. Su cabello rubio oscuro y ondulado estaba cuidadosamente peinado. Llevaba un par de pantalones azules y un jersey de lana clara. Su figura era esbelta y fuerte. Al verlo no pude hacer otra cosa que esconderme tras la puerta. Yo llevaba el típico chándal para andar por casa. De esos que tienen el color desteñido y un agujero por los bajos. Me sentía una mojitata virgen que no sabía cómo actuar.

—¿Estás bien?

—Sí, pasa. Es solo que no te esperaba.

—¿Si molesto puedo irme?

Su actitud fue muy diferente a sus palabras que cargaban un inmenso toque humorístico. Entró y se quitó la bufanda apoyándola en una silla.

—Necesitaba hablar con Oliver, pero veo que no está —afirmó mientras buscaba con la mirada el pequeño salón.

—Ha quedado.

—¿Entonces tardará?

—No estoy segura —la mirada lobuna de Mason me puso nerviosa—. ¿Quieres café?

Esta era la primera vez que nos encontrábamos a solas, y en un apartamento. La imagen del sofá cama con las sábanas a medio estirar me puso nerviosa.

—Eso estaría perfecto. ¿Te ayudo?

—No es necesario. Siéntate. El apartamento es pequeño y no he terminado de acomodar mis cosas —mi patada llevó unos pantalones vaqueros al otro lado de la sala.

—¿Hace mucho que vives aquí?

—Es algo temporal —contesté desde la cocina mientras encendía la cafetera—. Hasta que consiga ahorrar un poco para la entrada de un alquiler propio.

Mason se apoyó en el marco de la puerta y el corazón se me aceleró.

Su brazo estirado lo hacía parecer más masculino de lo que ya era. Su cuerpo desprendía hormonas de cazador y yo moría por ser su cervatillo.

Cuando deposité las dos tazas en la mesa de la sala, y estaba por sentarme, su mano ancha y fuerte sujetó la mía y me arrastró hacia su lado. Mason había decidido lo que pasaría esta tarde y yo moría por colaborar.

Su presencia frente a mí, imponente y seductora, me robaba el aliento. Sus ojos, esos abismos de misterio, prometían aventuras que mi corazón anhelaba vivir por primera vez. La tensión entre nosotros era una melodía silenciosa, un preludio a la sinfonía de pasiones que estaba por desencadenarse. Cuando sus manos encontraron las mías un estremecimiento eléctrico recorrió mi cuerpo, un presagio del incendio que estaba por consumirme. Su cercanía era un hechizo. Cada respiración era un llamado que mi alma no podía ignorar. Entonces, con una lentitud tortuosa que avivaba el fuego de mi anticipación, se inclinó hacia mí. Me pegó a su cuerpo y me besó.

El primer contacto de sus labios fue un choque de universos, una explosión de estrellas que iluminaba la oscuridad de mi existencia. Era un beso carnal y hambriento que hablaba de noches sin fin y promesas silenciadas.

Sus labios se movían con una urgencia que derretía mis resistencias invitándome a olvidar el mundo y perderme en la infinitud de ese instante. Mi piel ardía allí donde él me tocaba, cada caricia era un lenguaje nuevo que aprendía con avidez, una revelación de sensaciones que nunca imaginé posibles. La reacción de mi cuerpo era un misterio desvelado, una rendición completa a la tormenta de emociones que él desataba en mí. Y cuando nuestras lenguas se encontraron, fue el desatar de olas en un mar embravecido, un baile de pasión que borraba toda lógica, todo razonamiento.

En ese beso se desvanecieron las dudas de mi cuerpo, los miedos al amor, y lo único que quedaba era el deseo crudo y poderoso de pertenecerle, de fundirme en él y que el mundo exterior y sus críticas se desvaneciera. Y así, en ese momento suspendido en el tiempo, comprendí que había encontrado en él un peligro adictivo. Él era mi caos y mi calma, el misterio que mi corazón había decidido explorar sin mirar atrás.

Sin ningún sentimiento de vergüenza tironeó de mis pantalones y los dejó deslizar por mis piernas hacia el suelo. Luego, me levantó la camisa por la cabeza y la dejó caer al suelo encima de los pantalones desechados.

—No, yo no... —quise cubrir mi cuerpo ancho y cargado de complejos, pero Mason no me lo permitió. Con mirada lobuna me examinó haciéndome sentir que nada en mí le disgustaba.

—Eres preciosa, no puedes esconderte. Yo siempre te encontraré.

Contagiándome del ardor de sus palabras dejé caer las manos a los lados. Si descubría algo que no le gustara mejor hacerlo cuanto antes.

—Eres perfecta.

—No, no lo soy.

Quise cerrar los ojos cuando él comenzó a recorrer con sus manos mis pechos al aire. Me sentía tan vulnerable que quise gritar y salir corriendo. Sin embargo, allí seguí, completamente desnuda disfrutando el tacto del chico más guapo del universo.

—Mírame —ordenó con autoridad.

Con lentitud comenzó a quitarse el jersey y los vaqueros enseñándome de forma descarada cada uno de sus movimientos. Totalmente desnudo su pene erecto delataba su excitación por mí. ¡Por mí!

La mano fuerte se aferró a la mía y me acercó al sofá cama.

Lo seguí totalmente hipnotizada. Su mirada fija en la mía me hizo olvidar que me sentía desnuda y vulnerable. Me hizo sentir segura.

Con un beso largo su mano se aferró a mi cuello y me guió hasta la cama. La cabeza comenzó a darme vueltas entre tantas caricias indefinidas. Sus manos me recorrían deseosas y sus besos me mordían hambriento. Instintivamente crucé los brazos tras su cuello buscando un punto de equilibrio. Sentía que caía a un lugar de inconsciencia y moría de miedo.

—No luches bebé, lo vi en tus ojos, sé que esto es lo que quieres. Déjame quererte.

—No estoy segura de lo que debo hacer.

—Haz lo que sientas. No pido más.

—Yo...

Los senos desnudos eran empujados hacia arriba mientras mis manos rodeaban su cuello. Grité cuando Mason apretó los pezones con los dedos. El dolor era placentero. Sin saber reconocer mis propios sentimientos me olvidé de mi cuerpo imperfecto y me dejé subir al pico más alto de las sensaciones. Luego, como contrapeso al trato rudo que había recibido hasta ahora, me regaló suaves besos en los hombros. Los labios subieron por mi cuello hasta sentir los dientes tirando suavemente del lóbulo de mi oreja.

—¿Quieres que me detenga? Dime que pare si realmente quieres que lo haga.

Los labios de Mason estaban justo al lado de mi oreja después de susurrar la oferta. Sin darme tiempo a responder reanudó sus suaves caricias alrededor del cuello.

—¿Bien?

—No pares —dije sabiendo que lo deseaba.

Hacía semanas que lo tenía decidido.

Sabiendo que podía seguir soltó mis pechos de su firme agarre y se plantó sobre mí cara. Sus labios firmemente en mi boca me devoraban. Su lengua separó los labios con rudeza y por primera vez en mi vida sentí el ardiente beso de un hombre que me deseaba por completo.

Había fantaseado con esta primera vez, de hecho, había pensado mucho en ello.

Mis fantasías siempre incluirían una seducción lenta seguida de hacer el amor con suavidad, después de todo, las mujeres no follan, sino que aman. Nosotras nos enamoramos, al menos eso era lo que yo pensaba. Sin embargo, lo que estaba pasando distaba mucho de los sueños de una novela romántica. La pasión cruda y sexualidad furiosa de Mason explorándome me despertaba al salvajismo. Su torso amplio y desnudo empujaba con fuerza invencible hacia mi busto desnudo. Mi lengua se movía dentro de su cálida boca mientras sus manos recorrían arriba y abajo mi espalda antes de tocar mi nervioso trasero.

Sentía su fuerza abrazarme y apretarme haciendo que la experiencia fuera menos como hacer el amor y más como follar. Las manos de Mason estaban por todos los rincones de mi piel. Primero acariciaban la espalda, luego estaban con el cabello tironeando. Estaba siendo dominada por el hombre más sexy del mundo y me sentía encantada. Nunca, con ningún otro, había llegado tan lejos.

Por fin, Mason sacó la lengua de mi boca permitiéndome recuperar el aliento. Sin embargo, la separación no duró mucho. A los pocos segundos retomó su conquista.

Me miró fijo antes de recoger mi cabello y enredarlo en su mano. Tiró de él hacia atrás causando que gritara. Luego, los labios de Mason estaban nuevamente dentro de mi boca. Me poseía dominante y seguro. Besó y lamió el cuello y la garganta dejando un rastro húmedo a lo largo de mi piel. Suspiró con fuerza antes de soltarme el cabello.

El corazón se me aceleró y me dolía el cuero cabelludo por el trato rudo, pero estaba excitada, estaba segura de que podía sentir el jugo de mi coño goteando entre mis piernas. A pesar del breve dolor que disfrutaba al ser besada, lamida y explorada, me sentí deseada, algo que nunca antes había sentido, y se sentía bien.

La lengua de Mason se movía de nuevo a lo largo de la línea de mi mandíbula y subiendo por la barbilla antes de regresar a mis labios. El hombre lamía ansiosamente alrededor de mi boca antes de forzar mi lengua a rendirse ante la suya.

Nos besamos un poco más lento. Mason dio un paso atrás y se paró frente a mí sonriendo pecaminoso. Estaba total y gloriosamente desnudo. Su cuerpo excitado brillaba y era por mí. Mason era proporcionalmente más grande en todos los sentidos. Sus piernas eran más largas, era más alto, sus rasgos eran más prominentes, sin embargo, no tenía sobrepeso, ni siquiera era gordito, simplemente parecía más fuerte. Eso me hizo recordar que yo también lo era. Pero en el mal sentido. Mi madre solía decirme que era de muslos fuertes y huesos demasiado grandes para una chica tan joven. Los párpados se me cerraron presionando a mi cabeza para que olvidara el pasado dañado.

—¿Qué sucede?

Mason me miró fijamente y de repente sentí que estaba esperando algo que no podía ser. Yo no era para hombres como él.

—Yo... soy una... —me puse a tartamudear y las mejillas comenzaron a quemarse.

¿Cómo decir que eres virgen por falta de amor? Que nunca había llegado tan lejos porque jamás me habían dado la oportunidad de conocerme.

—Nena, ¿qué estás tratando de decir?

—Soy... virgen.

—No por mucho tiempo —dijo sonriente con un toque profundo de maldad en la voz.

—No es para reírse.

—¿Crees que no lo sabía?

—No te lo había dicho.

—Hay cosas que no necesitan explicaciones—. Con lentitud comenzó a avanzar. Su pene erecto crecía por momentos—. ¿Y esa virginidad quiere decir que tampoco has probado nunca el pene de un hombre?

El ritmo cardíaco se me aceleró de repente y la boca se me puso pastosa. Sacudí la cabeza como respuesta.

—Entonces puede que haya llegado el momento.

Me sentía cada vez más como una niña inexperta a cada segundo que pasaba.

Una fea y gorda.

—Yo no sé...

—Sabrás.

Mason dio un paso atrás y tomando mi mano lentamente hizo que me sentara de forma cómoda en la cama. Luego se llevó la mano al pene y lo comenzó a acariciar de arriba a abajo.

Lo observé con cierta fascinación. Su rostro comenzó a endurecerse y unos gemidos intensos salieron de su boca. Luego se detuvo y estiró sus piernas haciendo que su erección dura y

humedecida en la punta me acariciara el rostro.

—Abre de par en par esa linda boca— dijo golpeando su erección con mis labios.

Hice lo que me ordenó. Abrí la boca, pero antes que la introdujera lamí esa punta brillante.

—Dios, sí.

Sus ojos se cerraron y su cuerpo se tensó aún más. Aunque estaba sentada y él de pie me sentí poderosa. Volví a besarlo, pero esta vez Mason empujó hasta chocar con mi campanilla. El pene endurecido me abarcaba al completo. Casi ahogada lo moví desde dentro hacia afuera para no morir atragantada.

Sus gemidos eran tan fuertes que comencé a probar diferentes clases de besos mezclados con pequeños mordiscos. Todo parecía gustarle por lo que no permití que la inexperiencia dominara mi pudor.

Por el extremo salía un líquido espeso. Era un sabor diferente a todo lo que había probado antes. Algo dulce al principio y picante al retrogusto, pero no podía estar segura. Mason volvió a sonreír mientras retiraba la mano de su pene y los llevaba a mi cuero cabelludo para arrastrarme hacia él. Mason estaba disfrutando y yo también. Quería besar y saborear un poco más. Quería hacerlo lenta y suavemente. Ser erótica y sensual, sin embargo, él tenía otras ideas. Era como si tuviera prisa o simplemente estuviera impaciente. Sus movimientos eran rápidos y parecía correr por impulso. Yo disfrutaba de la experiencia sin apuros junto a un hombre que se ponía más nervioso por segundos.

Con el sabor del jugo de su pene aún en mi lengua intenté detener su sufrimiento y con la intención de besarla apasionadamente, pero cuando me acerqué, Mason me detuvo. Colocando un dedo en mis labios como si estuviera delante de un maestro que intenta hacer callar a su alumna. En lugar de besar, Mason puso sus manos sobre los hombros y me empujó suavemente hacia abajo, indicando que quería que me tumbara sobre la cama. Su cuerpo estaba tan tenso como su virilidad.

La cabeza en la almohada y las sábanas frescas me recibieron como un nido a su golondrina. Cada vez era más obvio que Mason no era el tipo de hombre que disfrutaría del sexo lento, pero, nuevamente, me recordé que esto era lo que quería.

Llevaba tanto tiempo esperando este momento que los números de los días no hicieron más que confundirme. Desde que nací me creí dueña de un cuerpo repugnante, y aunque mi historia golpeaba mi cabeza una y otra vez intentando hacerme despertar, no se lo permití. Deseaba disfrutar cada segundo del que estaba siendo protagonista. Quería ser esa muchacha gusano que al final de la historia se transformara en una mariposa libre.

Boca arriba esperé que Mason continuara haciendo su magia. Su cuerpo duro se posicionó sobre el mío y el calor abrasante de su piel me envolvió como manta térmica. Jamás me había sentido tan importante.

—Dobla las rodillas y abre las piernas, Gabrielle— dijo ordenando de forma suave.

Él sabía que necesitaba su dirección y estaba dispuesto a entregarme todo lo que yo buscaba.

No me podía sentir más agradecida. Sin dudarlo seguí cada una de sus instrucciones. Los nervios mezclados con el deseo se combinaban como dinamita ardiente en mi cuerpo.

—Buena chica, ahora quiero que te frotes el coño contra mi. Siente el deseo que tengo. Escucha el suplicar de mi pene por poseerte.

—¿Cómo?

Me sentí una estúpida al escuchar su risilla suave humedeciendo mi oído derecho.

—Quiero verte y tocarte. Quiero follarte. Luego haré que te corras, te haré gritar en voz alta

mi nombre. ¡Voy a chuparte las tetas y lamerte el coño! No voy a dejar que descanses. No tendré piedad. Conseguiré enloquecerte de la misma forma que llevas haciéndolo tú conmigo — explicó con calma.

La voz grave se endulzaba.

¿Cómo podía negarme? Obedecí de forma inmediata.

Alcé mi entrepierna y su polla dura acarició mi clítoris con un roce desesperante. Al instante necesité más. Y más... Todo era poco.

El escalofrío que me penetraba hasta lo más profundo de mi esencia era insuficiente. Quería poseerlo y que me poseyera. La humedad comenzó a brotar desde mi interior cálido y picante. Con los ojos fijos en mi cuerpo desnudo puso su mano entre mis piernas y como había hecho yo, en una época en la que jamás pensé que nadie pudiera hacerlo por mí, pasó su dedo índice arriba y abajo por mi raja empapada y húmeda. Mason observó mi jadear encantado.

—Estás bien mojada. Buena chica.

—Sí, ahora está muy mojada —respondí como idiota.

Mi confianza aumentó a medida que mis propias inhibiciones se lanzaban al vacío.

Una vez más, hice todo lo que él decía.

Su lengua húmeda encontró su camino hacia mi abertura y se deslizó dentro poseyéndome. Él era fuerte y dulce a la vez. Posesivo y cariñoso. Después de un segundo, u horas, me soltó para posicionarse encima como un encaje de engranajes bien ajustados. Mientras lo hacía con un empuje se deslizó hacia adentro. Su polla dura como lanza entraba en mi cuerpo totalmente abierto. Lo sentía abarcarme al completo. No hubo dolor. Era una sensación extraña y terriblemente agradable. Todo parecía ir bien hasta que algo pareció detenerlo.

—¿Estás bien?

—Sí —dije sosteniéndome de sus hombros como si fuera mi único bote salvavidas.

—Tengo que seguir...

Sus palabras entrecortadas se unieron a un movimiento lento. Mi cuerpo se rindió a su insistencia.

—Oh, sí... —dijo al clavarse hasta el final. Su polla me llenaba hasta lo más profundo. Apenas podía moverme.

—Eres preciosa... rodéame con tus piernas.

Por primera vez su voz tembló haciendo evidente que estaba perdiendo el control y que pronto necesitaría sentirse satisfecho. Lo hice, aunque sin saber por qué me sentía totalmente despierta de cualquier sueño. Su cuerpo dentro había logrado conseguir que despertara y supiera exactamente dónde estaba y lo que estábamos haciendo.

Mason deslizó su dedo dentro de nuestros cuerpos y comencé a sentir como lo deslizaba hasta conseguir alcanzar mi clítoris.

—Sentirás placer, lo prometo.

En el mismo momento que me acarició comenzó a entrar y salir de mi interior. El calor ardiente subió por mis piernas alcanzando mi cuello y mi cabeza. Cerré los ojos y volví a sumergirme en una historia de princesa enamorada en brazos de su príncipe.

—Así. Sigue mi ritmo —dijo con el sudor recorriendo su torso desnudo—. Ahora bebé, déjate llevar...

Un temblor potente me atravesó en dos y mi cuerpo se puso a convulsionar sin poder evitarlo. Las embestidas de Mason conseguían extender el placer mucho más de lo que nunca lo hubiera conseguido yo antes con mis propias caricias.

—Sí...

Mason salió de mí y su cuerpo se vació a un costado de mi pierna.

—Eres maravillosa.

—¿Qué...? —dije agotada por las sensaciones vividas.

—Quiero más.

Se arrodilló y se inclinó hacia adelante. Bajó la cabeza entre los suaves muslos y me plantó sus labios en mi coño espumoso y abierto. Volví a gritar de puro placer. Sentía su cálido aliento sobre mi humedad junto a su melena frotando mis muslos. Me retorció y gemía en voz alta mientras la lengua experta recorría mi sensible raja. Mi corazón latía con fuerza y mis pechos subían y bajaban rápidamente mientras jadeaba. Era imposible, pero me estaba pasando.

—¿Qué haces...? —dije sin fuerzas.

—Verte en todo tu esplendor.

Mason sintió el inminente orgasmo y aceleró su asalto al coño, y hasta hacía unos minutos, cuerpo virgen.

Quise pensar que si existía algo de sangre debía ser asqueroso, pero Mason lamía con tanto gusto que mi razonamiento se perdió más allá del cielo.

Insertó bruscamente dos dedos dentro de la dulce entrada de mi cuerpo redondeado. Sus dedos me hicieron gritar de dolor al principio, pero el grito se convirtió en un largo gemido de excitación.

Mi voz se elevó nuevamente cuando sentí su lengua acariciando mi clítoris inflamado. La sensación de esta estimulación, la penetración y el pensamiento del lindo rostro de Mason enterrado entre mis muslos hicieron que me estrellara en el orgasmo más sorprendente, violento y satisfactorio de toda mi vida.

Cuando había tenido orgasmos antes, después de mucha masturbación y fantasías, a menudo comenzaban lentamente, una cálida ráfaga por el cuerpo, seguido de unos segundos de clímax. Sin embargo, hoy, la suave ola se convirtió en un pulso candente que desgarró todo vestigio de inocencia. Mi coño se sentía como si palpitara de calor. Iba desde el clítoris hasta los brazos y piernas. Finalmente, las olas comenzaron a amainar y, por fin, supe que mi virginidad había desaparecido para siempre, y arrebatada por este hombre que me había arrancado la ropa.

Abrí los ojos para ver a Mason que miraba con esa sonrisa todavía en sus labios, esos labios que brillaban con mis jugos. Cerré los ojos de vergüenza. Ahora estaba despierta y consciente. Y totalmente desnuda. Busqué una sábana para taparme.

—Eres preciosa, no te cubras.

—No mientas... soy... —no fui capaz de decir la palabra.

—Estás jamona y eso me encanta —dijo aferrando sus dedos fuertes a mis muslos.

Agaché la cabeza y contuve las sensaciones.

Esa palabra había resultado poco agradable para mí, pero no se lo dije, no quise estropear el momento.

—¿Te gustó? —Mason me preguntó después de compartir un beso húmedo con el aroma de mi cuerpo en sus labios.

—Fue maravilloso. Fuiste maravilloso...

—Bien, ¿crees que podrás hacerlo?

—¿Hacerlo?

—Conmigo —dijo acostándose con la cabeza junto a la mía y llevando los brazos cruzados tras la nuca.

—¿Ahora?

—No, la semana que viene. Mira como me has puesto con tanto gemido —dijo elevando hacia arriba las caderas para que viera su erección totalmente en alto —te he dado placer dos veces y ahora mira como me has puesto. Ahora te toca solucionarlo.

—Yo... creo que sí—dije sintiéndome una completa inexperta.

—Ponte de rodillas y gatea sobre mí.

El tono uniforme de Mason volvió junto a su lado travieso.

Rodé sobre su estómago y me levanté lentamente. No quería decepcionar. Él habrá sido muy gentil y deseaba devolverle el favor.

—Así es, cariño, gatea hacia mí. Quiero que vengas aquí y los chupes — dijo, con las manos envueltas tras su nuca.

Mason me observaba mientras avanzaba sobre su cuerpo expectante. Mientras subía lentamente dudé, me preocupaba hacerlo mal. Mason vio que estaba nerviosa.

—Está bien, bebé, hazlo como hace unos minutos — dijo acariciando suavemente mi cabello —. Chúpame. Quiero que me lamas de arriba a abajo. Eso será suficiente — dijo empujando suavemente mi nuca hacia su erección.

Obedecí y lentamente usé la lengua para trazar círculos alrededor del capullo sonrosado. Y mientras lo hacía, noté que comenzaba a endurecerse como piedra. En ese momento, cuando el capullo rosado se puso rígido, me di cuenta de que estaba excitando a un hombre completamente sexy. Que lo tenía a mi merced mojándolo e incluso haciéndolo gemir y temblar. ¡Y todo esto simplemente lamiendo una pequeña parte de su cuerpo!

Con bastante más confianza tomé algo de iniciativa y cerré los labios alrededor de su pene, y dibujando pequeñas figuras con la lengua, lo introduje en mi boca. Era tan grande que la sensación me produjo arcadas que supe contener. No quería estropear el momento. Mason suplicaba a su reina y su reina era yo. ¡Yo!

—Mmmmm Gabrielle, eres muy buena en esto, haz lo mismo con mis huevos. Chúpame. Muérdelos. Haz lo que quieras. Soy todo tuyo.

—Mío... mío...

Repetí sabiendo que jamás había tenido nada propio. Siempre me había sentido una visitante hasta en mi propia casa. Una mujer poco digna de merecimiento. Valiente lo saboreé como a un polo.

Acaricié con mis dientes y disfruté al sentir su piel erizarse de placer. Sabía que lo estaba haciendo bien, no sólo porque Mason había dicho que era buena, sino por la forma sutil en que su cuerpo reaccionaba a cada toque. Mason gemía en voz alta y, en ocasiones, decía mi nombre con cierto toque de tortura excitante.

—Gabrielle, para, no quiero correrme todavía, bésame — suplicó.

Aparté los labios y sonreí traviesa. Lo miré y me negué.

Con su mirada entre extrañada y divertida volví a su cuerpo y me introduje el total de su polla dura en mi boca. El sabor picante y dulce me llenó cada recoveco de mis dientes.

—Mala mujer... —dijo Mason como pudo—. Nooo, buena chica, buena chica — dijo al sentir que chupaba cada vez más fuerte.

Estaba decidida a hacerlo bien y por ello me esmeré. No me importaba si los carrillos se me entumecían chupando.

—¡Oh, Dios! Gabrielle... No pares bebe...Mmmm ¡Fóllame! Sí, así Gabrielle, trágalo mi vida, por favor... oh, por favor, deja que me corra. ¡Lo necesito!

Mason no terminó su súplica porque siguiendo su consejo tragué su polla al completo.

—Gabrielle, sí... me corro... sí...

Con su polla dentro de mi boca no podía sonreír, pero igualmente lo hice. El hombre más guapo del universo se corría con un líquido espeso y ardiente dentro de mi garganta.

Al sentir sus espasmos relajarse lo fui quitando de mi boca. Su polla medio flácida chorreaba su semen junto a mi saliva. Y eso me hizo sentir totalmente plena. Me acosté sensual junto a su cuerpo y su brazo me arrastró hacia su torso.

—¿Lo hice bien?

—Creo que aún te falta práctica —contestó sonriente—¿Estás bien? ¿No ha sido mucho para tu primera vez?

—Estoy perfectamente.

Ambos nos reímos y agotados comenzamos a quedarnos dormidos. En pocos minutos su respiración se profundizó. Con cuidado para no despertarle estiré las sábanas y con una manta nos cubrí a ambos.

La felicidad me brotaba por los poros e iluminaba el pequeño salón de la casa de Oli. Oliver... pensé al encontrarme totalmente desnuda con otro hombre en su casa. Algo me hizo sentir incómoda. ¿Qué sucedería si en este momento él llegaba? Pensar en la reacción de Oli me hizo sentir mal. Incluso sucia. Pero fue en ese momento que Mason se aferró a mi cuerpo y habló adormecido.

—Cinco minutos y me voy. No queremos que Oliver nos vea. Tendrás que mudarte a tu propia casa...

Sus palabras terminaron con voz divertida y lo abracé olvidándome de mi mejor amigo y su malestar. Mason hablaba de un futuro. Quería seguir viéndome. Esta no era la única y última vez. ¡No lo era! Él deseaba más... de mí... ¡de mí!

Esperanzas

Los días pasaban y la felicidad completa resplandecía en cada momento que Mason y yo nos encontrábamos a solas. Y ese era el problema. Nunca lo estábamos. La gente con sus miradas y sus comentarios en voz baja al vernos pasar no eran menores. Ellos pensaban que no los escuchaba, y tenían razón, no lo hacía, sin embargo, aún así, sabía lo que estaban diciendo, y lo que era mucho peor, el cuerpo al que criticaban.

—¿Entonces, ese es tu novio?

Una compañera me preguntó alargando las palabras y caminando con la mirada fija en la espalda de Mason sin esperar mi respuesta. Así era siempre.

Ninguna de las chicas podía creer que una muchacha con curvas exuberantes como las mías pudiera conquistar a un adonis como él. Mason, aunque era terriblemente guapo, a mi lado parecía relucir aún más, o al menos eso me imaginaba al notar como no existía chica que no se quedara con la boca abierta al verlo caminar junto a mí.

Y todo ello no hacía más que acrecentar mi falta de amor por mi misma. Mason no cesaba de decirme que estaba guapa, pero aquello terminaba por molestarme aún más. Era como si supiera que necesitaba su refuerzo. Conseguía hacerme sentir peor, y aunque se lo dijese, él insistía en creer que lo necesitaba.

Una tarde de frío me fui a casa. No deseaba quedar con Mason. O, mejor dicho, sí lo deseaba, lo que no deseaba era escoger ropa, mirarme al espejo, y volver a preguntarme qué veía un hombre como él en alguien como yo.

A veces, mientras compartíamos momentos efímeros, mi mente divagaba hacia Oliver, ¿qué pensaría él de todas mis dudas?

Sentada en la cocina sola con mis pensamientos Oli llegó por la espalda y me extendió una taza de té caliente. Me miró con una expresión comprensiva y amigable.

—¿Cómo estás?

—Ya no me llamas Belle... —dije bebiendo la infusión con espíritu melancólico.

—Sí que lo hago.

—No, no lo haces. Pero no importa.

—¿Y qué es lo que te importa? ¿Mason tal vez?

—Mason es increíble, pero...

—¿Pero?

—No lo sé. No estoy segura. ¡Ay Oli! No me entiendo ni yo misma.

—Entonces no puedo ayudarte. Tus sentimientos no me pertenecen.

Oli se sentó en una silla junto a la mesa.

No estaba lejos, después de todo, el apartamento era igual a una caja de cerillas a medio abrir, sin embargo, lo sentía tan distante...

Desde el mes que llevaba con Mason Oli se había convertido en un amigo al que ya casi no conocía.

—No me siento bien.

—Y es por Mason.

—¡No! No —contesté a toda velocidad—. Él es muy atento y cariñoso. Siempre está pendiente de todo lo que necesito. Incluso antes —dije con algo de aspereza—. Soy yo y mis

malditas inseguridades. Dime, ¿no te has preguntado por qué un chico como él está conmigo?

Él se silenció demasiados minutos para una confianza tan precaria como la mía.

—Ves, tú también crees que soy poco cosa. ¡Eres igual a todos los que nos miran por la calle!

—¿Los que los miran? Escúchame bien —Oli se puso en pie golpeando la mesa con la taza. Jamás lo había notado tan enfadado. Sus gestos y sus movimientos de brazos consiguieron asustarme —no pienso repetirlo. Si alguien vale menos que el otro, ese es él. ¡Él!

—¿Qué estás queriendo decir? ¿Lo estás acusando de algo?

—Solo intento decir que tú mereces lo mejor. Si estás enamorada de Mason, seguro que es él quien no te merece.

Oli se quedó en silencio y yo también. Me estaba preguntando si lo amaba ¿lo hacía? No estaba segura. mintiendo.

—Buenas noches. Me voy a la cama —contestó acariciando el puente de sus gafas.

—Espera... Quiero que hablemos —dije suplicante.

—No tengo valor para escuchar —contestó antes de cerrar la puerta de la habitación de la misma forma que estaba haciendo con su corazón. Oli me daba la espalda sin ninguna explicación.

Estaba claro que Mason no terminaba de encajar, y teniendo en cuenta que eran amigos de antes, la única razón lógica de su comportamiento era que me veía muy poca cosa para un chico como él. Quien sabe, igual hasta temía que tantos rumores de la gente me hicieran daño, después de todo ¿quién era yo más que la gorda de las perpetuas dietas defectuosas?

Me sequé las lágrimas y fui a la cocina. Miré la tableta de chocolate, y cuando estaba por morder, pensé en Mason y en mis kilos de más, los rumores de las personas... Con energía lancé la tableta al suelo. La pisé una y otra vez hasta convertirla en cacao húmedo y pegajoso contra las baldosas. Entonces, me dejé caer en la madera fría y me puse a llorar. El teléfono comenzó a sonar, pero no fue hasta que pude ponerme en pie cuando pude mirar la pantalla.

—Hola bebota, ¿cómo estás?

Las frases cariñosas de Mason consiguieron arrancarme una sonrisa junto a una lágrima de tristeza. Me hubiera gustado decirle que bebota me sonaba a grandota y grandota a gorda, pero no me atreví. Cuando estaba junto a él temía mostrar mis inseguridades. Él era el primer chico totalmente interesado en mí, y yo, como siempre, iba a estropearlo.

Hola guapo

Escribí con diversión simulada porque por dentro me sentía una basura despreciable. Una mujer inservible hasta para amar. Y mucho menos ser amada.

Mañana te paso a buscar por la librería, tengo que comprar unos vaqueros y necesito de tu opinión experta.

Miré la pantalla una y otra vez antes de contestar.

Me parece bien. Te dejo porque es tarde. Buenas noches, Mason.

Buenas noches, sueña conmigo.

Y tú conmigo

Contesté de forma obligada. Entre él y yo no existían los te quiero. Era muy pronto y lo comprendía. Una psicóloga a la que estuve yendo por más de dos años me dijo que los sentimientos eran cuestión de tiempo. Que Mason me expresara la palabra prohibida, y a la vez tan deseada, en ese momento era el menor de mis males.

¿Ir con él de compras? Eso significaba que debería ver cómo se vestía, salir del probador y mostrarse ante la atenta mirada de las vendedoras... Me escondí bajo las mantas y cubrí mi cabeza como el avestruz bajo un gurrúño de sábanas arrugadas.

La dichosa tarde llegó al otro día. Me subí a su coche con los nervios rompiendo mis uñas. Apenas abrí la boca en todo el viaje. Nos bajamos en el centro comercial y me instalé la sonrisa falsa que solía utilizar cuando creía que alguien mal intencionado me observaba. Entramos a la tienda y la vendedora se puso a la obra.

Le ofreció las tallas que Mason necesitaba.

Esperé fuera.

A pesar de todo lo que me pude haber imaginado la muchacha fue de lo más amable. Al salir del probador lo halagaba, pero sin mucho exceso, incluso sonrió conmigo cuando él hizo alguna que otra broma.

Pagamos y nos acercamos a un café cargado de bolsas. Hasta yo me había animado con una boina nueva de color verde. Mi nuevo color preferido habitual.

Mason insistió en que comprase un par de jersey, pero me negué en rotundo. No sufriría con él a mi lado la desdicha de las tallas pequeñas y las arrugas en mi tripa.

Con Oli, sí me gustaba hacerlo, después de todo ambos solíamos reírnos sin parar. Si una prenda no nos gustaba salíamos amenazando con un libro de quejas que nunca llegábamos a cumplimentar. Ambos criticábamos a las cara de palo amargadas mientras tomábamos un helado con los labios entumecidos en carcajadas.

—¿Por qué esa sonrisa traviesa?

—Nada en especial.

Mason comenzó a pedir nuestros cafés en una cafetería cercana y no me expliqué. A veces sentía que el nombre de Oli no terminaba de gustarle. Y yo, por supuesto, evitaba nombrarlo. Mason era mi cielo y mi primera relación seria. Él merecía todo mi esfuerzo.

Después de ese día me fui a casa contenta conmigo misma. Quizás no estuviera todo perdido. Quizá no todo el mundo me veía como yo lo hacía... Quizá existían chicas como esa vendedora que no juzgan con solo una apariencia.

Qué siento

—¿Qué haces con toda esa montaña de libros?

—Me apetecía leerlos.

—*Tú puedes. El poder de ser tú misma. El sexo y...*

—¡Ya basta! —dije quitándoselo de las manos.

—¿Desde cuándo te van las mierdas de autoayuda?

—Desde que las pusieron en rebajas. Además, me hacen un veinte por ciento de descuento. Y no son tan mierdas...

Oli miró desde arriba las portadas mientras yo intentaba ocultarlos escondiéndolos bajo la cama.

—Estás muy rara.

—¿Yo?

—Sí, estás un poco más... no sé, distinta. Imagino que Mason te hace bien.

Y allí estaba otra vez. Parecía que últimamente no podía hablar sin tener a Mason en su boca.

—No todo se debe a él. También lo hago por mí —dije dejando de tapar estúpidamente el nombre de los libros—. Verás, no ha sido fácil, estoy comenzando a sentirme como una chica más. Y eso me gusta.

—Siempre has sido una chica.

—Ya sabes lo que quiero decir, tú me conoces mejor que nadie. Conoces mis inseguridades.

—Se te nota feliz. Si Mason es el autor, me alegro por ti. Lo que es bueno para ti lo es también para mí.

Me lancé a los brazos de Oli en el momento justo en que agachaba la cabeza para darme un beso en la mejilla.

—Siempre seremos amigos. Te quiero muchísimo.

—Yo también te quiero muchísimo.

—Viernes...

Ambos nos abrazamos como antes. Como cuando Mason no existía en mi vida.

—¿Palomitas y peli? —dije entusiasmada al sentir que recuperaba a mi amigo ausente.

—No puedo. He quedado.

—¿Otra vez? ¿Tal vez una chica? —Oli no contestó y lo seguí hasta su habitación—. ¿Es guapa? ¿Estudia o trabaja?

—Te pareces a tu madre.

—¿Por qué tanto misterio?

—No es ningún misterio, es una compañera de trabajo y solo hemos quedado para tomar unas cervezas.

—Sí claro. ¿Y vas a traerla para que la conozca? ¿Quieres que te deje la casa? Puedo quedarme en el apartamento de Mason.

—No hace falta. Es solo una cerveza.

Oli dejó un beso suave en su frente y se metió en la ducha.

Me marché hacia la sala calmando mis nervios. Si Oli me contestaba que sí deseaba que me marchara de su casa no habría sabido a dónde ir. En el mes que llevaba junto a Mason él nunca me llevó a su casa.

Me senté y me puse a leer el último libro de la inmensa pila. Estaba comenzado y hasta con post-it de colores marcando frases tales como: *Expresar tus sentimientos es fácil cuando se quiere*.

Sonreí al darme cuenta de que a Oli siempre le decía lo mucho que lo quería. Y él a mí. Con él todo era fácil.

Lo complicado siempre era con Mason. Pero claro, con Mason tenía sexo y con Oli no. Y todo el mundo sabe que el sexo siempre lo complica todo.

Calenté una jarra de té y me puse manos a la obra. La autoayuda, una noche de estudios interminables, y yo, seríamos solo una.

—Pero ¿qué? ¡Ya voy!

—Holi, soy Oli. Oli soy Holi —la carcajada de Oliver se sucedió junto a un tropiezo de sus propias piernas—. Olvidé las llaves. Oli, soy Holi... me que olvi.

La rima de palabras le hubo de parecer divertida porque nada más entrar se sentó en el sofá. O sea, mi cama. Y recostando la cabeza en mi almohada se puso a reír.

—¿Estás bien?

—No. Me late la cabeza.

—¿Cuánto has bebido?

Me ajusté la camiseta del pijama para que no se escaparan mis reinas, como las llamaba Mason, y caminé hacia la cocina para traerle un vaso de zumo de naranja.

—No puedo beber. Todo me da vueltas. Vuel...tasssss.

—¿Qué has bebido?

—No lo sé.

—¿No fue alcohol?

—¿Entonces qué?

Mi mano sostuvo su espalda mientras intentaba sentarse.

—Un cigarrillo. O dos.

—¡Un porro! ¿Tú?

—Sí, yo, ¡qué pasa!

Su indignación se sumó a un intento de mover las piernas que lo detuvieron en la misma posición.

—¡No te muevas o te vas a caer!

—¡No soy ningún idiota! ¡No lo soy!

Mis palabras lejos de calmarlo consiguieron que mi frase fuese profética.

Oli perdió el equilibrio al intentar ponerse en pie. Ambos caímos de culo en la alfombra acolchada.

Y allí estaba otra vez. Su carcajada mezclada con el enfado. Oli estaba en un estado de subidas y bajadas incomprensible.

—No estoy bien.

—¿Qué pasa Oli? Últimamente no eres tú. Sabes que puedes confiar en mí.

—Tú...

—Sí, yo. Somos nosotros, Oli. Somos los mejores amigos.

—Amigos...

—Sí, Oli, háblame.

—No soy ningún idiota. Soy un hombre. Y a algunas chicas hasta les gusto.

—Les gustas a todas —dije acariciando su rostro pálido por el malestar—. Eres un chico fantástico.

—Pero no como él.

—¿Él?

—Mason. Él quita el aire. Yo no quito nada... O casi nada. ¿Sabes? Se quitó la ropa.

—¿Quién se quitó la ropa? ¿Y qué tiene que ver Mason en todo esto?

—¿Mason? Yo no he hablado de él.

—Sí, lo has hecho, pero ahora no importa.

Me senté a su lado y Oliver dejaba de reír con una sonrisa falsa para sujetarse la cabeza.

—Apóyate en mí —puse mis manos en su cuello y lo apoyé en mi pecho. Con la respiración más calmada me abrazó con suavidad por la cintura.

—Belle... ella quería. Yo no pude.

—¿Ella?

—Samanta. Es de la oficina de Londres. Ha venido por unos días. Ella quería follar y yo... Holi... olvi...

Sus palabras se perdieron en mi pecho. Parecía comenzar a calmarse.

—¿Y por esa chica fumaste esa mierda? ¿Ella te lo pidió? Te creía más inteligente.

Mi voz sonó enfadada, aunque la verdad fue que lo que sentía resultó ser mucho más feo. Escucharle hablar de esa chica me hizo sentir rabia hasta el estrellado. ¡Sí! Una rabia que me carcomía por dentro. Esa mujer llevaba una semana y había conseguido que un chico prudente y maravilloso como Oliver fumara porros.

—¡Eres idiota!

Oli se alejó de mi pecho enfocando sus ojos vidriosos en mi rostro.

—Sí, eres estúpido. ¿Por qué lo hiciste? Meterte drogas por una pelirroja de bragas rotas.

—¿Qué pelirroja?

—¡Me importa un cuerno sus pelos!

Los pies le resbalaron, pero no aceptó mi ayuda.

—Vete a tu cuarto. Te llevaré un té con algo para que se te pase el colocón. Sois todos iguales...

Mis refunfuños continuaban cuando sus manos me sujetaron por los hombros con una fuerza extraordinaria. Una que no conocía. Oli siempre era bueno, cariñoso y de gestos suaves.

—¡Con lecciones de moralidad a Santa Rita!

—Pero ¿qué dices? Estas colgadísimo. Será mejor que te vayas a dormir la mona.

Intenté soltarme pero no pude. Sus dedos fuertes me lo impidieron.

—¡Digo que los cuentos te los cuentes! No soy yo quien se bajó las bragas con el primer imbécil que le hizo ojitos.

—¡Qué dices! —Mis hombros bailaban con mis pies intentando zafarse —¡Mason no es un imbécil! ¡Y no me bajó las bragas! ¡Me las bajé solita!

Sus dedos fuertes me soltaron como si de repente mi cuerpo ardiera como el hierro al rojo vivo.

—Será mejor que me vaya—. Se giró hacia la puerta de salida.

—Me iré yo. Esta es tu casa.

Estaba furiosa. Sus palabras habían conseguido herirme más allá de la lógica.

—Necesito tomar el aire. Vete a dormir —dijo mirando mi pijama de arriba a abajo.

—Me iré. No puedo seguir viviendo bajo tu techo si piensas que soy... Eso que piensas.

Oli me sujetó por los hombros nuevamente y tras mi espalda me hizo girar en el momento en que me dirigía hacia el armario en busca de mi mochila de viaje.

—Por favor, vete a dormir y perdona todo lo que he dicho. Tienes razón, soy un completo imbécil. Belle, me duele la cabeza, estoy colocado y siento como si tuviera dentro una mano que me aprieta y destroza en pequeños pedazos.

—Deja que te ayude. Dime que te pasa.

Sus párpados se cerraron agotados y toda la furia que yo sentía se desvaneció. Alzó la vista y me miró con los ojos aún brillantes por el humo de las drogas.

—Solo necesito aire fresco.

—Iré contigo —dije buscando mis vaqueros del suelo.

—Necesito estar solo.

—Hubo una época en que éramos mejores amigos y nos lo contábamos todo —le reproché buscando poder entrar en su doloroso secreto.

—Volveré pronto. No te preocupes.

Se fue dejándome con lágrimas en los ojos. En ese momento, al verlo marchar, yo también sentía una mano que me atravesaba el pecho y me presionaba el corazón hasta dejarlo sin aire.

El amanecer llegó demasiado rápido.

Me puse en pie y de puntillas me acerqué hacia la habitación de Oli. ¿Quizás me quedase dormida y no lo viera entrar?

—No está.

Mis palabras resonaron en el pequeño apartamento mirando de un lado a otro. Preocupada sujeté el teléfono, y aunque lo dudé, hice lo que cualquier mujer preocupada por su mejor amigo hubiese hecho. Lo llamé.

—Sí... —su voz pastosa sonó después de haber llamado tres veces sin recibir respuesta.

—Oli, ¿estás bien? Me tenías muy preocupada. Es tarde y no has vuelto a casa. No sabía si irte a buscar a los hospitales o si...

—¿Quién es? —Una voz de mujer adormilada sonó alto y claro al otro lado.

—Estoy bien.

—¿Estás con alguien?

—Corta guapo, aún no he terminado contigo... —la otra voz respondió a mi estúpida pregunta.

Por supuesto que estaba con alguien. Seguramente fuera la pelirroja de idioma extranjero y ojos azules.

—Tengo que cortar.

Oli dejó de hablar y yo me quedé con el móvil en la mano mirando a la pantalla oscura.

¿Qué esperaba escuchar? ¡Y yo que sé! Igual que estaba solo en una plaza y me pedía que lo fuera a buscar. O que me echaba de menos y sentía lo idiota que había sido al hablarme de esa forma. ¡O cualquier cosa menos encontrarlo desnudo en la cama de una bomba sexual!

Qué me pasa

Durante dos días, Oli no apareció por casa. Y cuando lo hizo fue para decir que pensaba quedarse unos días en casa de Samanta. Cuando le dije que si quería podía irme. Me sonrió como solía hacer y restándole importancia me dijo que la muchacha se iría en unos días a su país y que deseaba aprovechar el tiempo. Con esas palabras me besó en la frente y se marchó. De eso hacía ya cuatro días. ¡Cuatro!

Le envié unos mensajes a los que respondió de forma corta y escueta. E incluso, a veces, con el chillido agudo de una inglesita insoportable de fondo.

Debo de decir que, intrigada, busqué su foto en Instagram.

Y después de pocos intentos la encontré. Me bastó con ver a una *sam23* entre los amigos recientes de Oli para poder saber que era ella. La muy cretina había subido fotos abrazándolo como si fuera suyo.

Solté el teléfono furioso. ¡Cinco fotos en su perfil! ¿Por qué él no me había contado que iban en serio? ¿estaba enamorado? Y sí ¡era pelirroja! Más rubia que roja, pero ¡por qué lo había negado!

Me puse a revolver el café con el palillo de madera muy disgustada. A las amigas no se las engañaba. Si estaba enamorado de la inglesa insoportable, ¿por qué no lo confesaba? Después de todo yo tenía a Mason...

Oli era un chico que a todas gustaba. Su carácter era divertido, sabía escuchar, era muy comprensivo y siempre estaba dispuesto. Y ese cabello oscuro rebelde con esas gafas sin marco dándole un toque de extremos encantadores. Era como Súperman escondido bajo el disfraz de Clark Kent.

—¿Trabajarás algún día?

—Por supuesto que sí, señor Harland —dije pensando en no mandarlo a freír espárragos tan arrugados como su pene—. En este mismo momento estaba con esta señorita —dije acercándome a una muchacha que se puso roja como un tomate al verme—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Yo buscaba... buscaba... un libro.

El señor Harland se marchó rumiando algo sobre la estupidez humana y yo respiré aliviada. Al menos por el momento no perdería mi trabajo.

—Tranquila ... —dije con algo de culpabilidad—si necesitas algo me avisas.

—La realidad es que sí necesito ayuda. Deseaba un libro, ya sabes...

Mis ojos se abrieron más de lo habitual y mi oreja se le acercó a su rostro para poder escuchar su voz cada vez más apagada.

—Esta es una librería. Y hay muchos libros.

La muchacha sonrió de mis movimientos entre interesantes y divertidos. Algo más relajada habló en voz aún más baja.

—Busco libros eróticos.

—¿Alguno en especial? —dije caminando hacia la sección para que ella me acompañara.

—A decir verdad, sí. No recuerdo a la autora, pero el libro se llama —dijo escondiendo la voz avergonzada—. *Entre páginas ardientes*. Leí el primero y me encantó. Me gustaría llevarme la serie completa.

—Por supuesto —contesté caminando hacia la estantería—. Aquí tienes toda la saga. Puedes mirarlos tranquilamente. Yo estaré cerca por si deseas llevarte algún otro.

—Muchas gracias —dijo respirando profundo.

—Y, por cierto —le dije en voz baja y con una sonrisa de oreja a oreja—. No tienes que hablar en voz baja. Es un género maravilloso y somos muchas las adoramos leerlo.

Le guiñé un ojo y su rostro se iluminó.

—¡Señorita!

—Me llaman. Pero estaré cerca para lo que necesites.

—Gracias.

Caminé hacia la señora con dos hijos que se peleaban entre ellos y me dispuse a trabajar.

Y, por encima de todo, intentando olvidar a las odiosas inglesas pelirrojas, y sin pensar por un solo minuto en que el cabello del niño más pequeño era tan negro y rebelde como el de Oli.

Una tarde, de la cual ya no me acuerdo ni el día, mi amigo apareció por la casa como si nada. Cuando le pregunté por Samanta me contestó con evasivas por lo que no terminé de enterarme si seguía en Madrid o si al fin nos habíamos librado de ella.

Porque era indiscutible, esa mujer terminaría por separarnos, si no, ¿porque no había venido a casa ni una sola vez? ¿Tan buena era ella en la cama que llevaba días sin aparecer?

—¿Vas a salir?

—Sí.

—Con Mason, imagino.

—Sí. ¿Y tú? No vas a salir con... ella.

—Esta noche tengo partida —se puso los cascos del ordenador y no volvió a hablarme.

Me marché con algo de pena. Llevaba dos meses aumentando mi confianza personal y estos pequeños detalles me hacían caminar por la cuerda floja. Desde que estaba con Mason comenzaba a crearme capaz de hacer sentir a un hombre lo que otras chicas más delgadas podrían. Y aunque el discurso de autoayuda me enseñó que siempre tratara de ser yo misma por mí misma, la realidad era que dejar de ser virgen, y tener un chico guapo interesado en mí, consiguieron mucho más que los tres años pagados a la terapeuta y los cien euros gastados en libros. porque a veces no son las palabras las que se necesitan sino los hechos. Y la realidad era que Mason me hizo despertar como mujer. Él me acariciaba y hacía el amor a todo mi cuerpo. Y aunque mi timidez seguía siendo importante, no lo era tanto en el momento del gozo. Incluso llegué a comprarme un par de blusas ajustadas y unos vestidos de lo más sugerentes. Lástima que a medida que confiaba más en mis cualidades femeninas mi amigo se distanciaba más de mí.

¿Estaba enamorado de esa chica? entonces ¿por qué no lo hacía feliz? ¿estaba yo enamorada de Mason? ¿Él me hacía feliz?

En ese momento sonó el timbre y corrí a abrir la puerta. La sonrisa tonta que se me puso al verlo me causó gracia hasta a mí.

—Que guapa estás. ¿Llevas lencería sexy?

Le chisté mostrándole hacia el ordenador para que viera a Oli, pero, como siempre, hizo lo que quiso. Mason era un espíritu libre y con sus propias reglas.

—Está con los cascos... y qué importa si oye, soy yo el que te follará esta noche.

Oliver se puso en pie, saludó desde la distancia, y se llevó el portátil a la habitación. No sin antes cerrar la puerta con estruendoso ímpetu.

—Creo que te ha oído —dije mirando incómoda hacia la madera maciza.

—Mejor. Así deja de imaginar que es él quien te folla.

—No hables tonterías. Oli jamás pensaría en algo así.

—Y tú no seas tan ingenua.

—Sale con una chica. Una pelirroja inglesa muy guapa.

—¿Ah sí? ¿Y tú crees que querrá que juguemos los cuatro?

—No me gustan los juegos de rol.

—Nena, no me refería a ese tipo de juegos. ¿Dices que la inglesita es guapa?

—¿Quieres hacer el amor con ella?

—Nena, yo no hago el amor. Yo follo. Y no sería solo con ella, tú también te llevarías algo.

—¿Hablas en serio?

—Vamos a cenar. Esta noche solo follaré contigo.

Me dio un beso de esos ardientes que quitaban las palabras mientras mis pensamientos seguían en un sitio incómodo.

A veces Mason conseguía hacerme dudar de si en realidad estaba en una relación o si solamente éramos dos adultos que quedábamos para, como a él le gustaba decir, follar.

Fuimos a cenar a pesar de que no tenía nada de apetito. Después, como siempre, terminamos en mi sofá. Dos embistes directos y profundos, y se volvió a vestir.

—Nunca vamos a tu casa —mencioné con valor. Pero poco. Odiaba que pudiera enfadarse conmigo.

—Soy un desastre. Lo tengo todo descolocado. No te gustaría.

—No me importa. Yo tampoco soy el orden absoluto —dije mostrándole un salón convertido en mi habitación.

—Otro día —dijo besándome con fiereza—. Mejor me voy a o no respondo de mis deseos. Mañana no trabajas, ¿no?

—Es mi día libre.

—Entonces si estás sola me paso y follamos sin tener que mordernos la lengua por culpa de tu amiguito.

—La casa es de mi amiguito, además nunca he visto que te mordieras mucho la lengua —dije recordando que más de una vez se lo pedí, pero como no, Mason no obedecía órdenes de nadie.

—Ya sabes a lo que me refiero. Mañana te follaré hasta en su cama.

No llegué a protestar porque el beso profundo y el portazo que dio al salir fueron más rápidos.

—Buenos días —Oli estaba vestido y bebiendo café en la cocina—. ¿Todo bien? —pregunté al ver su rostro.

—Sí, todo bien.

Su respuesta resonó vacía, como si llevara consigo un peso que no quería compartir.

Me senté frente a él con algo de culpa. Un sentimiento que me inundaba últimamente cada vez que nos encontrábamos. Al verlo sentía una congoja extraña.

—Algo no está bien, Oli, puedes contar conmigo.

—No es nada, de verdad, solo estoy cansado —dijo evitando mi mirada.

—Oliver, somos amigos. No puedo ver que te sientas así y no preguntar. ¿Qué está pasando?

Me evitó jugueteando con la cuchara de su taza. La tensión en el aire era palpable

—Oli, ¿es por ella? ¿Quieres que me vaya de tu casa?

El silencio se apoderó de la cocina antes de que finalmente levantara la mirada.

—No quiero que me dejes.

Aliviada le ofrecí una sonrisa tranquilizadora. Y no porque no deseara volver con mi madre. Oli era mi mejor amigo, mi imprescindible de vida—. Si hay algo en lo que pueda ayudarte...

—Solo necesito tiempo.

—No puedo seguir viéndote así...

—Es complicado, además, estás tan enamorada y feliz, no quiero arruinarte tu dicha.

—La felicidad no tiene sentido si no la compartimos con aquellos que más queremos. Dime ¿qué pasa?

—¿Y yo soy uno de esos a los que más quieres?

—Por supuesto que sí. Sabes que te quiero más que a nadie.

—Creo que ahora sí que hay un nadie más importante.

Oliver se sumió en un profundo silencio.

—Siempre has sido mi mejor amigo. Eso no cambiará nunca.

—Claro. Nunca cambiará.

—Por supuesto que no.

Me acerqué para abrazarlo. Oliver correspondió al abrazo, pero algo en su gesto revelaba una tristeza profunda. Después del abrazo fue a por su mochila y se marchó hacia su trabajo. Mientras preparaba una taza de té me sentí sumida en una confusión abrumadora. Me sentí extraña todo el día. Y los siguientes. Y a medida que mi interior se revolvía la felicidad con Mason se volvía agri dulce. Los días que siguieron estuvieron marcados por la distancia en la que el silencio de mi mejor amigo se tornaba cada vez más inquebrantable y doloroso. Mis sentimientos se mezclan como un puré de patatas con el tenedor. Quería tanto a Oli que su dolor era el mío. ¿Por qué no se sinceró y me explicaba de una vez por todas que lo estaba llevando a tal depresión?

Qué es el amor

Hola, ¿follamos?

Los mensajes divertidos de Mason no tenían tanta gracia.

Son las dos de la mañana y estoy durmiendo

Contesté, porque a pesar de todo, siempre le contestaba. Temía perderlo. Era un sentimiento que me embargaba cada mañana al despertarme y cada noche antes de acostarme. Él era la medicina que necesitaba mi autoestima para seguir respirando. El oxígeno que mi feminidad enfermiza y ahogada buscaba.

Entonces lo dejamos para mañana.

Mejor

Qué descanses

Y tú

La mañana del domingo había amanecido soleada. El invierno daba paso a la primavera y la primavera al color esperanza. O por lo menos así me sentía yo cuando Mason dijo que me llevaría a conocer a sus amigos. Me desperté y me duché poniendo especial énfasis en mi cabello. Esa era la única parte de mi cuerpo que jamás recibió críticas por mi parte. De un color castaño brillante me gustaba el tornasol que se producía cuando los rayos me daban de lleno.

Me puse un vestido de manga corta y flores con unas zapatillas muy cómodas. Mason dijo que eran una pareja muy alegre y quise que mi vestimenta estuviera acorde a los dueños de casa.

El cálido aroma de la barbacoa flotaba en el aire mientras nos encontrábamos en el jardín de la casa de Blake y su pareja Sofía. La tarde era tranquila. Con el sol despidiéndose lentamente en el horizonte, pintando tonos cálidos en el cielo, era uno de los mejores días de mi vida. La tarde se pintaba en el paisaje como si deseara darse un momento de respiro.

—¡Qué bonita se ve la mesa! ¿Necesitan ayuda con algo más?

Blake, con una cerveza en la mano, asintió agradecido.

—Sería genial, Gabrielle. ¿Podrías traer los platos del interior? Seguro que Sofía está haciendo equilibrio para traerlo todo de una vez.

—Por supuesto.

Más que dispuesta me dirigí hacia dentro de la casa.

—Muchas gracias. Perdona este desastre, pero recién nos mudamos.

—Eres española ¿no?

—¿Tanto se me nota?

—No, yo solo quise decir...

—Tranquila. Hablo fatal el inglés. Sí, soy española, pero por trabajo de Blake vamos y volvemos continuamente, por eso compramos esta casa. La verdad es que me siento muy cómoda, pero deseo volver a casa. Nuestra hija nos espera.

—¿Tenéis una hija?

—Sí, se llama Emily, y es preciosa.

Contestó con la sonrisa iluminada a la vez que cogiendo las bandejas hablaba de la pequeña como si fuera la personita más inteligente del universo.

Al regresar sonriendo por lo mal que se le daba la cocina ambas quedamos en silencio al notar cierta tensión en el aire. Mason ya no estaba junto a Blake.

Sofía se acercó a su esposo, y este de forma inmediata, la recibió con un beso en el cuello.

La comida se produjo sin altercado alguno, y aunque la tensión se percibía de a momentos, ambos anfitriones lo ocultaron perfectamente. Todos parecían disfrutar. Todos menos Mason. Sus labios apenas se abrieron en toda la comida. En el momento en que recogimos los platos sucios del almuerzo, y viendo que tanto Blake como Sofía se alejaban hacia la cocina, me acerqué para hablarle con voz suave.

—¿Todo bien?

Mason tomó un sorbo de su cerveza antes de responder.

—¿Qué piensas de Blake y su esposa?

—Son geniales. Muy amigables. Hacen que me sienta muy a gusto.

La respuesta pareció no ser la que Mason esperaba. Su expresión se oscureció y una sombra de desagrado cruzó su rostro.

—Me parece que te agradan demasiado.

La sorpresa y la confusión se apoderaron de mí. No entendía por qué Mason estaba tomando esa actitud.

—¿A qué te refieres?

—Solo digo que no me gustaría que te acerques demasiado a ellos.

Las palabras de Mason resonaron en el aire creando una barrera incómoda. En ese momento Sofía me pidió ayuda con el postre y lo dejé en el jardín solo con su cerveza y una gran parte de mi inmenso desconcierto.

Blake y su esposa siguieron portándose tan amablemente que no supe qué pensar. ¿Qué intentaba Mason con su actitud de niño malhumorado?

La barbacoa continuó en un ambiente extraño por mi parte. Las risas y charlas animadas de Blake y su esposa contrastaba con la tensión palpable entre Mason y yo. La tarde, que prometía ser agradable, se había teñido de un matiz desagradable que dejaba un sabor amargo y espeso.

A medida que avanzaba la tarde la brecha entre Mason y yo se hacía más evidente. Intenté participar en las conversaciones animadas, pero cada intento que hacía me encontraba con una mirada fría por parte de mi chico. Me hubiera gustado hacerle miles de preguntas, sin embargo, tendría que esperar, no tenía intención de quedar como una maleducada.

Después del café, y sin previo aviso, Mason me llevó a un rincón apartado del jardín. El matrimonio nos observó y se limitó a entrar en la casa a por unos helados. Estuve totalmente segura de que fue una excusa.

—¿Qué estás haciendo? Me haces pasar vergüenza.

—¿Yo a ti?

—¿Qué has querido decir?

—¿Me puedes decir qué está pasando? ¿Por qué estás tan distante?

—No me gusta cómo te relacionas con ellos, Gabrielle.

—Son tus amigos y soy educada. ¿Qué tiene eso de malo? Creía que esa era la forma civilizada de actuar.

—No me gustan tus puntos irónicos. No quiero que te acerques tanto a Blake y a su esposa. Esa es mi decisión.

—Pero ¿Por qué? Son buena gente. No te entiendo. Tú mismo me invitaste

—Estás siendo demasiado amable y no quiero que te relacionen con ellos.

La frustración y la confusión se apoderaron de mí. No entendía por qué Mason estaba tan firme en su postura. Busqué sus ojos en busca de alguna pista, pero me encontré una muralla impenetrable.

—No puedo simplemente alejarme de ellos. No sin una razón.

—La razón soy yo.

La conversación quedó suspendida en el aire dejando un sabor amargo cuando los dueños de casa regresaron al jardín.

Miré hacia donde Blake y su esposa disfrutaban de la velada preguntándome cómo algo que parecía tan inocente podía desencadenar tal determinación por parte Mason. La pareja era adorable. Y principalmente. Se adoraban. El amor posee ese rasgo tan propio del agua. Es capaz de escabullirse a pesar de que se intente contener. Blake y Sofía eran una presa cargada de amor incontenible.

El crepúsculo pintaba el cielo con tonos dorados mientras la tensión entre nosotros oscurecía el ambiente. La noche avanzó entre risas y charlas animadas, pero la brecha entre Mason y yo persistía como una sombra insoportable. Cuando decidimos que era momento de irnos la tensión cortaba el cielo.

—Ha sido genial tenerlos aquí, chicos, esperamos volver a tenerlos en casa.

—Y por favor no dejes de llamarme. No tengo muchas amigas.

—Te llamaré —contesté sin girarme para no ver el rostro malhumorado de Mason.

La despedida fue cariñosa pero la atmósfera helada entre Mason y yo no pasó desapercibida. Mientras conducimos de regreso a casa el silencio se apoderó del interior del coche interrumpido solo por el susurro del viento y el suave sonido de la música en la radio.

—Necesitamos hablar de lo que sucedió.

—No hay nada que hablar.

La respuesta era una muralla impenetrable y yo me sumía en un desconcierto que no podía resolver. Al llegar a casa la tensión alcanzó su punto álgido.

—No puedo simplemente dejar de relacionarme con tus amigos. Esto no tiene sentido. Me llevas a conocerlos y luego te enfadas como un niño caprichoso. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Te lo he dicho, mis decisiones son definitivas.

La frialdad en sus palabras resonó en el pasillo de entrada dejándome con una sensación de impotencia absoluta.

La despedida fue un beso en la mejilla.

Mientras se marchaba me quedé sola en la oscuridad sumida en mis pensamientos turbulentos. La noche que prometía ser agradable se había convertido en un capítulo doloroso de nuestra historia. Un capítulo en donde las grietas se volvían más evidentes en cada uno de nuestros desencuentros.

Sin comprender nada de nada las luces de la sala se encendieron. Oli se encontró con los

restos de mi cuerpo envueltos en una manta y los ojos inflamados de tanto llorar.

—No sé qué ves en ese tipo, Gabrielle. Siempre te hace sufrir. Y no mientas diciendo que es la primera vez que lloras por él. Porque sé que no es verdad.

—No he dicho nada.

Mis lágrimas se mezclaron con la frustración mientras observaba a Oliver caminar por la pequeña sala.

La dualidad de mis sentimientos se desplegaba ante mí. El silencio que siguió resonó como un eco de mis propias dudas. Las paredes de la casa parecían ahogarme con susurros de desesperación. Mason ocupaba mis pensamientos, su imagen y nuestras complicadas conexiones se entrelazaron en mi mente. ¿Cómo podía querer a alguien que me hacía llorar tanto? Esta no era la primera vez, Oli llevaba razón. El carácter de Mason era cada vez más posesivo y autoritario. Mientras mi mente daba vueltas en círculos las lágrimas continuaron su danza solitaria por mi rostro inflamado por la angustia.

—Lo que tienen no es amor...

—Nunca hemos hablado de amor.

El rostro de Oli se transformó al escuchar mis palabras.

—No te comprendo. Juro que no te comprendo. Una chica como tú...

—¿Una chica como yo? —dije secándome el rostro de lo más indignada—. ¿Me has visto Oli? Dime, ¿Me has visto!

—¡Sí! ¡Te he visto! Y demasiado bien para mi pena. ¡Tú eres mucho más de lo que tu estúpida ceguera es capaz de reconocer! —chilló al abrir la puerta de la calle.

Últimamente apenas pisaba la casa. Seguramente se pasaba el total de su tiempo revolcándose en la cama de la inglesa atontada.

—¡Vete! ¡Seguro que ella te hace reír!

—¿Qué dices?

—¡Lo que oyes! ¡¿Qué pasa?! ¡Tan buena es a cuatro patas!

—Me voy antes de que te arrepientas de tantas estupideces.

Arrojé un cojín a la puerta que se cerraba y me puse a llorar. Las dudas se agolpaban y el nudo en mi garganta se apretaba con cada pensamiento contradictorio. Mis emociones se tornaron caóticas. Una tormenta interna que amenazaba con desbordarse.

En la quietud de la casa el tiempo pareció detenerse. Me encontraba en una encrucijada, atrapada entre dos mundos que tiraban de mí en direcciones opuestas.

Mason, con su magnetismo impredecible, me enloquecía. Y Oliver, mi refugio constante, ya no estaba...

Con lágrimas secas en mis mejillas me quedé allí, contemplando el reflejo de una mujer dividida entre el amor que parecía imposible, y la amistad que no soportaría perder. Mi corazón estaba dividido entre dos polos magnéticos cada uno tirando de mí en una dirección diferente. Las conversaciones con Mason se volvían esquivas y cargadas de tensión, mientras que con Oliver la atmósfera se volvía frágil, como una delicada tela de araña delicada que amenazaba con romperse.

Los días pasaban y Oliver a pesar de su enojo inicial no me daba la espalda. Sin embargo, su presencia estaba teñida de un halo de incomodidad. Cada encuentro se volvía un baile de palabras no dichas creando una atmósfera de malestar que ninguno de los dos quería abordar.

La relación con Mason, por otro lado, se volvía cada vez más volátil. Sus gestos cariñosos se entrelazaban con comentarios ásperos y decisiones definitivas que dejaban mi corazón enredado

en un nudo intrincado. La confusión se intensificaba y mis emociones oscilaban entre la esperanza y la desilusión. Entre estar en pareja o dar un puntapié volviendo a la casilla de comienzo.

¡Qué me pasa!

—Mañana quiero hacer inventario. Empezaremos con la letra D. No llegues tarde.

—No, señor Harland.

—Quiero que a un lado pongas los autores de editoriales y en otro los independientes. En estos últimos no te esfuerces demasiado, ellos no pagan las cabeceras.

—Como usted quiera, señor Harland.

—¿Qué pasa? ¿Hoy no vas a luchar por los derechos de esas escritoras muertas de hambre?

—No, señor Harland.

El director se marchó alzando los hombros sobre su calvicie sin importarle saber qué me sucedía.

—¿Llego a tiempo? —Oli apareció por la librería a paso agitado—. Temía llegar tarde.

—¿Tarde para qué?

—Para no encontrarte.

—Estaba por irme.

—Perfecto. ¿Nos vamos juntos?

—¿Irnos? ¿a dónde?

Oli se detuvo en el momento que abría la puerta para que yo pasara. Su actitud me dejó anonadada. Llevaba días donde nuestro máximo de palabras dedicadas eran los buenos días y buenas noches.

—¿No habrás quedado con Mason?

—No.

—Excelente. Vamos antes de que llegemos tarde.

—¿A dónde? —repetí mientras tiraba de mí para que me apresurara a salir.

—Vamos a un taller de arte.

—¿Qué?

—Lo que he dicho.

Si un anochecer pudiera resumirse como maravilloso diría que las palabras se quedaban cortas. Oli y yo reímos hasta que los empastes se nos salieron de los carrillos. Llevaba tanto tiempo pensando en los sentimientos de los demás que por primera vez en días el peso de mis pensamientos recayó sólo en mí y la bendita sensación de sentirme feliz.

—¡Esa no es mi cara!

—Espera que te la arreglo —dijo apuntándome con un pincel cargado de tinta.

Ambos terminamos con acuarelas corridas en los mofletes y las comisuras de los ojos. Según Oli yo era una faraona egipcia, aunque la imagen del espejo decía claramente que me parecía más a la novia cadáver.

—Voy a por unas pestañas postizas y una falda. Te falta ese toque.

—¡Noooo!

Mi grito se quedó afónico, pero a Oli no le importó. Fue directo hacia el otro lado de la sala donde unas chicas se estaban poniendo pelucas.

—Es un amor.

La monitora del taller de arte me dijo observando a Oli reír con la pareja de chicas mientras lo ayudaban con la elección de una falda cada uno más feo que la otra.

—Sí que lo es.

—Y muy guapo.

—Tiene novia —contesté rápidamente.

—Los mejores siempre están pillados —dijo antes de alejarse.

Oli regresó a mi lado con dos vestidos terriblemente horribles.

—No pienso ponerme ninguno.

Alzo los hombros ignorando mi voluntad y pasando sus propios pies por el hueco de la cinturilla.

—¿Qué quería? —dijo mirando a la monitora que no nos quitaba el ojo de encima.

—Me dijo que eras un exagerado y un poco chillón.

—¿En serio?

—Verdad de la buena.

Oli frunció el ceño antes de sonreír travieso.

—Eso es que le gusto. Igual me acerco y le digo algo.

—De eso nada. Tenemos que vestirnos para ganar este ridículo concurso.

—¿Estás celosa?

Los nervios que comenzaron a subirme por las rodillas los detuve al instante que amenazaron con alcanzar mi garganta.

—Quiero el premio. Solo eso.

—¿Hay premio?

—Sí. ¿No lo sabías? Por amor al cielo, Oli, si fue tu idea.

El desvío de la conversación me sirvió para analizar rápidamente mi reacción nerviosa. ¿Qué me estaba pasando? Oli era mi amigo y tenía todo el derecho a intentar ligar con la monitora y yo no tenía porqué inmiscuirme en sus asuntos amorosos. ¡Y mucho menos a mentir!

—¿Y cuál es el premio?

—Un libro.

—¿Un libro?

—Sí. Uy, lo había olvidado. Ahora un poco más de maquillaje en los ojos. Y polvo de talco en la peluca.

Oli dejó que lo maquillara y me lancé a reír con un dolor de tripa que me quebraba en dos. Nuestras pintas eran tan horribles que terminamos en el último puesto. No solo perdimos el premio sino la dignidad. Al menos Oli, que cuando nos marchamos en autobús resultó ser el hazmerreir de dos chicas que no pudieron aguantarse.

—¡Primero en la ducha!

—De eso nada.

Nos lanzamos a la carrera hasta terminar bajo el grifo, vestidos y totalmente empapados.

Llevados por el momento y la diversión cogí el jabón y le llené el rostro de espuma. Se puso a chillar por el picor de ojos mientras a tientas recogía el bote de gel y me lo echaba sobre la cabeza. Ambos lanzábamos de las bocas pompas de jabón. Cuando Oli pudo abrir los ojos tenía las pupilas rojas del picor. Me amenazó con una esponja que intentó hacerme comer y que por poco me tira al suelo si sus reflejos no hubieran sido tan eficaces.

Bajo el chorro de agua tibia no podía parar de reír. Cogí champú y se lo volqué sobre el cabello y le rasqué el cuero cabelludo como a un niño mimado. Comencé como broma, pero sin saber porqué mis movimientos terminaron siendo suaves y lentos. Oli era el mejor chico del mundo. El chico perfecto. El joven con el que cualquier chica se sentiría feliz de poder amar. Nuestras miradas quedaron suspendidas en el tiempo cuando después de segundos su voz acatarrada resonó contra los azulejos.

—Será mejor que espere fuera.

Salió del baño con los vaqueros y la camiseta empapada y sin mirarme. El agua le había pegado la tela marcando su torso al completo. No era tan fuerte como Mason, pero su atractivo seguía siendo inmenso. Fue en ese momento cuando me percaté que mi camiseta y mis vaqueros también chorreaban agua y maquillaje descolorido. Me quedé unos minutos intensos bajo el chorro de agua caliente con las manos apoyadas en la pared y las ropas pegadas a mi cuerpo. ¿Qué me estaba pasando?

Una vez limpios disfrutamos de unas palomitas saladas tumbados en el suelo con música de fondo. Ninguno de los dos habló de lo sucedido en el baño. O lo no sucedido.

—Te echaba de menos.

—Y yo a ti. Y a tus pocas dotes de pintura —dijo revolviendo mis cabellos aún húmedos.

Ambos nos tiramos sobre la alfombra y escuchamos música hasta que los bostezos nos dominaron.

—Me voy a mi sofá.

—No, quédate aquí conmigo.

—¿Aquí? ¿En el suelo?

—¿Y por qué no? Antes lo hacíamos, ¿no te acuerdas?

—Nunca lo he olvidado.

—Te quiero mucho Belle.

—Y yo a ti.

Belle, hacía tanto que no se lo escuchaba decir esas palabras que me sonaron más dulce que nunca. Su mano se posó junto a la mía y un escalofrío en mi piel muy diferente a los de siempre me subió por el antebrazo. Nuestras miradas se encontraron. Fue un microsegundo. Un suspiro de hada. Pero allí estaba, algo tan lindo de sentir, que, de tan bonito quise que se quedara a vivir.

—¿Estás pensando en él?

—¿Cómo dices?

—Tus ojos parecían... enamorados.

—No, yo no...

—Será mejor que vaya a mi habitación.

—¿No querías dormir sobre la alfombra? Tú lo dijiste.

—Otro día.

Oli se fue y cerró la puerta de su cuarto mientras yo intentaba calmar mi corazón, que, sin explicación alguna, no cesaba de golpear alborotado desde dentro de mi pecho. No, no estaba pensando en Mason.

Consuelo

—Café con leche, ¿y tú sin invitarme? —Su voz sonó preocupada ante mi silencio—. Ya entiendo, es leche de soja y no deseabas amargarme la mañana —dijo sentándose en una silla a mi lado.

—Oli, ayer fue maravilloso. No quiero perderte, pero tampoco quiero renunciar a Mason. Estoy hecha un lío.

La vulnerabilidad estaba al descubierto en mis palabras y Oliver asintió con comprensión. No pude decir más porque el enredo de mis sentimientos era igual a una madeja de lana con la que jugaba un gato. Una que ni yo misma era capaz de tirar del extremo.

—No deberías tener que elegir entre él y yo. Mereces a alguien que te haga feliz. Belle, no mereces este constante vaivén emocional.

Aprecié su apoyo, pero la elección aún pendía en el aire como una sombra que se negaba a disiparse.

—Estoy cansado de verte sufrir. Mason no te trata como mereces.

—Pero hay algo en él, Oli. Algo que me atrae y del que no me puedo despegar. No sabría explicarlo —mi voz apenas se oía. Cargado de preocupación tomó mi mano con suavidad.

—Mereces más que dudas y lágrimas. ¿No crees que es hora de dejarlo ir?

Las palabras resonaron en el espacio y una decisión pendía en el aire como un perfume delicado. Mientras reflexionaba sobre las palabras no dichas la puerta se entreabrió revelando la figura de Mason. Sus ojos centelleaban incredulidad y desafío.

—¿Qué está pasando aquí?

El silencio se apoderó de la habitación y las miradas se cruzaron en un juego de emociones no resueltas. Oliver, respondió con determinación furiosa.

—¿Qué haces tú aquí?

—Había quedado con mi novia. ¿Te molesta?

—Me molesta a mí. ¿Cómo has entrado?

Yo no era capaz de creer lo que veía. Mason se apoyaba en el marco de la cocina como dueño de casa.

—Hice una copia de tus llaves. Estaba cansado de tocar el timbre y esperar. Y por lo que veo necesitabas estar protegida.

—¿Protegida? —Oliver tenía las mejillas al rojo vivo—;Ella no necesita protección de mí!

Ella merece alguien que la haga feliz. Si no puedes ser ese alguien tal vez deberías dejarla libre.

El desafío en la voz de Oliver resonó en la habitación y la elección se presentó como un camino bifurcado llevando destinos desconocidos.

—¿Buscas pelea? —Mason mostraba las manos en forma lenta.

—¡Cuándo quieras!

—¡Oli! ¡No! Por favor. Paren ya.

Mi primera reacción fue sostener el cuerpo de mi amigo con una mano sobre su pecho. Los gritos de uno y otro me hacían sentir que vivía una pesadilla. Ambos se miraban como toros a punto del embiste.

—¡No la mereces! —dijo antes de darle la espalda y saliendo de su propia cocina—. ¡Y

pídele que deje las llaves!

Se marchó dando un portazo. El cuerpo se me desmoronó sobre una silla.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Yo? Ese idiota se merecía un buen golpe. No deberías haberlo detenido.

—¿Qué dices?

—Te pone en mi contra. ¿No lo ves? No puedes preferir a ese idiota antes que a mí.

—No lo prefiero. Yo no sé que quiero. Por favor. Vete.

—No me iré a ningún sitio. Tú eres mi chica.

La posesividad en su tono me estremeció. La verdad cruda y sin adornos se revelaba. Mason no quería perder el control sobre mí y la idea de que pudiera elegir a alguien más lo atormentaba. En ese momento me encontré entre dos mundos irreconciliables. Oliver, el amigo leal y protector representaba la seguridad y la estabilidad emocional. Mason, sin embargo, personificaba la pasión desenfrenada y el total control de mi vida y de mi cuerpo.

—Necesito pensar.

—No.

—Se trata de encontrar mi propia felicidad. De saber qué quiero de mi vida. Y para ello necesito pensar.

Mi voz temblaba, pero las palabras eran un acto de emancipación. Un primer paso hacia la libertad emocional. La batalla entre mis dos mundos continuaba, pero la certeza de que merecía más que una relación marcada por la posesión y la incertidumbre, se imponía.

—Tu felicidad soy yo. Es a mí a quien debes escoger. No lo olvides.

Sus palabras quedaron latentes en el aire cuando se marchó. La tensión en la sala persistía.

El eco de las palabras de Mason resonando en el aire como un recordatorio constante de las decisiones que debía tomar me reventaban la cabeza. Me tiré sobre el sofá y escondí la cabeza entre la almohada. Si pasaron horas o segundos no podría asegurarlo. Mis pensamientos iban de un lado a otro de forma alocada y desorganizada.

Mason no era perfecto y a pesar de que sus formas prepotentes a veces dejaban mucho que desear, él me quería. Me llamaba, salíamos juntos y hasta hacíamos el amor. Bueno, a él le gustaba decir que fallábamos, sin embargo, ambos sabíamos que era una broma. Una forma de parecer rudo. Digamos que existen chicos que les gusta dar ese aspecto de malote incomprometido y Mason lo era. Desde que estaba conmigo había cambiado. Se lo notaba algo más cariñoso. Si no me quisiera no me llamaría ni se preocuparía por mí.

Oli tenía algo de razón por estar preocupado. Mason en algunas ocasiones podía llegar a ser algo prepotente y Oli pensaba que eso era falta de cariño, pero no lo conocía como yo. Se limitaba a evaluarlo como un juez sin pruebas. A veces no parecía mi amigo. ¿No se alegraba de que al fin alguien se preocupara por mí? ¿Por qué no era capaz de alegrarse de mi dicha?

Esa seguridad casi arrogante me hacía sentir protegida y querida. No puedo vivir de mi propio valor. Siempre he luchado con mi autoestima y Mason lo comprendía y me brindaba esa fuerza de la que carezco.

—¿Ha dejado las llaves?

El cuerpo de Oli apareció caminando en cámara lenta y con las manos en los bolsillos.

—Creía que te habías ido.

—Estaba en mi cuarto. Quiero que seas feliz. Mason no parece...

—¡No te pedí opinión! ¡Esta es mi vida y puedo tomar mis propias decisiones!

La frustración bullía en mi interior. Una mezcla de ira y confusión. Oliver, en su intento de

protegerme, había cruzado una línea y la indignación se reflejaba en mi voz.

—Lo siento, no quería...

—¿No querías? No me tomes por tonta. Llevas semanas queriéndolo.

Me puse en pie con furia y busqué bajo la cama mi mochila de viaje.

—¿Qué estás haciendo?

—Me voy.

—¿A dónde? Esta es tu casa.

—¡No! ¡No lo es! —contesté intentando contener el manto de lágrimas entre mis dedos— pero... ¡no tengo donde ir! ¡No lo tengo! Mi madre se cree con derecho a decidir sobre cómo debe ser mi cuerpo, mi hermana se burla de mis propias miserias, Mason quiere tenerme envuelta en su puño, y tú... tú...

Lancé la mochila vacía y marché al baño cerrando la puerta con traba. Me senté en el váter hasta escuchar un sonido de llaves. La puerta de la calle que se abría y cerraba. Entonces lloré aún más fuerte. En los libros románticos la protagonista cogía siempre una bolsa y se marchaba de viaje a la Toscana o la Provenza francesa, pero en mi caso todo era muy diferente. En mi cuenta bancaria solo existía efectivo para llegar mucho hasta Manhattan.

Cada puerta que se cerraba me dejaba sola en un silencio que me aturdí sin respuestas. Envuelta en el eco de la confrontación las emociones se agolpaban en mi pecho. La elección entre dos mundos seguía siendo el dilema central, pero ahora, añadía una capa adicional de discordia en mi relación con Oliver. Nuestra amistad se rompía. Lo estaba perdiendo todo. La familia, la amistad, el amor...

Me lancé sobre el sofá luchando por ponerme a comer todo el chocolate que encontrara. Solo me detuvo un momento de lucidez. Llevaba años aceptando que el comer no servía para otra cosa que hundirme en mi propia miseria. La comida no me ofrecía consuelo. Después de dos horas de encontrarme sola y defraudada conmigo misma el teléfono sonó. Era Mason. Y como siempre respondí. Y lo perdoné. Él no pidió disculpas, aún así lo hice. Aunque mi corazón ya no se sentía como en ocasiones anteriores. Cuatro meses antes Mason se disculpaba y yo me derretía de amor. Esta vez algo dentro de mí resonó diferente. La ausencia de Oli lo hacía todo más doloroso y vacío.

Provócame

Mis días eran hojas de libros pasando unas tras otras con las emociones del que apreciando la historia de otros deja de vivir las propias. Asistir a las lectoras, un trabajo que antes adoraba se estaba convirtiendo en palabras vacías. El vacío se volvía a apoderar de mí llenando todo mi interior. Y esta vez no era solo por mi apariencia física, el lado oscuro y reprimido volvía a cubrir de debilidades mi autoestima apenas saneada. Los meses con Mason me habían llevado a creer que era una chica como tantas, pero ya no me encontraba tan segura.

Cuando me llegaban esos momentos en los que me sentía menos que una cucaracha Oli me obligaba a cantar Dancing Queen. A grito pelado y con los cabellos revueltos. La sonrisa al recordar nuestros momentos me llenó la garganta de un sabor amargo. Él cantaba y cantaba hasta que la música se apoderaba de mi cuerpo y mi pensamiento. Así era Oli antes, cuando me quería. O cuando regresaba a casa.

—Te había dicho que vistieras sexy.

Mason sonó desilusionado al verme mientras subía a su coche.

—¿No soy la reina del baile? —dije tarareando la canción en el silencio de mi mente.

—¿La qué?

—Dancing Queen. ABBA. ¿No los conoces?

—No suelo escuchar música de abuelos.

—No es de abuelos. Y a mi me gusta mucho. Con Oli siempre...

—Oli tiene el alma de un viejo. No me extraña que escuche a esos BABA.

—Se llaman ABBA —susurré sin ser escuchada.

Al bajar del coche y mirarme, Mason volvió a demostrar su disgusto. Me dijo que me vistiera sexy y, como de costumbre, obedecí. Quería que se sintiera feliz conmigo. Quería que sintiera las mismas mariposas que yo sentía al verlo a él. Llevaba un top ajustado con un sujetador que me levantaba los pechos y una falda fina que me llegaba un poco más abajo de las rodillas. Pensé que me veía bastante sexy, pero Mason no quedó impresionado. Las dudas de mi cuerpo comenzaron a taladrar mi cabeza y quise buscar un abrigo con el que cubrirme, hecho que hizo que Mason se disgustara aún más.

Él vestía una camisa azul y unos vaqueros blancos. Con solo una mirada bastaba para imaginar la cantidad de chicas que se habrían girado al verlo pasar. Él adoraba ser adulado. Siempre vestía ropa que lo hiciera parecer insoportablemente guapo.

Me acompañó hasta la silla y la movió hacia atrás haciéndome un lugar para sentarme. Esos actos caballerescos me encantaban, me hacían sentir una mujer especial. Sin embargo, esta noche el sentimiento duró poco. Estaba claramente decepcionado. Se dejó caer en su silla y cruzó las piernas mostrando sus largas piernas. Todas las chicas de otras mesas se habían fijado en él. Lo sabía y le encantaba.

—Estás muy guapo.

—Al menos hice un esfuerzo —respondió sarcásticamente.

—Lo intenté. Sé que dijiste que me vistiera sexy y creía que lo estaba —dije con una vergüenza del tamaño de una montaña.

—Te ves bien, pero quería divertirme contigo y para eso necesitaba algo más. De hecho, supuse que esto podría suceder por lo que te compré algo de ropa de camino hacia aquí —contestó señalando la bolsa a sus pies.

—¿Ropa para mí? ¿de qué tipo?

—De la clase que usan las chicas que me gustan —dijo con un guiño de ojo—. Ve al baño y cámbiate.

—Toda esta gente me verá y pensará que estoy loca—. Las palabras se me cortaban al hablar cuando con discreción observé su contenido.

—No me importa lo que piensen. Además, nadie te verá. Estamos justo detrás de la columna y el mantel te cubrirá—. Mason sabía que obtendría lo que quería y su sonrisa juguetona nunca abandonó sus labios—. Ve al baño con la bolsa y cámbiate. Solo puedes usar lo que hay en el bolso. Bene, no me desilusiones.

—No estoy segura de que lo que hayas escogido sea mi estilo.

—Y yo pensando que me amabas. Dijiste que harías cualquier cosa por mí, ¿por qué no puedes hacer esto?

Mason parecía herido y yo no quería perder a mi primer novio real.

Me levanté y recogí la bolsa temiendo los desastrosos resultados.

—Recuerda, usa solo lo que yo te compré. Pon tu ropa en la bolsa cuando hayas terminado, y regresa a mí.

Caminé hacia el baño, miré brevemente hacia atrás y vi a Mason lanzándome un beso silencioso. Parecía estar disminuyendo milagrosamente su orgullo herido.

Entré en uno de los pequeños cubículos para cambiarme. Me temblaban las manos mientras me quitaba la blusa y el sostén. Luego me bajé la falda hasta los tobillos. Abrí la bolsa y vi dos trozos de tela. Eran de color púrpura con motas de brillo. Saqué la "ropa" para examinarla de cerca. La parte superior era poco más que la parte superior de un bikini. Se envolvía alrededor de los pechos y se abrochaba en la espalda con un lazo en la parte superior que rodeaba el cuello. Me tomó un tiempo arreglarlo para que los senos no se cayeran desparramados. No ofrecía mucho escote en la parte superior, pero la línea del dobladillo terminaba justo debajo de mis pechos. Debía tener cuidado porque claramente era demasiado pequeño para alguien tan ancha como yo. Si echaba la cabeza hacia atrás, el lazo alrededor del cuello tiraría de la tela suelta hacia arriba y mis pechos podrían salirse fácilmente de la parte inferior.

Saqué la falda brillante, no me atreví a quitarme las bragas como él había ordenado. Esperaba que tal vez no se diera cuenta. Era tan corta que apenas cubría mi trasero. Él sabía perfectamente que odiaba mis piernas. Eran torneadas y demasiado anchas para el canon de belleza actual. Tuve que bajarla para que quedara sobre las caderas y así no se me viera el culo. No tenía ninguna duda de que parecía una puta de glorieta.

Me hubiera puesto mi ropa y hubiera salido huyendo de allí si hubiese sido valiente y no temiera perder a mi novio. El primero y único con el que había tenido una relación real. Llevábamos unos pocos meses y no quería perderlo.

Respiré hondo, lo cual fue un error porque eso provocó que mi teta derecha se escapara.

Me volví a adecentar como pude. Si eso de alguna forma fuera posible...

Me alenté con frases como: ¡No seas infantil! o ¡Todas las parejas lo hacen! Después de todo, ¿por qué no debería usar ropa sexy y divertirme un poco con mi chico?

Esa pequeña oleada de confianza se evaporó cuando abrí la puerta del cubículo y me vi en el espejo.

Desvié rápidamente la mirada. Temí echarme atrás. Abrí la puerta del baño y salí.

Cuando me encaminé hacia mi mesa pude ver a Mason sonriendo ampliamente.

Mientras andaba noté que algunos hombres me miraban y luego apartaban la vista rápidamente, pero no eran sólo los hombres con novias los que desviaban la mirada bruscamente. Eran todos los que me veían. Llegué a la mesa y volví a dejar la bolsa con mi ropa en el suelo. Me senté tratando de evitar que la minifalda se subiera, pero fue una batalla inútil. El cojín en la parte baja de mis nalgas se clavó en mi piel desnuda. Mientras intentaba ponerme cómoda una camarera se nos acercó y nos ofreció la carta. A Mason le encantaba ser en centro de atención, yo simplemente me sentía avergonzada. Tenía ganas de correr hasta que no hubiera un mañana.

—Mason, ¿podemos irnos? Por favor...

—Pensé que podrías disfrutarlo. Siempre dices que no tienes confianza en tu cuerpo. Mira a tu alrededor. Todos los hombres, y probablemente la mayoría de las mujeres, se mueren por follarte —dijo con una sonrisa maliciosa como si esto fuera algo que hubiera hecho por mí—. Quiero que vistas así cuando volvamos a casa.

—¿¡Quieres que use esto afuera!?

—Sí. Cogeremos un taxi. Dejaré mi coche en el aparcamiento.

—¡Me van a apalea!

—No seas tonta, la parada está a cinco minutos caminando. Al final del camino quiero que te des cuenta de lo hermosa que eres y la mejor manera de demostrarlo es que veas cómo reacciona la gente de tu alrededor. ¿Un trago rápido?

—¿No puedo al menos volver a ponerme mi falda?

—¿Está en la bolsa? —Preguntó buscándola debajo de la mesa.

—No había ningún otro lugar donde ponerla, ¿por qué?

Mason recuperó la bolsa y miró dentro. Luego escuché un sonido que hizo que el corazón se me hundiera. Estaba rompiendo algo dentro.

—No, por favor, no lo hagas.

—Escucha Gabrielle, te cuidaré bien, lo juro. Solo confía en mí. Estoy tratando de ayudarte. Déjame hacer esto por ti.

Mason parecía conmovido. Tal vez estaba genuinamente tratando de ayudarme. De repente me sentí increíblemente culpable.

—Lo siento.

Cuando Mason quería algo yo simplemente lo aceptaba. Y cuanto más sucedía entre nosotros más me sentía como una especie de juguete sexual. Sin corazón y sin decisión.

—Ven aquí, bebé.

Mason acercó una silla.

Casi sin levantarme cambié de asiento. Sus caricias en mi melena suelta y sus palabras cariñosas pronto me ayudaron a olvidarme de mi apariencia de puta tarifa económica. Al levantar la mano para acariciar su cabello mis senos comenzaron a sobresalir debajo del diminuto top. Mason se rio y bajó la blusa para cubrirme. Cuando me di cuenta de lo que había sucedido traté de ver el lado divertido y forcé una risita bastante mal interpretada. Una que no sentía.

—Somos una hermosa pareja disfrutando de su fantasía —dijo convencido.

—Me parece bien —mentí—aunque desearía que no me hubieras roto mi ropa.

—Lo siento cariño, de verdad que lo siento. No estaba pensando con claridad. Perdóname.

La disculpa de Mason, como siempre, parecía genuina.

—Te perdono, pero me debes una falda.

—Trato hecho.

Mason acercó sus labios. Quería un beso y se lo entregué. Eso lo hizo retroceder. Nuevamente se encontraba desilusionado.

Llena de culpa me incliné hacia sus labios nuevamente. Esta vez más decidida.

Mientras nos besábamos su mano comenzó a recorrer mi muslo desnudo. Eso me hizo saltar rápidamente apartándome de su exigente boca.

—Está bien bebé— susurró con los labios justo al lado de mi oreja.

—Pueden vernos...

Se frotó suavemente contra mi muslo.

—Nadie puede ver lo que estamos haciendo. La mesa está... espera... ¿son bragas?

La mano de Mason subió por la falda y sintió la tela sedosa que cubría los labios de mi coño.

—Lo siento. Hasta aquí llegó mi confianza.

—Ah, ya veo, bueno, tendrás que quitarlas. Estoy seguro de que puedes hacerlo por mí.

Mason tomó mi mano y la guió hasta su entrepierna.

—¿Ves como me pones?

Podía sentir su polla dura y contenida dentro de la tela del pantalón.

—Está bien.

Me puse de pie, pero Mason volvió a sentarme con la presión de su mano sobre la mía.

—¿Adónde vas?

—Al servicio. ¿No quieres que me quite las bragas?

—Puedes hacerlo aquí. Te lo dije, la mesa está detrás de una columna.

Estábamos sentados detrás de una mesa de madera, pero la tela del mantel no llegaba hasta el fondo, por lo que, si alguien miraba lo suficiente, podría vernos bastante bien.

De mala gana moví el culo. Pasé las manos por debajo de la falda y enganché los pulgares alrededor de la cintura de las bragas. Levanté la vista antes de bajarlas y me sentí mortificada al ver a dos chicos que tomaban una copa al otro lado del pub. No había manera de que pudieran ver mucho desde allí, sin embargo, adivinarían lo que estábamos haciendo.

A un par de mesas de distancia una pareja adulta estaba sentada comiendo unas patatas con dos cervezas. Estuve a punto de olvidarlo todo y correr despavorida, pero Mason, impaciente como siempre, decidió ayudarme. Su mano pasó justo debajo de la falda y me quitó las bragas. Cuando se deslizaron hasta las rodillas, rápidamente, me moví para recogerlas del suelo y esconderlas bajo mi culo desnudo.

—¿Ya te sientes sexy?

—Supongo, no lo sé. Me siento... me siento muy expuesta. Nunca he usado nada como esto, al menos no al aire libre —admití riendo ante el significado ambiguo de la palabra libre.

Me sentía una puta. Parecía una prostituta. Estaba siendo una.

Los dos hombres de la otra mesa nos miraban fijamente, y yo tenía miedo de mirarlos demasiado por si me tomaban como una invitación para venir a hablar con nosotros y montar un trío o un cuartero. O como fuera que se llamara a un revolcón sexual entre muchos.

Mason, muy distinto a mi, parecía totalmente ajeno a los peligros potenciales. Estaba feliz de que nos miraran a pesar de que su atención estaba centrada totalmente en mi rostro.

—Voy a ser honesto contigo Gabrielle, anoche tuve una fantasía. Estábamos en un lugar público como este y usabas este tipo de ropas. En mi sueño te comía el coño debajo de la mesa.

—¿Todo esto es por cumplir una fantasía? ¿Por qué no me lo confesaste antes?

La idea de imaginar a Mason soñando conmigo me calentó el cuerpo y las esperanzas.

—Habrías dicho que no. Bebe, realmente quería compartir mi fantasía contigo.

—¿Y qué pasaba en tu sueño?

—Ahora —dijo mientras acariciaba casualmente mi muslo desnudo —voy a seguir con mi sueño.

La sonrisa malvada volvió a sus labios.

A pesar del miedo no podía negar que estaba excitada. Mi coño se humedecía cuando el aire tocaba mis labios desnudos. En ese momento, y sin pensar en nada de lo que nos rodeaba, me dejé llevar. Abrí las piernas y separé ligeramente los muslos permitiendo un acceso más fácil a los dedos de Mason que se acercaban peligrosos. Encantada por mi disposición se acercó aún más y deslizó su mano más arriba. Sin una barrera sedosa que detuviera su progreso esta vez sus dedos encontraron el camino hasta el centro de mi humedad. A él no le importaba si alguien lo veía. Sólo le importaba cumplir con su fantasía.

Me recliné y cerré los ojos.

Mientras lo hacía sentí que me levantaba la blusa. Las curvas de mis pechos eran visibles debajo del material fino y endeble. No me atreví a abrir los ojos por si había público observando.

Los labios de Mason se acercaron a los míos y abrió la boca, luego sentí la suave lengua deslizarse entre mis labios.

Nos besamos ardiente y lentamente.

Al compás de sus besos las yemas de los dedos acariciaron mis labios vaginales húmedos y ardientes. Me costó un gran esfuerzo resistirme a expresar el placer.

Sabía que teníamos que estar callados si queríamos tener alguna posibilidad de pasar desapercibidos. Por suerte, mi gemido fue amortiguado por el beso sensual.

Sus dedos traviesos jugaban con mi coño dolorido. Casi grité cuando los labios de Mason se apoyaron sobre la carne expuesta de mi pecho. La mitad inferior era visible, pero, afortunadamente, el pezón estaba cubierto.

Mason no expuso mis tetas, él simplemente besó los suaves montículos hasta que vio el pezón asomando a través de la tela. Sentía como los pezones se endurecían. La carne sensible se frotaba contra el fino material y, una vez más, tuve que reprimir el placer. Mason se inclinó hacia abajo y besó mi cuello.

—¿Estás lista para esto? —preguntó mientras separaba suavemente mis rodillas con las manos.

—Mmmm, yo... no lo sé...

Me sentía flotar.

—Quiero lamer tu coño, bebé. Como en mi fantasía. Por favor, déjame vivirla —suplicó con ardor.

Finalmente abrí los ojos y escaneé la habitación. Nadie parecía haberse dado cuenta. El hombre con pareja tenía la cabeza inclinada hacia su mujer. Luego miré a Mason y asentí dándole permiso para hacer lo que quisiera. Mi cabeza no se encontraba para pensar.

Cuando me inclinó hacia atrás la blusa se deslizó hacia arriba nuevamente, pero, esta vez, se elevó sobre los pezones exponiendo mis senos a cualquiera que quisiera mirar. Al instante sentí la boca de Mason cerrarse alrededor de mi pecho izquierdo. Chupó y luego volvió a cubrirlo con la blusa.

Con el rostro acalorado se colocó frente a mí y se arrodilló en el suelo cubriéndose con el mantel. Puso las manos en mis muslos y me subió la falda. No estaba demasiado preocupada porque el cuerpo de mi chico y el mantel bloquearon la escena.

Mason, en cucullas, usaba una mano para acariciar la parte interna del muslo y la otra para frotarla en los labios húmedos. Su cálido aliento suave en mi coño me estremeció.

Con delicadeza separó los húmedos labios con sus dedos y besó suavemente el pequeño clítoris rosado que se mantenía orgullosamente erguido. Tuve que morderme los labios para no gritar a toda voz. ¡Se sentía como si estuviera en el cielo!

Su lengua bailó alrededor del clítoris y luego introdujo un dedo dentro. Tenía muchas ganas de gritar ahora que el dedo de Mason me penetraba. ¡Esto era una locura! ¡Iba a tener un orgasmo en un pub!

Luché por contenerme mientras me retorció en el asiento. La blusa se había subido por completo sobre los senos y, en lugar de bajar la tela, me aferré a la cabeza de Mason mientras me acercaba al clímax.

Sintiendo mi desesperación golpeó ferozmente mi coño mojado. Solo le interesaba comerme. Luego, añadió un segundo dedo dentro del pequeño hueco mientras su boca me saboreaba. Fue ese segundo dedo el que empujó mi cuerpo al límite. Mientras llegaba a la cúspide Mason también estaba en el punto sin retorno. Sus esfuerzos se duplicaban. Mientras cabalgaba la enorme ola orgásmica, Mason, de repente, se levantó del suelo y me besó sin tapujos. Agarró mi pecho y cubrió mi boca con la suya. Mientras nos besábamos tuve el orgasmo más salvaje de todos los tiempos.

Cuando se separaba de mí comencé a tomar conciencia nuevamente de dónde nos encontrábamos. ¿Quién podría estar mirando? Lentamente abrí los ojos y... nada. El matrimonio adulto se había ido y los dos chicos de antes no estaban a la vista.

Escaneando la habitación parecía que ninguno de los clientes había notado nuestra escena.

Algo más relajada miré hacia la ventana y fue cuando el corazón se me detuvo. Un grupo de hombres fuera, cinco en total, todos entre los veinte y treinta años, que nos estaban mirando. ¡Ni siquiera me había dado cuenta de que había una ventana! ¡Si lo hubiera sabido habría insistido en que fuéramos a otro lugar!

Me acomodé rápidamente como pude. Los chicos nos habían observado durante todo el proceso y ahora nos aplaudían. Fue tan inesperado que Mason se echó a reír. ¡Incluso les hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza!

Unos segundos más tarde, y cuando el aire aún no me llegaba al pecho, un hombre de traje que no parecía tan feliz como los de fuera, se nos acercó.

—Disculpen, necesito pedirles que se vayan. Han molestado a algunos de nuestros invitados con su comportamiento... inapropiado.

Logré convencer a Mason de que se callara y que saliéramos cuanto antes.

Los hombres de fuera todavía estaban allí y no tenía ganas de pasar por sus manos. Mason aceptó coger su coche y no un taxi como era su plan inicial.

El gerente permitió que yo esperase dentro hasta que Mason llegara con el deportivo, luego, me acompañó hasta que el coche aparcaba delante de la puerta. Los hombres que habían esperado afuera quedaron decepcionados al verme acompañada por un hombre de metro noventa y músculos duros como puños.

Ni bien llegamos a casa Mason me dio un beso de buenas noches.

—¿No subes?

—Es tarde.

—Pero tú no has terminado... —dije sensualmente provocativa.

—Me has dado todo el placer que buscaba. Buenas noches.

Y se marchó.

Sin bajar ni invitarme a su casa. En realidad, nunca lo había hecho. Una noche completa con Mason era mi fantasía frustrada. De hecho, nunca había visto su casa. Todos los encuentros siempre eran en casa de Oli.

Al traspasar el portal me sentí sucia.

Un juguete roto y olvidado en el fondo del arcón.

Esta no era la primera vez que me pasaba. El problema no era lo que sentía sino reconocerlo de forma valiente. Yo era feliz cuando simplemente hablábamos, aunque eso con Mason eso sucedía muy raramente. Con él todo era adrenalina y sexo. Después... el vacío.

Dos meses después de la escena del pub volvía a encontrarme arrodillada complaciéndole con mi boca. Recibir gratificación comenzaba a ser algo inusual.

Cumplir

—Lo digo en serio, tengo que pensar en encontrar algo que pueda pagar.

—Y yo digo que no quiero que te vayas. Excepto que lo hagas por Mason...

Oliver y yo hablamos por décima vez del mismo tema.

—Y yo te repito que te lo agradezco muchísimo, pero estoy segura de que deseas tu apartamento para compartirlo a solas con Samanta.

El nombre se me atragantó haciéndome olvidar sus insinuaciones sobre Mason. A pesar de no conocerla personalmente no soportaba ni su nombre. Samanta. ¿Qué clase de chica normal podría tener un nombre así?

La pobre muchacha no me había hecho nada, sin embargo, la odiaba con todo el poder de las tormentas. Oli nunca hablaba de ella y yo no cesaba de buscar respuestas. Sabía perfectamente que cuando no dormía en casa estaba con ella, y aunque debería ser feliz, no terminaba de digerir la idea de compartirlo con otra. ¿Por qué no hablaba de ella? Y ¿por qué no había regresado a Londres! ¿Era por Oli? ¿Qué tan enamorado estaba?

—No te preocupes por mí.

Aquí estaba otra vez. Siempre que intentaba sonsacar él esquivaba las respuestas. Una parte de mí se alegraba egoístamente, la otra, también.

Imaginar que Samanta desaparecía de nuestras vidas era un sueño cumplido.

Egoísta, pero sueño.

—Te toca pagar el café —dijo al ver al camarero.

Las cuentas de café con leche siempre me las dejaba. Las de coste abultado de comidas o cena se hacía cargo él. Así era Oli. El mejor chico del mundo.

Caminamos charlando bajo el sol de la tarde primaveral.

Mason llevaba dos días sin contestar a mis llamadas y yo estaba que me subía por las paredes. A pesar de los nervios que me carcomían por dentro, no le conté nada a Oli, y por eso, cuando me invitó a dar un paseo acepté de forma inmediata. Estaba cansada de llorar en su hombro esperando a que el teléfono sonara para salir corriendo hacia el camino opuesto.

En el andar entretenido con nuestros chismes sentimos los gritos de alguien que me llamaba.

—¡Gabrielle! ¡Hola!

—¡Blake! ¡Sofía! Qué casualidad.

—Estábamos comprando y te vi. Le dije a Blake que eras tú, pero claro, no me creyó.

—Y entonces se puso a gritar como un ganso afónico —contestó besando a su chica—. Hola, soy Blake. Ella es mi esposa Sofía.

—Uy, perdón, él es mi amigo. Oliver.

—¿Eres Oli? Gabrielle, habló mucho de ti.

—¿Habló?

—Son amigos de Mason. Hace un mes estuve en su casa en una barbacoa estupenda.

—Tenemos que repetir —contestó Sofía—aunque a mi chico siempre se le quema el pollo, las costillas le quedan como a nadie.

—La culpa es del carbón.

Todos reímos de muy buen humor.

—No sabes qué alegría verte. Al alejarnos de... ya sabes, pensé que no volvería a verte. Y es

una pena porque me pareces una chica maravillosa.

—¿Te refieres a Mason? No sabía nada de vuestro distanciamiento.

—Sí, él... no fue muy amable —dijo Blake.

—Eso es por decirlo suavemente—añadió su chica.

—Sí, bueno, pero mejor no hablemos de cosas desagradables. ¿Qué estaban haciendo los dos por aquí?

—Íbamos a tomar un café, ¿quieren venir con nosotros?

Mis palabras sonaron autómatas. ¿Por qué se habían distanciado de Mason? ¿Y por qué él no me contó nada?

—Claro, eso sería genial, tenemos que ponernos al día —dijo Sofía.

Blake sonrió y asintió para confirmar que a él también le gustaría conversar.

—Parece que han pasado años desde la última vez que nos vimos, todo gracias a nuestro encantador amigo.

Mason no llegó a explicarme el por qué de su actitud, simplemente se limitó a decirme que no podía verlos. Y aunque insistí en hacerles una visita él nunca encontraba el momento.

—La verdad es que si se enfada me da igual. Creo que podemos ser buenas amigas.

Escuchar esas insinuaciones de Sofía acerca de Mason no terminaba de caerme bien.

—¿Mason no quiere que hables conmigo? ¿Él te lo ha dicho con esas palabras?

—Exactamente eso fue lo que me dijo.

—Lo conozco desde hace mucho, y es mi amigo, pero a veces se pone insoportable. Lo siento Gabrielle, pero no me gustó cómo trató a Sofía. Por ello no hemos vuelto a hablarle. Esta vez se sobrepasó.

—Es comprensible —dije con cierta cuota de vergüenza ajena.

—No quiere que te veamos a solas y lo que Mason decide es definitivo. Ya lo conoces. Digamos que es un poquito manipulador —dijo Sofía—. Lo siento mucho, sé que ustedes dos están... saliendo. Estoy segura de que tú lo harás cambiar.

Sus palabras sonaron tan mentirosas y tan poco convincentes como las de Pinocho. En estos momentos Sofía poseía ante mis ojos una nariz que giraba la esquina y cruzaba la calle.

—Yo también lo conozco hace tiempo y nadie cambia a Mason—. Oli habló por primera vez sin ocultar su disgusto. Al mirarme y verme tan callada se disculpó al instante—. Lo siento. No deseaba ser tan sincero.

—Yo también lo siento.

Blake y Sofía agregaron casi a la vez.

—No tienen porque disculparse. Yo no soy Mason. Él es mayorcito y responde de sus propios actos.

Mis palabras sonaron más seguras de lo que estaba sintiendo. Por dentro sentía pena de mí misma. Todos me decían como era, incluso yo sabía como era, y a pesar de todo, seguía esperando su llamada.

Todos hablaron de muchas cosas y, sorprendentemente, nadie mencionó a Mason los minutos siguientes.

Blake nos informó que pronto cumpliría años y estaría encantado de que tanto yo como Oli fuésemos al local donde lo festejarían por todo lo alto antes de regresar a Madrid por una temporada.

—Y habrá pastel —Sofía afirmó con voz seria.

—Sí, habrá pastel. Y con fresas —Blake intentó copiar el tono serio de su chica, pero se echó

a reír con una amplia y bonita sonrisa en los labios.

El chico era terriblemente guapo, tanto como Mason, sin embargo él no cesaba de entregarle el protagonismo a su chica. Se lo veía tan enamorado de Sofía que las mujeres que lo rodeaban o lo miraban sin descaro eran completamente inexistentes. Blake era el rostro del amor sincero y real.

Algo me pinchó el estómago por dentro y no tenía nada que ver con el hambre.

—Sofía prometió hacer una tarta con sus propias manos. Espero que vengáis cenados de casa.

—Eres la peor de las parejas —su chica cerró los ojos y estiro morritos simulando enfado.

—Y tú eres lo mejor que pudo pasarme en tooooooda la vida —Blake refutó besando suavemente sus labios —aunque cocinas horribles —continúo divertido

—¿Y si me sale fatal?

—Todo lo que salga de tus manos me gustará siempre.

—Mentiroso.

Ambos se comían con la mirada. Era un amor tan sincero que sin saber porqué miré hacia Oli. En ese mismo momento él me estaba mirando. Ambos nos quedamos en silencio. Uno de esos que se suceden en cámara lenta.

—Los sentimientos son mucho más que sábanas arrugadas —dijo con voz apagada.

Bajé la cabeza y dejé que la pareja llevara la conversación. El golpe de Oli había sido bajo y sincero. Me había dejado sin palabras.

Después de un par de tonterías, y sabiendo que tapamos la acera, nos despedimos con un fuerte abrazo. Incluso Oli, para mi gran sorpresa, y no porque él fuera tímido sino porque llevaba tiempo retraído en un universo al que me había cerrado las puertas, se despidió con bromas dirigidas a Blake y causándole a Sofía una risa incontenible.

Así era Oli. Era tan guapo... su sonrisa encantadora, su cabello castaño oscuro, sus gafas a lo Clark Kent... Todo en él conjuntaba a la perfección. Era inteligente, divertido y cariñoso. Todas las aptitudes por las que cualquier chica inteligente mataría.

Sofía y Blake siguieron su camino. Oli y yo cogimos el autobús a casa.

Durante el camino apenas pude hablar. La idea de lo bien que me encontraba sin Mason me hizo sentir mal conmigo misma.

A primera hora de la mañana, y después de tres días sin saber nada de mi chico, Mason apareció por la puerta.

—¡Te dije que no quería que te acercaras a ellos! ¡Te lo dije!

Los gritos comenzaron apenas giré el cerrojo para abrir.

—¿De qué hablas?

—¡Cómo te has atrevido! Te dije que no quería que volvieras a verlos. ¿Así respetas mis deseos?

El tono de Mason resonaba con posesión e ira. Mucha ira.

—Solo fue un encuentro casual. No pensé que te molestaría tanto. ¿Quién te lo ha contado? —dije presionando mi frente por lo estúpido que resultaba todo aquello.

—¡Te he dicho una y otra vez que quiero que te alejes de ellos! ¿Es tan difícil seguir una simple instrucción?

La voz de Mason retumbaba en la habitación. Una tormenta de palabras que me dejaba

atrapada entre la realidad de un novio posesivo y mi propia necesidad de libertad.

—Mason, no quiero pelear contigo, todo es un terrible error. Verme con Sofía y Blake fue fruto de una casualidad. Estábamos con Oliver cuando nos cruzamos con ellos.

—Oliver, siempre Oliver. Si no puedes respetar mis reglas tal vez deberíamos replantearnos nuestra relación —el susurro de sus amenazas me dejó con el corazón apretado entre las costillas —. ¡No puedo creer que hayas desobedecido mis órdenes! ¿Acaso crees que puedes hacer lo que te plazca?

Sus palabras eran una marea sin control y desdén. Sintiendo el peso de sus exigencias me esforzaba por mantener la calma.

—Solo fue un encuentro casual. No quería enfadarte.

—¡No me importa! Te he dejado claro que no quiero que tengas relaciones con ellos. Si solo te pido una cosa y te la saltas, ¿qué será más adelante?

Su ira se manifestaba como un vórtice atrapándome en su furia descontrolada. La posesividad se entrelazaba con su machismo creando una atmósfera opresiva asfixiante.

—Mason, no puedo vivir bajo tus reglas. Necesito controlar mi vida.

—¿Tu propia vida? Necesitas alguien que te enseñe a ser tú misma. ¿Crees que puedes hacerlo sola? ¿Tan valiente piensas que eres? ¿Te recuerdas como eras antes de conocerme, o tengo que recordártelo?

La arrogancia de Mason resonaba con una convicción que en el pasado habría aceptado como muestra de afecto, sin embargo, ahora, me encontraba cuestionando las cadenas invisibles que me ataban a un amor que cada vez resultaba más falso.

—No quiero ser guiada todo el tiempo. No lo necesito. Quiero poseer mi propio espacio

—¿Espacio? ¿Estás a punto de perderme por una idea feminista barata?

La amenaza en sus palabras era palpable.

La habitación quedó sumida en la más profunda oscuridad. El pecho me presionaba al respirar.

—Me voy. No puedo tenerte delante. No te reconozco.

Dijo y se marchó.

Me dejó sola y sin lágrimas. Estaba tan triste como desorientada. ¿Cómo debería actuar cuando regresara? Porque Mason regresaría. Siempre lo hacía.

En los ocho meses que llevábamos juntos, a veces, solía desaparecer, pero nunca más de cuatro días. Cuando lo hiciera y estuviera más calmado podríamos aclarar las cosas. Incluso podría disculparme, porque estaba segura de que cuando se enfriara se daría cuenta del inmenso error que había cometido al juzgarme. Yo no le había desobedecido.

La gata mojada bajo la lluvia

La librería, que normalmente era un refugio de historias y escapismo, se tornó en un lugar sombrío. La ausencia de Mason creaba una grieta en mi ánimo. Mi mente se hallaba sumida en la preocupación mientras observaba distraídamente los estantes de libros. Llevaba una semana sin dar señales de vida. Sin preocuparse por mí. Yo no le importaba...

Las risas y charlas de las lectoras que se acercaban desvanecían ante la tormenta interna que rugía en mi interior. Estaba sola. Me sentía sola y fea. Otra vez.

—Oh, sí, este libro es excelente. Seguro les encantará.

Las clientas se quejaron por la falta de entusiasmo en mi tono.

Sin percatarme de la realidad que me rodeaba aconsejaba con una distracción despampanante y que no pasó desapercibida por mi jefe.

—¿Puedo saber qué demonios te pasa? Estás aquí para trabajar y no para mirar el infinito.

La regañina del señor Harland fue inevitable. Sin levantar la mirada murmuré una disculpa. Siete días sin respuesta de Mason pesaban como losa de cementerio.

—¡Mira a tu alrededor y haz tu trabajo como se supone que debes hacerlo!

La reprimenda del jefe resonó en el aire, pero yo apenas la registré. Distraída en mis problemas intenté volver a cotillear la pantalla de mi Samsung donde la ausencia de mensajes influía más que cualquier regaño del señor Harland.

¿Dónde estás, Mason? ¿dónde...?

Un suspiro escapó de mis labios mientras me esforzaba por recomponer los trozos rotos y perdidos. Intentaba enfocarme en las tareas que requerían mi atención, pero la mente seguía divagando hacia el vacío dejado por su ausencia.

El día avanzaba, sin embargo, el tiempo se movía a un ritmo distinto. La librería, antes llena de historias y mundos por descubrir, ahora se tornaba en un escenario sombrío donde las palabras escritas palidecían ante el silencio de un teléfono que no vibraba.

Estaba desconsolada. Mi corazón se sentía roto.

Llegué a casa y no encendí la luz.

Como un autómatas fui hasta la cocina y puse una taza de agua a calentar. Quise ponerme a comer y olvidarme de mí misma, pero me contuve. Mason no lo merecía. Llevaba tiempo intentando controlar mis impulsos. Comer sin control solo me provocaría una sensación de soledad mayor y un terrible dolor de estómago. Después de permanecer de pie con el teléfono en la mano durante lo que parecieron horas, lo dejé caer, me arrodillé junto a la nevera, y me puse a llorar.

—¿Gabrielle? —Oli me llamaba, y aunque mis oídos lo escuchaban, mi cabeza no razonaba —. Belle, ¿dónde estás? Vuelve conmigo. Cariño...vuelve.

Sus manos acariciaban mis cabellos. No era capaz de contestar. Apoyada en su pecho me dejé llevar por el dolor. No estaba segura de si pasaron horas o minutos, los brazos de Oli eran mi paz. Y la necesitaba.

—¿Qué ha pasado?

Atragantada por el dolor fui capaz de hablar. Y cuando comencé no pude parar. Sentados en el suelo de una cocina pequeñísima dejé que mi pena encontrara salida.

—Desgraciado...

Apenas abrió los dientes. Fue solo un murmullo, igualmente así, lo escuché.

—¿Por qué nunca me contaste nada?

—Sentía vergüenza. No quería que pensaras que era una idiota. Además, no quería ser una carga. Tú siempre tienes razón, siempre estás a mi lado en todos mis errores. Quise pensar que él era ese chico que me...

No pude terminar la frase. El dolor me ahogaba.

—Que te quería... Belle, hasta cuando vas a seguir siendo tan ciega.

Envuelta en una nube de desaliento Oli me llevó hasta la sala y me ayudó a recostarme. En un rincón solitario de su pequeño apartamento lo esperé hasta que regresó con una taza de té caliente.

La luz tenue revelaba el desorden de sus emociones. El espejo en la pared, que alguna vez reflejó momentos de alegría, ahora devolvía mi imagen destrozada.

—¿Por qué Mason? ¿Qué tiene él?

Las lágrimas que al fin había conseguido reprimir comenzaron a emerger trazando caminos de desesperación en mis mejillas. Las paredes de la habitación parecían estrecharse con el aire volviéndose más denso con cada suspiro.

No importaba si era gordita. No importa nada. Los estándares de belleza se desvanecían ante la magnitud de mi propia desdicha. En ese momento la propia imagen física quedaba en segundo plano frente a la desolación emocional que me envolvía.

No fui capaz de responder y Oli no volvió a preguntar.

Las galletas del té, ahora abandonadas en el plato, simbolizaban mi falta de apetito por la vida misma.

Atrapada en la telaraña de la depresión me encontraba en un abismo emocional donde la esperanza parecía desvanecerse con cada latido del corazón herido. El mundo exterior seguía su curso ajeno al tormento interno que yo sentía. El silencio del teléfono, una constante presencia en la habitación resonaba como un eco de la soledad que amenazaba con engullirme. En ese rincón oscuro de mi propia tristeza le pedí a mi amigo un momento a solas. Con pocas ganas respetó mi decisión y se marchó a su cuarto. No sin antes prometerle que lo llamaría si lo necesitaba.

Sumergida en un océano de dolor, y anhelando una respuesta que no llegaba, y enfrentándome a la dura realidad de la incertidumbre amorosa, me dejé caer sobre la almohada.

Cada suspiro resonaba como un lamento.

¿Por qué me haces esto, Mason? ¿Qué hice yo para merecer este silencio?

El dolor en mi pecho se intensificaba con cada pregunta sin respuesta. La sensación de abandono me envolvía como una sombra oscureciendo cualquier atisbo de esperanza.

Abrazando mi cuerpo frío, mientras las lágrimas fluían sin restricciones, me dejé llevar por el desconsuelo. Cada sollozo era una liberación momentánea de la opresión que sentía en el alma. Las horas pasaban lentamente cuando busqué dentro de mí la última cuota de valor que escondía en un rincón muy interno y cogí el teléfono.

Mason, por favor, necesito que me respondas. Estoy preocupada. ¿Estás bien? ¿Por qué no contestas? Por favor, solo dime que estás bien.

Mensaje de Frustración:

No puedo creer que estés ignorándome. ¿Qué diablos está pasando? Después de todo lo que compartimos merezco al menos una explicación. No eres justo.

Mensaje de Desesperación:

¿Acaso te burlas de mí? No merezco este trato. He estado llorando sin entender qué pasó. ¿Qué hice mal? ¿Por qué me haces esto? Por favor, Mason, necesito respuestas.

Mensaje de Súplica y Dolor:

Mason, por favor, no me hagas esto. No sé qué pasó, pero lo siento si te hice daño. No puedo soportar este silencio. Estoy rota, necesito saber si esto tiene solución. Te necesito, por favor, vuelve.

Mensaje de Tristeza Profunda:

Cada día sin ti es un tormento. No sé cómo seguir adelante. Me siento perdida. No quiero perder lo que teníamos. No merezco este abandono. Por favor, Mason, no me dejes así.

Mensaje de Ruego Apasionado:

No puedo soportar la idea de perderte. Si hice algo mal lo arreglaremos. Necesito que vuelvas a mí. No puedo imaginar mi vida sin ti. Por favor, por favor, responde.

Los mensajes reflejan la montaña rusa emocional mareante en la que me sentía. Desde la preocupación inicial hasta la desesperación, la súplica apasionada de mis mensajes eran una expresión de dolor y anhelo desesperado por recuperar lo que una vez tuvimos. O lo que yo creía que habíamos tenido.

Con los dedos temblando volví a escribir una y otra vez.

Mensaje de Auto culpa:

Quizás todo esto sea mi culpa. Si hice algo mal, dímelo. No puedo soportar la idea de haberte perdido. Estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario para arreglar las cosas. Por favor, dame otra oportunidad.

Mensaje de Tristeza Profunda:

Mis lágrimas no cesan. No sé cómo seguir adelante sin ti. Extraño tu voz, tu risa, todo de ti. Este silencio es insoportable. ¿Realmente no te importa?

Mensaje de Ruego Desesperado:

Mason, estoy al borde del colapso. Necesito saber qué está pasando. Por favor, no me hagas esto. No puedo entender por qué me estás castigando así. Te necesito más de lo que puedes imaginar.

Mensaje de Enojo y Desahogo:

¿Te parece divertido ignorarme? No tienes idea del dolor que estoy sintiendo. No merezco este trato. ¿Acaso no significó nada para ti? ¿Cómo puedes ser tan cruel?

Mensaje de Despedida Angustiante:

Si no puedes siquiera decirme qué está mal, entonces... no sé cómo seguir. No puedo soportar este sufrimiento constante. Te amo, pero no puedo quedarme en esta oscuridad. Adiós, Mason.

Después de una hora el sueño me alcanzó. Y fue justamente cuando los ojos hinchados comenzaban a cerrarse cuando sonó el móvil. Al ver su nombre en la pantalla me lancé a responder.

—Escúchame bien, me pediste tiempo, pues bien, te lo di. ¿No era lo que buscabas? Mientras querías ser tú misma y buscabas amigos nuevos, quiero que sepas que me acosté con otra.

En el fondo la risa de otra mujer se escuchaba como una cruel melodía.

Mis ojos se llenaron de lágrimas sintiéndome abrumada por la traición.

—¿Por qué me haces esto?

—Esto es lo que pasa cuando me desobedeces. Me diste la espalda cuando más te necesitaba y ahora debes soportar las consecuencias.

Luchando contra el dolor y la incredulidad apenas pude articular respuesta.

—¿Cómo puedes culparme? No merezco esto.

—Después de tu adiós necesitaba olvidarte. ¿Qué esperabas? ¿Qué te fuera fiel?

Mi corazón latía con la misma fuerza que mi rabia.

—No puedo creer que hayas hecho esto. ¡No es mi culpa que hayas tomado esa decisión! Yo solo dije adiós porque no podía soportar más tu deseo de controlarme.

—Las decisiones tienen consecuencias, Gabrielle. Ahora sufres como yo he sufrido. Ya no puedo seguir hablando, tengo que dejarte.

—Mason... por favor... lo nuestro no puede terminar así.

—Gabrielle, en este momento ella está tragando mi semen y me ha puesto cachondo. Por cierto, ¿te dije su nombre?

—¡Hola hermanita!

La voz al otro lado me secó la garganta. El latir de mi pecho golpeaba contra las paredes del apartamento.

—¿Amanda?

—Fui a buscarla a tu casa. Y, por cierto, no es para nada como la describías.

Colgué el teléfono sintiéndome atrapada en un torbellino de emociones.

La traición y la crueldad de Mason me dejaron un nudo en el estómago. La confirmación de la voz de mi hermana al otro lado me causó total desconcierto.

Arrojé el móvil a la pared y rompí la pantalla. Oli se despertó con el ruido y lo que en un principio fueron gritos terminaron siendo lágrimas de loba herida.

Si el dolor tuviera color sería el rojo intenso. Si fuera un sonido sería la rotura de cristales. Si fuese una canción se titularía no volveré a querer a nadie...

Después de toda una noche en donde colores, aromas y sonidos se dibujaban con letras de tristeza, me senté en la cocina convertida en un despojo del que poco se podía aprovechar.

—Te prepararé un café. No puedes seguir así.

—Oli...

Quise decirle algo. Una palabra que me ayudara a desatascar las tuberías de mi garganta.

Ningún sonido más que las lágrimas recorrieron mi rostro.

—Belle... por favor, no puedo verte así. ¡Joder! El no vale ninguna de las sonrisas que le regalaste y mucho menos tus lágrimas. Eres la chica más maravillosa que conozco. Eres dulce, atenta, siempre estás cuando alguien te necesita. No conoces el odio, y cuando yo...

—Ahora sí —murmuré sin fuerzas.

—¿Cómo dices?

—Dije que ahora sí.

—Ahora sí, ¿qué?

—Ahora sí lo conozco. No lloro por amor. ¡Lo odio con todas mis fuerzas! Es un cerdo malnacido. Una basura que...

Me puse a llorar mezclándolo todo. La lista de la compra se resumía en odio, indignación, tristeza, vergüenza, indignación y mucha desilusión. Kilos infinitos de indignación.

—Es mi hermana... mi hermana.

Oli no comprendió nada hasta que después de dos valerianas y un par de galletas de chocolate amargo fui capaz de contarle todo lo que había pasado durante la noche. Mis mensajes sin sentido. Mi estúpida desesperación. Y su remate final. Cuando llegué a la parte de las carcajadas de mi hermana tuve que parar.

Sus brazos rápidos me envolvieron contra su pecho. Allí me quedé hasta que toda mi lista de sentimientos se desvaneció entre lágrimas saladas.

La semana pasó sin mayores novedades.

Mi madre consiguió enterarse de parte de la historia y como era de esperar se puso del lado de Amanda. Yo por mi parte decidí convertirme en una solitaria. La librería y mi trabajo se llevaron mi tiempo y mis lágrimas. Estar ocupada me ayudó a sentirme una hoja muerta colgada de un árbol. No lucía, pero tampoco molestaba.

Mirando pasar

Mi presencia bien podría haber dejado de existir sin que nadie se percatara. Nadie excepto Oli. Él se desvivía por hacerme sentir bien.

Mil veces leí sobre el desamor. Cientos de libros fueron los que me hicieron llorar junto a la desdichada protagonista, sin embargo, lo que yo sentía no era pena de amor. Luego de mucho sufrir supe reconocer la diferencia entre amor y sexo.

Mason fue mi primer hombre, y puede que yo creyera que era el primer amor, pero él no podía dar lo que no sentía. Se puede besar, acariciar e incluso gemir sin haber recibido una pequeña cuota de amor. Y yo no la recibí. Pasé por su cuerpo sin rozar un milímetro de su corazón.

—¿Has terminado con las estanterías de romance y misterio?

—Aún no, señor Harland.

Me puse nerviosa al ver que mi teléfono no cesaba de sonar.

—Igual, cuando termines de hablar por teléfono puedes trabajar un poquito.

Con su rostro iracundo se marchó por los pasillos. Jamás esperaba conocer mi versión.

—Gabrielle, queremos invitarte a nuestra boda.

—¡Qué! Quiero decir ¿qué? —contesté bajando la voz y escondida tras las cajas de novedades para que no me vieran contestar el teléfono.

—Sofía y yo llevamos cinco años juntos y le he pedido que se case conmigo, nuevamente. Cosa de enamorados. ¿Qué dices? Contamos contigo. Será la semana próxima.

—¡Una semana! —me escondí nuevamente—¿una semana? —murmuré tapando el micro.

—Sí, es una locura, pero que sería la vida sin locuras de amor. Quiero casarme aquí y delante de mis amigos americanos. ¿Qué dices?

Por un momento me pasó por la cabeza Mason y su enfado, el temor ante la posibilidad de volverle a ver, la venganza...

—¿Qué dices? ¿Cuento contigo?

—Por supuesto.

—¡Genial! Será perfecto. Por favor, invita a Oliver de nuestra parte. Sofía quedó encantada con él.

—Lo haré. Gracias.

Al soltar el móvil no sabía si mi excitación era por la boda o por volver a ver a Mason.

¿Qué haría él al verme? ¿Iría con Amanda? ¿Sería capaz de soportarlo?

Quise volver a coger el teléfono y renunciar a mi asistencia cuando la rabia de loba herida me detuvo. Si me encontraba el alma destrozada él no tenía derecho a saberlo.

La boda

Hoy es un día importante, no solo para Blake y Sofía sino también para mí. Me enfrento decidida a superar mis propias inseguridades. Al menos por esta noche. El vestido que he elegido es un desafío para mí misma. Un paso hacia la mujer que deseo ser. Elegante, segura y un poco atrevida. Hoy voy a permitirme brillar.

Cuando Oli llegó por detrás no pude evitar notar lo bien que lucía. Estaba guapísimo. Él me sonreía y su felicidad se convertía en mía.

—Luces increíble —dijo sujetando mi mano y haciéndome girar sobre mis talones.

Pedimos un taxi y el viaje a la boda resultó ser un torbellino de emociones.

Voy con Oli, mi amigo de siempre. Mi mente no dejó de divagar hacia Mason y él. No podía detener mis comparaciones. Y aunque me dije que era una locura, no cesé de hacerlo.

Al llegar al gran salón el ambiente era espectacular. La elegancia del lugar nos envolvió. Mientras avanzábamos la mirada de Oli resultaba protectora y cariñosa.

No llegamos a dar ocho pasos cuando lo vi.

Mason estaba solo en un rincón y con su mirada fija en nosotros. Después de una sonrisa irónica se puso en pie para acercarse.

—Hola. Gabrielle, estás... —Su voz era tensa.

La atmósfera se cargó de una tensión palpable. Oli, notando el ambiente, puso dos pies por delante para interponerse sutilmente entre Mason y yo. Una barrera silenciosa y firme.

—También te veo bien — mi voz tembló ligeramente.

—Estás muy bien acompañada —en su respuesta cortante pude ver un destello de algo parecido a la furia—. Al parecer hice bien en alejarme.

Oli presionó suavemente mi mano. Un gesto de apoyo que necesité más de lo que me hubiera gustado admitir.

—Mason, no tienes que hacer esto. Somos amigos, ¿recuerdas? Tú decidiste dejarme — traté de mantener mi voz calmada.

—Amigos... — Mason escupió la palabra antes de reír con amargura—. Claro, amigos.

Su rostro estaba triste y apenado. Por un momento sentí que me derrumbaba ante la duda de sus sentimientos. ¿Podría quererme de vuelta en su vida?

—Mason, basta ya, no vamos a dejar que arruines este día. Si tienes algo que decir dilo y vete. Ya te has cobrado tu venganza de la forma más cruel. Márchate, y busca a otra a quien lastimar.

Las miradas se cruzaron y tuve miedo de que todo terminara en puñetazos y sillas volando por los aires. Cerré los ojos rogando para que no pasara. El salón estaba lleno de gente saltando al ritmo de la felicidad de los novios. Sin esperarlo, y cuando esperaba ver el peor lado de Mason, él se marchó. Oli me miró preocupado.

—¿Estás bien?

Asiento, aunque la verdad es que me sentía cualquier cosa menos bien.

—¿Crees que me odia tanto como para continuar lastimándome?

—Vamos a disfrutar de la fiesta, ambos nos lo merecemos —dijo intentando sonreír.

Aunque nos dirigimos hacia la celebración la confrontación con Mason resonaba en mi mente marcando un antes y un después.

—Vamos a demostrarle a esa pista de baile que somos los mejores.

Oli con una sonrisa traviesa no pude evitar contagiarme. Y así, sin más, nos sumergimos en la celebración dejando atrás las tensiones.

Sus manos se aferraron a las mías y los volantes de mi vestido giraron ante los rayos de las luces azules de los faroles nocturnos. La música saltaba en nuestros oídos mientras nuestras piernas se movían con poca coordinación, pero una inmensa cuota de diversión.

La tensión del mal momento inicial se esfumaba como niebla espesa. Y Mason se marchaba con ella.

En un principio creí que moriría al verlo marchar, sin embargo, no fue así. Los pulmones se me cargaron de esperanza. Mason era un pasado que no deseaba volver a vivir. No señor. ¡Que se fuera con quien le diera la gana! Me costó muchas lágrimas darme cuenta de que un vacío relleno de estiércol era peor que el propio hueco.

Si me encontraba sola mis brazos me darían calor. Yo tenía suficiente vida para consolarme a mí misma. Yo me amaba más que cualquier desgraciado.

Sonriente me puse a saltar y Oli me acompañó en cada estúpido pase de baile. Nos movimos al ritmo de la música, a veces en sincronía, a veces descoordinados, pero todas las veces felices. Felices por tenernos, felices por querernos, felices por ser libres. ¡Libres!

Mi vestido se puso a saltar con mis piernas y no me importó si mis muslos eran anchos o mis rodillas grandes. Si a alguien no le gustaba ¡que no mirara!

—¡No sabía que pudieras moverte así! —exclamé impresionada al ver sus pasos discotequeros.

—Existen muchas cosas que no sabes de mí.

—¿Sí?

En ese momento, rodeada de luces tenues y el murmullo de conversaciones alegres, algo cambió. La risa de Oli, el brillo en sus ojos, la forma en que parecía verme me hizo sentir un frío extraño. Uno que ni siquiera Mason había logrado.

Por un instante el mundo exterior se desvaneció y solo quedamos Oli y yo compartiendo risas y bailes como si fuéramos las únicas personas en el mundo.

Por primera vez en mucho tiempo me sentí libre de mis propias inseguridades. Libre para ser yo misma. Una con piernas anchas, pechos exuberantes y un corazón lleno de deseos.

Bailamos, reímos, giramos y bebimos hasta que los pies nos llevaron a casa.

Aunque mis tacones se encontraban en la mano de Oli, que los cargaba sobre el hombro, no sentí frío. La frescura de la noche chocaba contra las canciones que cantamos chillando bajo el brillo de las estrellas que nos sonreían cómplices.

Ambos nos dejamos caer en el sofá con los dedos de los pies estirados hacia el techo.

—Sentía un nudo en el estómago —su voz era suave—. Tenía un miedo abrumador a perderte. No podía soportar la idea de que Mason hubiera sembrado dudas en tu mente acerca de mí—. dijo rompiendo el silencio de la noche.

Se puso de pie y comenzó a caminar de un lado como si el tiempo mundo se fuera a extinguir y nos quedase dos segundos de vida.

—Sabía que necesitaba darte espacio. Necesitabas tiempo para reflexionar y encontrar tus propios sentimientos. Y no estuve a la altura.

Salté del sofá impulsada por el resorte de mi indignación.

—¡Por supuesto que has estado a la altura! Soy yo la tonta que no hizo otra cosa que pensar en sí misma.

—Yo jamás te haría daño. Antes me...

—Lo sé.

Las palmas de mis manos se centraron en su espalda. La respiración se le cortaba entre espasmos recortados.

—Gabrielle, yo... te quiero.

Se giró y sus ojos marrones de gato divertido se convirtieron en sentimientos claros y profundos.

—Por supuesto. Somos amigos. Yo también te quiero —contesté confundida y abrumada por un sentimiento extraño. Un cosquilleo profundo y delicado recorriendo la total sensibilidad de mi piel.

—No me entiendes —dijo sujetando sus manos en mi cintura y acercándose hasta sentir el aliento de su respiración despeinar mis cabellos—. Yo te quiero mucho más.

El tiempo se paralizó en el mismo instante en el que sus palabras se detenían con puntos pausados.

¿Me quiere? ¿Oli me quiere?

El latir de mi pecho comenzó a rebotar contra mis costillas. Oli, me quería. Y no como se quiere a una amiga rellenita. No, él me estaba mirando con deseo. Uno mil veces más profundo que el que alguna vez Mason me pudo demostrar.

—Yo...

—No puedo seguir fingiendo. No tienes que contestarme. Sé que lo nuestro es algo que existe solo en mi cabeza. Que tú solo me ves como a un amigo...

—No. No.

—¿No?

La primera negación me salió de forma instantánea. La segunda un tanto desesperada. Desesperada por sentir que él pudiera pensar que yo no sintiera lo mismo. Desesperada por otras que pudieran ocupar un sitio que deseaba para mí.

El corazón me rebosaba del pecho chillando que también lo quería.

Durante todos estos años no hice otra cosa que esconder bajo una amistad un amor al que yo misma temía dar rienda suelta. ¿Qué si lo quería? Sus ojos dulces como el chocolate fundido que brillaban como la margarina derretida cuando me hacían sonreír. O esas gafas que movía en el puente de la nariz antes de bajarlos al guiñarme un ojo, o cuando esos brazos que me daban calor las tardes frías de dudas. ¿Qué si lo quería? ¡Sí! Estaba enamorada de cada tonto y pequeño detalle suyo.

—Belle... ¿me quieres?

Sus manos me acercaban cada vez más. Mis pensamientos se ahogaban junto a mis palabras emocionadas.

—Si no lo haces será que me lo diga antes de que te bese y nuestras vidas cambien para siempre.

Mis labios seguían sellados con los miles de sentimientos que deseaba decir y que se secaban en mi boca. Oli, el mejor hombre del mundo. El chico más maravilloso que haría afortunada a cualquier chica me deseaba a mí. ¡A mí!

Cientos de recuerdos de su sonrisa al mirarme, sus bromas atontadas, sus caricias de consuelo, todas cobraban un sentido maravilloso.

—Voy a comerte... ¿lo sabes?

Su pregunta solo obtuvo un ligero asentimiento en mi cabeza. Las manos me temblaban. Me sentía una virgen inocente. Quizá porque lo era. No de cuerpo pero sí de amor.

Nuestros labios chocaron de forma automática y mis ojos se cerraron. El calor de su boca era la caldera que mi corazón resquebrajado necesitaba para renacer.

—Belle...

Su voz era zumo de vida. Mi cuerpo despertaba eróticamente ante sus manos que me acariciaban con una picardía desconocida.

—Oli... —dije estirando mi cuello hacia atrás dando espacio para que no le quedase rincón de mi cuello por explorar.

Su lengua humedecía por allí donde pasaba. El cuerpo me flotaba como a un astronauta en la luna. Oli me llevaba a un universo único y nuestro.

Su cuerpo tenso me separó unos centímetros y mis labios se estiraron suplicando porque no se apartase.

Sus ojos chocolate ardiente se centraron en mi mirada a la par que apretaba intencionalmente sus palmas contra mi trasero. Mientras se inclinaba hacia mi rostro mis ojos captaron el elegante estiramiento de los músculos de su cuello y el corazón comenzó a latir salvajemente. Sin besarme deslizó sus manos suavemente hacia mis pechos. El gemido que lancé fue instantáneo.

Conforme con mi respuesta se sonrió travieso. Con esa diversión que le conocía tan bien, aunque esta vez llevaba una importante pizca de pimienta atrevida.

—¿No tienes nada mejor que hacer que quedarte ahí y mirarme? —Bromeó mientras sus ojos se centraban en el bulto de mis tetas. Jamás las había observado con tanta hambre—. Porque yo sí que tengo mucho que hacer, mi dulce Belle... —susurró sujetando con fuerza mi cuerpo—. Apuesto a que se te pueden ocurrir algunas cosas locas.

Oli se rio mientras mi cuerpo se dejaba ir.

Mi piel se quedó en silencio hasta que mis tetas rozaron su pecho desnudo. ¿En qué momento se había quitado la camisa?

Deslizó sus manos sobre mis caderas y las presionó. Su fuerza desconocida me abrumó. Jamás lo hubiera imaginado tan varonil.

—Estoy pensando en algo mucho más emocionante que ser amigos—. Susurró antes de que sus labios tocaran los míos adueñándose de la situación —¿Qué dices? ¿Seguimos?

—Mmmmmm —gemí cuando al besarme deslizó sus fuertes brazos alrededor de mi prominente cintura.

—Voy a tomarme eso como un sí.

Introdujo su lengua entre mis labios húmedos deslizándose por el interior de mi boca resbaladiza. Me derretía contra él. Su tentador y varonil aroma chupaba mi lengua introduciéndose hacia el interior de mi ser y barriendo cualquier rastro de duda.

Gemí suavemente mientras su excitación saltaba. Mi coño tenía espasmos y los pezones me hormigueaban deliciosamente.

Sus manos recorrieron mi trasero y espalda. Casi desmayé al sentir su palpitante polla presionar contra mi cuerpo. Quería algo más que rozar su ropa.

Hundí las manos en su torso desnudo y tironeé sus pantalones hacia el suelo. No podía mirarlo. Por un momento temí que la vergüenza por esa amistad corrompida me dominara y no me permitiera sentir el cúmulo de deseos que me dominaban.

Con una potencia varonil desconocida estiró sus manos arrancando mi vestido de forma

salvaje. Envuelto en su locura acercó sus labios arrastrando su humedad caliente a lo largo de mi pecho hasta mi estómago. La punta de su lengua jugó con mi ombligo mientras se colocaba de rodillas y sujetaba mi trasero nervioso.

Los dedos de mis manos se enredaron en el cabello despeinado mientras mis caderas se comenzaron a mover entregadas a la sensación de excitación balanceándose provocativamente.

—Belle —siseó jugando la partida de un hombre contra una mujer —serás mía. Solo mía...

Sonreí traviesa al sentir sus dedos jugando con mis braguitas.

Sí, iba a ser suya.

Sí, lo deseaba.

Hábilmente dejó mi cuerpo desnudo. Metió la mano delicadamente dentro de mis piernas y rozó con las yemas de los dedos mi vello púbico. Excitada y sin desearlo el rostro de Mason se instaló en el centro de mi frente. Por alguna razón la escena me llevó a él. Mason usándome y yo dejándome guiar bajo su voluntad.

¡No! Este era Oli. Él no era así. Él me quería y yo lo adoraba. Oli me confesaba su amor. Me sentía exultante de felicidad. No, esta vez no sería una espectadora de lo que otros quisieran de mí.

—¿Pasa algo?

La voz preocupada de Oli me entregó el atrevimiento que necesitaba para comenzar a ser una nueva Gabrielle. Una que no esperaba recibir. Esta mujer ya no era una gata mojada abandonada en un portal bajo los comentarios hirientes de los que nadie había pedido opinión. Esta era una Gabrielle que amaría sin tapujos y sin remordimientos. Una chica capaz de expresar lo que deseaba y a rebelarse ante lo que no.

—Todo es perfecto.

Se puso de pie y en ese momento nuestras miradas se cruzaron y supe lo que quería. Deseaba a Oliver como a un hombre. No como a un amigo o un bote salvavidas. Lo deseaba más de lo que habría admitido nunca.

Su cuerpo se puso tenso mientras las palmas de sus manos sujetaban mis mejillas. El aroma de su perfume mezclado con el mío me envolvió y sellaron allí mismo nuestros destinos. Deseaba darme un festín con él. Lo necesitaba y no como una mujer herida sino como una loba hambrienta.

Con los dientes mordiendo mis labios atrevidos metí una mano en sus calzoncillos y acaricié su sexo hinchado. Oli gimió sin soltar sus manos de mi rostro.

—Belle —mi seudónimo era miel espesa en sus labios.

—¿Te gusta? —dije presionando el peso de sus testículos entre mis dedos.

—Cielo, eres es el cielo. Un espacio sideral del que no quiero bajar...

Su cuerpo temblaba. Y no solo por deseo. Entre nosotros revoloteaba algo muy diferente a lo que existía con Mason.

La oscuridad de la habitación se convertía en penumbra. El sonido silencioso de la noche era suave melodía romántica.

Dejé caer el vestido que se encontraba atascado en mis caderas y sin pensar que estaba en ropa interior mostrando las partes más criticadas de mi cuerpo me agaché y de rodillas empujé sus calzoncillos hasta que su sonido se sintió golpear contra el suelo. Valiente acerqué mis labios a su pene. Deseaba probarlo. Sentir su piel erizarse ante mi contacto. Una gota de líquido pre seminal se filtró de su hendidura y el sabor salado hizo que su excitación aumentara.

—¿Estás segura?

Alcé la vista para ver su mirada tierna clavada en mi rostro. Estaba preocupado por mí. No por tener sexo gratis. No por aprovecharse de una chica lastimada por todas las esquinas, él estaba pensando en mi bienestar. Sonriente agaché la cabeza sin perder el tiempo. Deslicé la lengua alrededor de la resbaladiza carne. Oli se retorció y gimió cuando comencé a lamer arriba y abajo la longitud venosa de su falo. Masajeando sus bolas hinchadas, mientras le atendía la polla con la lengua, su cuerpo se tensaba como cuerdas de guitarrista flamenco. Sin previo aviso abrí mucho la boca y tragué la mitad de su eje. Al mismo tiempo, él bajó las manos y sujetó mi cabeza. Tiraba y acariciaba de la misma forma descontrolada provocando una diversión maliciosa que brotaba desde mi interior cada vez más saneado.

Dobló ligeramente las rodillas y logró agarrar mis pesados pechos entre sus palmas mientras yo continuaba chupando su larga polla. El sujetador cayó por encima de mis rodillas mientras sentía sus dedos acariciando mis sensibles tetas que comenzaban a reconocerle como su único dueño.

La pasión me obligó a tragar cada centímetro de su polla llegando hasta su vello púbico. Sus felices gemidos formaban una dulce música de fondo unidos a los lujuriosos sonidos de mis labios. Nada podía compararse con sentir la excitación de Oli en mi boca.

El gran círculo redondo formado por mis labios apretó contra la gruesa polla mientras comenzaba a mover la cabeza hacia adelante y hacia atrás. Manteniendo el ritmo con el suave balanceo de sus caderas, su agarre se apretó contra mis cabellos cuando comencé a follarle con mi lengua apretada.

La cabeza del pene de Oli empujó hasta la parte posterior de mi garganta y yo me preparé para la dulce explosión de su semen lechoso en mi boca. Me sentía grandiosa. Todo lo que Oli me daba yo lo convertía en miles de kilos de poder. Comencé a chupar más rápido. De forma furiosa. Necesitaba tragar su pesada carga y sentir su esperma cubrir mi garganta y sentir sanar mis heridas con amor...

Pero entonces Oli se apartó liberando su polla de mis labios. Jadeando se agachó y suavemente bajó quedando en cuclillas encima de mi cuerpo ardiente. Se inclinó justo cuando mi espalda llegó al suelo. Su boca se unió a una de mis succulentas tetas. Masticó ansiosamente un pezón hinchado y luego metió más y más el redondeado pecho ardiente en su boca. Pasó la lengua alrededor del pezón una y otra vez mordiéndole suavemente y haciendo que arqueara la espalda y gritara de puro éxtasis.

—Oli...

Deslizó sus manos hacia abajo para quitarme las braguitas. Quería abrir bien las piernas y entregarme.

—Fóllame —susurré con valor atrevido.

—No. Lo que hay entre nosotros es mucho más que follar.

El corazón me saltó del pecho y se derretió en mis manos. Se lo entregué derretido y rendido.

Poco a poco las bragas enroscadas por las piernas finalmente llegaron a los tobillos. Por fin mis piernas pudieron abrirse libremente y mi ardiente coño se preparó para su poderosa polla.

—Voy a hacerte mía. Quiero hacerte el amor. Necesito amarte hasta que mi nombre sea el único que sepas pronunciar.

—Oli... —dije alzando las caderas, pero, en lugar de follarme locamente como creí que necesitaba, él simplemente se rio entre dientes.

Tumbados en el suelo sobre la alfombra de marca blanca atacó nuevamente mis pechos. Justo cuando mi necesidad y lujuria alcanzaron el punto de explosión, Oli me sorprendió empujando

abruptamente mi cuerpo hacia arriba. Descansó brevemente en cuclillas sonriéndome sensualmente. Su dura polla sobresalía directamente de su entrepierna apuntando directamente a mi coño expuesto.

—Eres preciosa...

—Oli —la timidez de siempre intentó asomar, pero los dedos fuertes de Oli sujetos en mis caderas no lo permitieron.

—Eres Belle. Eres lo más bonito del universo. No existe mujer que me excite más que tú. Creo que llevo una vida ocultando lo mucho que te deseo.

Cuando las lágrimas amenazaron con bañar mis pupilas él volvió a moverse. Esta vez pasó una pierna sobre el pecho mientras giraba su cuerpo. En el segundo siguiente encontré a Oli a horcajadas sobre mi rostro. Su polla hundiéndose hacia mi boca abierta mientras bajaba la cabeza hasta mis sedosos muslos.

Lancé un gemido de alegría justo cuando él clavaba la polla en la boca abierta al mismo tiempo que pasaba su lengua por los pliegues cremosos de mi coño. Suspiré y disfruté de la doble dosis de placer que inmediatamente me cubrió.

Volví a saborear su polla casi con la misma emoción con la que me causaba la sensación de sus dedos separando los labios del coño y provocando en mi clítoris olas de erotismo despiadado.

Automáticamente agarré la parte posterior de los muslos mientras chupaba cada parte de su polla con la boca. Sus pelotas bailaron justo encima de los ojos y me emocionó la forma lasciva en que se había posicionado sobre mi cara. Oli era mío. Todo mío.

Decidida a conseguir el mayor placer de nuestras vidas me lancé hambrienta hacia su cuerpo, pero Oli, otra vez, comenzó a alejarse.

—Dame tu mano.

De un salto se puso en pie y me guió hasta su cama. Entre besos y caricias nos dejamos caer sobre el colchón. Las sábanas olían a él. Mi cuerpo se relajó extasiado. Su cuerpo se posicionaba sobre el mío como manta en tarde destemplada de otoño.

—Belle —dijo con voz ronca, —tienes las tetas más bonitas que he visto en mi vida, incluso más bonitas que en los juegos.

—¿Qué juegos? —dije entre risas contenidas.

—Esos en los que a las chicas las llamaba con tu nombre —sonrió travieso.

Mi cuerpo se dejó caer en picada libre mientras él besaba el total de mi piel y halagando lo que siempre creí como defectos.

—Muero por ser el primero.

—Oli, yo...

—Sh, yo soy el primero que te dará amor. Y tú serás la primera en recibir el mío.

El calor de su cuerpo se hundió entre mis muslos. Su duro y grande pene presionó mi coño ardiente.

—Oli...

Su cuerpo excitado y masculino me penetró hasta lo más profundo. El juego previo había conseguido humedecerme como un tobogán de piscina veraniega. Me sentía húmeda, dispuesta y necesitada. Su polla se hundió hasta el fondo y Oli suspiró agitado cuando nuestros cuerpos pegados el uno al otro se rozaba ardientes.

—Bella...

Deslizó sus manos debajo y agarró mi trasero. Su gran polla palpitaba dentro ensanchando cada vez más. Empezó a follarme con movimientos largos y uniformes taladrando mi coño y

frotando arriba y abajo el clítoris con el eje rígido de su polla. Con desesperación por viajar a su lado aferré mis uñas a su espalda.

—Oli...

—Lo haré mejor que nadie —gruñó—haré que sea tu primera noche de amor.

Gradualmente aumentó la fuerza y la velocidad de su polla. La excitación alcanzó un punto álgido cuando nuestros cuerpos desnudos se golpearon. Mi cuerpo se arqueaba buscando alivio.

—Sí. Sí....

Pero Oli estaba más allá de las palabras. Gimiendo de éxtasis martillaba su polla contra mi cuerpo. Folló cada vez más rápido y el placer caliente comenzó a acumularse en mi coño hasta que no pude contenerlo más. Una violenta explosión me sacudió desde los pies hasta los hombros.

Oli me siguió y con un gemido tan profundo como el mío comenzó a convulsionar.

Después de quedar unidos por segundos extra largos, nuestros cuerpos se acariciaron con lentitud. Nos abrazamos mientras las risas llenaron la habitación.

—Te quiero —dijo secando una de las lágrimas de alegría que rodaba por mis mejillas.

—Te quiero —contesté aceptando que desde siempre nos unió algo mucho más potente que la amistad.

Ambos nos miramos hasta que la sonrisa radiante de Oli iluminó la habitación. Su mano se sujetó a la mía y me empujó cariñosamente.

Nos dirigimos a la ducha. Nos metimos y comenzamos a enjabonarnos sabiendo que simplemente estábamos aumentando los deseos del uno por el otro. Tan pronto como la polla de Oli volvió a sobresalir de su ingle, enredé mis dedos con los suyos, lo saqué de la ducha y lo llevé de regreso al dormitorio. Lo empujé hacia la cama y me senté sobre él. El resto fue puro amor.

El cielo se derrumba hasta en días soleados

—A ver si nos aclaramos quiero huevos revueltos y estos son —dije mirando algo de un color amarillo dudoso sobre el plato —¿qué se supone que es esto?

—Es mi especialidad de huevos revueltos con queso fundido.

—¿Eso es queso?

El rostro de Oli se encendió divertido. Estaba en calzoncillos, con el torso al desnudo y con una cuchara en alto.

—Caducado, pero queso.

—No pienso comerme eso —dije cuando comencé a correr por la pequeña sala al sentirme perseguida por un cucharón de madera.

—Oh, sí que lo harás —dijo al alcanzarme y lanzarme sobre el sillón —después de todo no sé porqué te quejas. Llevamos días encerrados haciendo el amor. En la nevera ya no queda nada.

—Haciendo el amor...

Oli me besó con profundidad en el cuello y yo me dejé arrastrar a la vez que abría las piernas. Llevaba tantos deseos de tenerlo dentro como la noche anterior. Nuestros cuerpos no terminaban de saciarse el uno del otro. A más nos amábamos más crecía nuestro deseo.

—El timbre... —dije entre dientes al sentir su mano acariciar mi pecho por debajo del vestido.

—Que se vaya... —contestó mientras mordía el lóbulo de mi oreja.

Cuando comenzaba a estar de acuerdo con su idea el sonido agudo y desagradable me cambió el humor.

—Voy yo.

—Noooo —su mano intentó sujetarme, pero me escabullí por debajo de su cuerpo.

—Cuanto antes abramos antes se irá.

Corrí los cuatro pasos que nos separaban de la puerta de la calle y la abrí. Quizá debí dejarla cerrada.

—¿Qué haces aquí?

Mi voz tembló. Mason, ignorando la pregunta, clavó su mirada en Oliver antes de volverla hacia mí.

—Vengo porque es hora de que la verdad salga a la luz.

Crucé las manos sobre mi pecho cerrando los botones que Oli había quitado. Mason no ignoró mis movimientos.

—Él te ha estado engañando. Te ha hecho creer que es el único para ti, pero es mentira.

Oliver dio un paso adelante, su instinto de protegerme resultó más fuerte que nunca.

—Mason, no tienes idea de lo que estás hablando. Será mejor que te vayas.

Pero Mason solo sonrió sacando de su bolsillo un sobre que lanzó al aire. Las fotos de su interior cayeron al suelo como hojas arrastradas por un viento repentino. Cada una era un eco del pasado que había intentado olvidar. Imágenes mías, sonriente y despreocupada tomadas durante momentos que desconocía. Pero lo que realmente me heló la sangre fue lo que sabía de ellas. Esas fotos habían sido presentadas en un concurso de rostros bonitos, un evento del que había oído hablar y que me hizo caer en una depresión.

Mason con una sonrisa satisfecha observó cómo Oliver recogía las fotos dispersas en el

suelo.

—Sorprendente, ¿verdad? Oliver pensó que sería divertido inscribirte. Me pregunto, ¿cómo te sentiste realmente al respecto, Gabrielle? Recuerdo que me comentaste que caíste en una depresión aguda. ¿Lo sabías Oliver?

Oliver, cuya expresión era una mezcla de arrepentimiento y dolor, no pudo sostenerme la mirada.

—Gabrielle, yo... lo siento. Pensé que...

—Pensaste que ¿qué? ¿Que sería divertido? ¿Que me gustaría ser evaluada y expuesta como si fuera un objeto?

Mi voz temblaba y no solo de ira. La humillación del pasado resurgió reviviendo las peores de mis inseguridades. Por aquellos tiempos estábamos en el primer año de estudios universitarios. El mal sabor de boca se hizo presente en mi garganta como si apenas hubieran pasado unos días. Oliver intentó acercarse, pero di un paso atrás.

—Quería que vieras lo que yo veo en ti. Quería que el mundo supiera lo hermosa que eres. Pero me equivoqué y lo siento. No pensé en cómo te afectaría. Fui egoísta y lo lamento más de lo que puedo expresar.

Mason, disfrutando del caos que había sembrado, intentó interponerse.

—Parece que el caballero aquí presente no es tan perfecto después de todo.

—¡Esto no te concierne!

Sin saber si estaba ante la realidad o una broma, y aún sosteniendo las fotos, hablé confundida.

—Necesito tiempo para pensar en todo esto...

Con esas palabras Mason supo que su trabajo estaba hecho. Con una sonrisa arrogante se dio la vuelta y salió de la casa dejando detrás de sí un silencio tenso. él no buscaba la verdad, solo deseaba hacerme daño. Y lo consiguió.

Una vez que Mason se fue, el aire estaba cargado con palabras no dichas y sentimientos heridos.

—Gabrielle, haré lo que sea necesario para ganarme tu confianza. Lo siento, de verdad lo siento.

—¡Por qué!

—Todo es más sencillo de lo que parece, aunque ahora no me creas, la verdad es que lo hice porque te quería.

—Sabías lo que significaba para mí estar expuesta. Sabes lo que sufrí al enterarme.

—Lo siento.

—Esto no se arregla con disculpas—. dije lanzando las imágenes a su cara.

—Belle. Él solo nos odia. Lo hizo porque deseaba alejarme de ti.

—Y lo ha conseguido.

—No digas eso... tus palabras me matan.

—Quiero estar sola.

Dije y me fui.

Caída Libre

Con cada paso que daba después de trabajo sentía el peso del mundo sobre mis hombros. Las calles bañadas por la tenue luz del atardecer parecían tan vacías y grises como mi cuerpo por dentro. Habían pasado dos días desde que Oli había desaparecido de casa. Dos largos días de silencio y soledad que habían hecho eco en mi alma. Cuando me marché tardé algunas horas en volver y estar dispuesta a saber qué había pasado, pero él ya no estaba.

Me envolví más en mi abrigo consciente de que la ropa suelta que llevaba era más una armadura que una elección de moda. Intentaba ocultar mis curvas, esas mismas que por un momento me hicieron sentir feliz junto a sus palabras de amor.

¿Cómo había llegado a esto? Me pregunté mientras mis pasos resonaban en el pavimento vacío.

Las imágenes de aquellas fotos dispersas en el suelo volvían a mi mente una y otra vez. Cada recuerdo recortaba como un cuchillo una herida profunda. La voz de Mason, con su tono satisfecho al revelar el secreto, aún resonaba en mis oídos. ¿Era esto lo que Oliver había querido? ¿Que el mundo me juzgara como si fuera un pedazo de carne en exhibición?

Oliver dijo que me amaba, que siempre me había amado, pero, si ese amor implicaba hacerme sentir tan pequeña e insignificante, ¿era realmente amor?

Las dudas me carcomían alimentando la oscuridad que parecía consumirme poco a poco.

Intenté encontrar un rayo de luz, algo a lo que aferrarme, pero todo lo que encontré fueron preguntas sin respuesta y un dolor que se negaba a disiparse.

¿Y si nunca lograra sentirme segura de nuevo? ¿Y si este era el comienzo de un fin que no podía controlar?

La idea de que no existiera salida, de que estaba atrapada en ese ciclo de desesperación, me paralizaba.

Cerré los ojos por un momento intentando respirar, intentando encontrar un poco de paz en medio de una inmensa tormenta. Pero la paz era elusiva, y la tormenta, implacable.

La llegada a la casa no me trajo alivio, solo era el recordatorio de que debía seguir adelante, incluso cuando todo dentro de mí gritaba por detenerse.

Abrí la puerta y observé con mirada estrecha buscando y rebuscando de un lado a otro. Una inmensa parte de mí quería encontrar a Oli. Lo necesitaba. Mi corazón lo buscaba de forma desesperada. La soledad que le pedí en un principio me ahogaba y enloquecía. La pérdida de Mason no había significado ni la cuarta parte del dolor que me provocaba la ausencia de Oli.

—Qué es...

Belle, mi Bella:

Intenté abrir el sobre, pero los dedos temblorosos resbalaban contra el papel.

No soporto verte confundida y dolida. Siento que necesitas tiempo para procesar lo que está sucediendo entre nosotros y lo comprendo. He decidido irme temporalmente a un hotel para que puedas tener la tranquilidad que mereces y para que puedas pensar en lo que realmente deseas. Por favor, entiende que esta decisión no significa que quiera alejarme de ti. Todo lo contrario,

es un paso que doy con la esperanza de que podamos encontrar una manera de superar este obstáculo.

Siempre te he valorado, eres lo más hermoso que he encontrado en mi vida y eso nunca cambiará. Estoy dispuesto a hablar y escucharte cuando estés lista. No quiero perderte. Haré todo lo posible para que vuelvas a creer y por eso quiero que sepas toda la verdad. Detrás del concurso de fotos hubo algo muy diferente a lo que Mason dijo y mereces saberlo. Cuando participé en ese concurso, no fue por burlarme o menospreciarte, en realidad lo hice porque sentía una profunda pena por las inseguridades que enfrentabas. Vi tu belleza interior y exterior desde el momento en que te conocí en la facultad. Sabía que tenías un brillo único y que merecías sentirte apreciada y amada. Mi intención al participar en el concurso era demostrarte que eres hermosa. Quería que vieras en esas fotos lo que yo veía en ti todo el tiempo: una persona increíble, fuerte y valiosa.

Sé que mi forma de abordarlo fue torpe y que no consideré tus sentimientos en ese momento. Lamento profundamente si te herí de alguna manera. No era mi intención causarte dolor, sino mostrarte cuánto valoro y admiro todo lo que eres. Al ver tu reacción tuve tanto miedo a perderte que como un cobarde callé. En mi defensa solo puedo decir que en aquellos tiempos ya te quería. Con locura desbordante y con pasión incontenible.

Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para reparar esta situación y demostrarte cuánto significas para mí. Por favor, cuando estés lista, estaré aquí para escucharte y demostrarte todo lo que te quiero.

Oli.

Sentada en la silla abracé la carta y me puse a llorar.

Dentro de mí

Me encontraba sola en la librería, rodeada de estantes de libros que parecían ser la única compañía en mi vida. La ausencia de Oli se había vuelto abrumadora y el silencio que llenaba nuestro apartamento me hacía sentir una de las tantas hojas secas de un libro olvidado.

Mason había estado llamándome y tratando de ponerse en contacto conmigo, pero su presencia ya no me interesaba. Su toxicidad y su intento de separarme de Oli solo consiguieron hacerme sentir aún más estúpida. Lo que una vez creí que era amor se convirtió en odio absoluto. Él jamás me quiso. Ni antes ni ahora. Sus acciones buscaban venganza. El gran Mason no podía soportar ser vencido.

Sacudiendo la cabeza para olvidar escuché el tintineo de la campana de la puerta. Al levantar la vista, el desagradable y responsable de mi dolor se encontraba sonriendo como si nada hubiera sucedido.

—Te he estado llamando —dijo con su habitual tono seguro de sí mismo. Su belleza física ya no me atraía.

—He estado ocupada. ¿Qué quieres?

—Vamos a tomar una copa y olvidemos toda esta tontería.

—Acostarte con mi hermana fue una ¿tontería?

—Vamos, sabes que me lastimaste. Quería causarte el mismo dolor que yo sentía.

—Y por eso te acostaste con ella...

Recogí una pila inmensa de libros y me puse a caminar hacia una estantería vacía. Lo que antes me deslumbraba, en esos momentos me producía arcadas. Mason ya no era ni tan guapo, ni tan brillante ni tan... nada.

—¿Te olvidas que te vi con él? ¿Piensas que no sé que te acostaste con ese friki? Vamos nena, olvidémoslo todo y comencemos desde cero. Tú sabes perfectamente que es a mí a quien quieres. Te conozco.

Apoyé los libros en su totalidad antes de girarme para mirarlo a la cara.

—No. ¡No me conoces! Tú nunca te molestaste en conocerme. Lo nuestro solo fue sexo. Puro y vacío sexo. Todo entre nosotros se limitó a lo que Mason quería.

—No sabes lo que dices...

—Oh, sí, por primera vez sé perfectamente lo que digo. Y ahora hazme el favor de irte. No quiero volver a verte.

La mano firme de Mason se aferró a mi codo.

—¿Crees que él es mejor que yo?

—No lo creo, lo sé.

—Fue él quien se rio de tu cuerpo.

—¡Vete!

—Está bien —dijo observando que comenzábamos a llamar la atención de unas compradoras —me iré. Me sobran las mujeres. Y mucho más si son como tú.

Me rastrilló con la mirada de forma despectiva y se marchó.

Me dejé caer en una silla con las fuerzas pisoteadas y las esperanzas agonizantes.

—¿Ya no piensas trabajar? ¿Quieres que te traiga un café con nata? —La voz del señor Harland sonó áspera e irónica tras mi espalda.

Oculté mi rostro tras las palmas de mis manos y me puse a llorar. Con todas las ganas y fuerzas de años y años de acumulamiento.

—Gabrielle, yo... tranquila. Verás, creo que te quedan días de vacaciones, si quieres puedes tomarte un descanso —dijo nervioso.

—¿Ha dicho vacaciones?

Su calva brillaba tanto como mi extrañeza.

—Qué pasa, yo también tengo mi corazoncito. ¿Por qué crees que soy el director del género romance?

Dijo antes de moverse el nudo de la corbata nervioso y marcharse.

Si no fuera porque estaba llorando me habría puesto a reír.

Sin pensarlo dos veces acepté la oferta del señor Harland para que me cogiera unas vacaciones. Ya no podía pensar en otra cosa que no fuera Oli. Cada momento de no tenerlo me desesperaba. Todo en la casa me recordaba a lo que tuve y perdimos. Llevaba una semana fuera. Tenía que regresar. Esta era su casa, ¡Pero cuándo lo haría!

Su cama, su ordenador y esa taza tan horrible en la que adoraba tomar los cereales con leche. Todos pedíamos a gritos que volviera.

Lo necesitaba. Quería volver a reír con sus tonterías y disfrutar de nuestras conversaciones atontadas. Quería amarlo y que me amara...

La campana del timbre sonó y mi corazón se aceleró al pensar que tal vez era Oli quien regresaba. Corrí y abrí la puerta.

—Sofía...—dije abriendo desilusionada.

—¿Cómo estás? Hace tiempo que no sé nada de ti.

—¿Mason no os ha dicho nada?

Dejó su bolsa sobre una silla y se sentó en el sofá.

—Sí. Por eso estoy aquí. Imagino que la historia es muy diferente a la que él cuenta.

—Me importa poco lo que él diga de mí.

—Y a mí, por eso he venido. Sé lo que hay entre Oliver y tú. Los vi el día de mi boda —dijo con sonrisa traviesa—. Ese chico está loco por ti.

—Y lo he perdido.

Conteniendo las lágrimas siempre que hablaba de él, y como pude, le conté las partes que Mason había olvidado mientras le servía una taza de té con galletas rancias que quedaban en el fondo del armario.

—¿Has hablado con él?

—No contesta al teléfono —negué con la cabeza incapaz de ocultar mi tristeza—. No tengo noticias desde que se fue.

Sofía suspiró y me dio un abrazo reconfortante.

—Lo superarán. Oli te quiere de verdad.

—¿Y eso lo viste mientras bailábamos? —pregunté con humor irónico.

—Cariño, cuando un hombre está enamorado no existe disfraz que oculte a su corazón. Él volverá. Y cuando regrese será el momento perfecto para reconquistarlo. Pero antes de eso, debes arreglarte y lucir espléndida. No por él, sino por ti misma. Eres una mujer preciosa independientemente de lo que suceda en tu relación.

Sofía no cesaba de hablar sobre su valía. Ella me contó que en España tenía una radio para

mujeres, no me extrañaba que tuviera tanta audiencia.

Su mano se aferró a la mía y me empujó hacia el baño.

—¿Qué haces?

—Quiero que te duches, te arregles esos pelos de loca y te pongas una de esas blusas de escote infinito.

—Pero qué...

—Cariño, eres una mujer maravillosa con un cuerpo estupendo. Oli lo vio y volverá a verlo. Ha llegado el momento de desmelenarse.

—Estás loca.

—Mucho. Al menos eso siempre me dice Blake. Gabrielle, tienes gente que te quiere, y mucho, ¿por qué no aceptas que tú también puedas hacerlo?

—Yo me quiero.

—Entonces demuéstalo.

Empujó de mí hacia el cuarto de baño mientras la oía poner música. Por un momento quise decirle que se fuera. Que me sentía morir y que no deseaba nada más que seguir muriéndome en el sofá. Pero entonces la escuché chillar al otro lado de una forma tan desafinada y sin ritmo que me puse a reír. Sí, me puse a reír. ¡A reír!

Cuando salí del baño Sofía tenía mi abrigo en la mano.

Ambas visitamos un salón de belleza. Cambié mi peinado y nos fuimos de compras, y aunque la que veía en el espejo era yo, ya no me sentía la misma.

En la cafetería tomábamos un refresco, cuando me di cuenta de que merecía sentirme hermosa y valorada, ¡y qué demonios! la gente me miraba y no era con sonrisa despectiva. Y si lo era me importaba un pimiento.

Los días pasaron, y aunque seguía sin noticias de Oli, me mantuve ocupada y enfocada en mi propio crecimiento y en los deberes que Sofía me había puesto. La muy loca me obligaba una vez al día a mirarme al espejo y decir dos cualidades nuevas acerca de mí. La primera vez me puse roja y quise salir corriendo, la segunda solo dije una y al final del séptimo ambas reímos de mis propias tonterías.

Las vacaciones se acabaron y regresé a mi rutina.

Rodeada de libros, una tarde, mientras estaba detrás del mostrador, al levantar la vista mis ojos se encontraron con los suyos. Mi corazón dio un vuelco de sorpresa y emoción al verlo de nuevo. Estaba tan guapo que me quitó el aliento.

—Lo siento... —dijo moviendo los labios y con un hilo pequeño de sonido.

—Te quiero —dije sintiendo cada letra pronunciada.

Oli avanzó hacia mí con una expresión de disculpa en su rostro y los brazos extendidos para sujetarme.

—Lo siento. Siento haberme ido sin decir una palabra. Siento no haber contado contigo. Yo solo quería que vieras lo hermosa que eres.

Mientras hablaba sacó una hoja de su bolsillo.

—¿Qué significa esto?

—Ganaste.

—¿Cómo dices?

—Digo que ganaste el segundo premio al rostro más bello. Después de ver lo mal que habías reaccionado decidí callar. Pensé que no entenderías los motivos que me llevaron a inscribirte. Te pusiste histérica y yo no tuve valor a decirte la verdad. Temí perderte. Desde ese día escondo el

premio entre mis adquisiciones más valiosas.

Yo miraba una y otra vez el recorte del impreso sin poder creérmelo. Él había confiado y me había querido más que yo misma. Si antes lo quería ahora sentía que el pecho se me rompía de amor por Oli.

—Sé que fui un estúpido. Solo quise que supieras que no soy el único que aprecia tu belleza. Quería que te sintieras tan hermosa como yo te veo cada vez que te tengo delante.

Oli hablaba y mi vista no se alejaba de la hoja. Un sentimiento de alegría me embargó el corazón. Oli no se había reído de mí como decía Mason. Él había cometido una estupidez para demostrarme que era hermosa. ¿Se podía ser más lindo?

—¿Solo el segundo puesto? —la sonrisa estúpida se me atragantó entre las lágrimas de emoción.

—Seguramente uno del jurado era miope.

Oli se me acercó abriendo los brazos y yo me lancé hacia su pecho.

El calor de su cuerpo, el aroma a madera y protección estaban allí. Como siempre desde el día que lo conocí.

—Te he extrañado tanto...

—Mi bella Belle...

Nos abrazamos con fuerza. Oli tomó mi mano con ternura y comenzó a hablar con la mirada fija en la mía.

—Lamento profundamente haberme ido de esa manera. Fue un error pero tuve mucho miedo a que no me comprendieras. Por un momento creí que Mason podría separarnos. Me asusté y decidí que era mejor esperar a que pudiera explicarme.

Sus palabras resonaron en mi corazón y su sinceridad era evidente en su mirada.

—Yo también lamento no haberte escuchado antes. Yo también cometí errores. Me dejé llevar por mis prejuicios. Fui una tonta.

Oli me miró con ternura y con una mirada que reflejaba la profunda conexión que habíamos compartido desde el principio. Con cuidado, acercó su rostro al mío.

En el crepúsculo de una tarde adornada por el brillo de la noche que entraba por el escaparate, el mundo parecía contener su aliento anticipando un momento de belleza inefable. Nuestra distancia se medía en latidos presurosos.

Con una suavidad que contrastaba con la intensidad de sus ojos tomó mis manos acertando el abismo que hasta ese momento nos había separado.

—Belle —susurró como una caricia contra el viento—. Llevo años enamorado de ti. Al verte con Mason el corazón se me partió en dos. Esa tarde, el día que él vino a casa y comenzasteis a salir. Esa fue el peor de mis días. Esa misma mañana, el día en que me lo había encontrado por casualidad y por boca suelta le conté que iba a animarme a decir que te amaba, jamás pensé de lo que él sería capaz. Le dije que eras mi amiga y que vivías conmigo y que deseaba poder decirte lo que siento. fui un imbécil.

—Yo no... ¿qué estás diciendo exactamente?

—Lo conocí hace tiempo. En el último año de bachillerato. Lo que no te conté fue que él salía con la profesora de música. Cuando la dirección se enteró ella rompió su relación con Mason. Al parecer siempre me culpó de que su romance fuera descubierto por el consejo directivo. Te juro que yo jamás lo delaté.

—Estás diciendo... no me lo puedo creer. ¡No puede ser verdad! ¿Él quería vengarse de ti?

—Imagino que eso fue al principio, luego estaba claro que se enamoró de ti.

Oli se alejó nervioso.

—Todo lo que has sufrido fue por mi culpa.

—No puedo creer que haya sido tan mala persona. ¿Todo era una venganza? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Quise hacerlo, pero estabas enamorada y él me juró que eran todas ideas mías...

—Y por no hacerme daño te callaste... Soy yo la que te debo pedir disculpas. Fui una idiota. No supe ver más allá de mis narices.

—Belle, amor... ¿me puedes hacer un favor? —dijo acercándose y sosteniéndome por los hombros.

—Lo que quieras.

—Me puedes dar un beso y olvidarte de Mason para siempre.

—Creo que puedo —contesté poniéndome en punta de pies y acercando mis labios sobre los suyos.

Con la delicadeza de quien toca la flor más frágil Oliver acercó sus labios sobre los míos reduciendo el espacio entre nuestros alientos. El silencio de los libros, cómplice de nuestra unión, envolvió el momento en un manto de silencioso permitiendo que nuestros cuerpos hablaran el lenguaje antiguo del amor.

Un encuentro tan suave, tan lleno de promesas, que el mundo parecía girar un poco más lento. Fue un beso que habló de añoranzas y sueños. Un beso que selló promesas y borró distancias, un beso que, en su dulzura, llevaba la fuerza de un juramento eterno. Un diálogo sin palabras. Una danza de alientos y latidos que narraba historias de amor eterno. En ese instante, éramos la certeza de dos almas encontrándose en el umbral de su destino.

Nuestros labios se unieron, nuestras lenguas se acariciaron y nuestros corazones se unieron en una promesa infinita.

—¡Bravo!

—¡Bravo!

—Qué romántico...

Nos giramos para ver a unas lectoras que abrazando sus libros de portadas color pastel chillaban entusiasmados. Sentí el ardor subir por mis mejillas y Oli sonrió divertido.

—A ver si nos movemos y compramos algo que las escritoras necesitan cobrar por su trabajo. Que las facturas no se pagan solas.

El señor Harland terminó de ordenar mientras empujaba a las lectoras como si fueran un rebaño hacia las cajas registradoras.

—Y el amor necesita de su alimento diario —terminó no sin antes regalarnos un guiño de ojo.

Oli volvió a envolverme entre sus brazos y acercar sus labios a los míos.

—Será mejor que le hagamos caso, no queremos que te echen del trabajo —dijo y me besó.

Epílogo

Fue un beso que hablaba de segundas oportunidades, de redención y de un futuro juntos. Nuestros labios se movían con la misma armonía que siempre habíamos tenido. Era como si estuviéramos destinados a encontrarse una y otra vez. Cuando finalmente nos separamos, nuestras miradas se encontraron, y un brillo de alegría y esperanza iluminó nuestros ojos. Sabíamos que habíamos superado obstáculos, pero estábamos dispuestos a enfrentar cualquier desafío que se presentase en nuestro camino.

—Belle —dijo con voz suave—te amo más de lo que las palabras pueden expresar.

Mis ojos se llenaron de lágrimas de felicidad mientras

—Y yo te amo a ti. Más que el final de cualquier libro de romance.

Yo sonreí y los brazos de Oli me arrastraron hacia su pecho disfrutando de una tarde en el sofá besándonos sin apuros.

Sonó el timbre y ambos nos quedamos extrañados. Nos miramos sorprendidos, sin saber quién podría estar tras la puerta.

Cuando abrí la puerta, me encontré con la figura de Amanda, mi hermana, parada tras el umbral. Su sonrisa parecía forzada, y llevaba consigo una bandeja de pastas como pretexto.

—¡Oh, Gabrielle! ¡Qué alegría verte! —exclamó con un tono de voz exageradamente amigable.

Oli y yo intercambiamos miradas de confusión, y algo en el comportamiento de Amanda me hizo sentir incómoda.

Amanda se acercó a Oli, mirándolo con descaro.

—Tú debes de ser Oli, vaya Gabrielle nunca mencionaste lo guapo que era.

Ella entró y se lo comió con la mirada. Oli mantuvo su compostura, pero yo no pude evitar sentir una creciente inseguridad. Sin embargo, hacía meses que ya no era la de antes. Las palabras de Oli y la ayuda de Sofía habían ayudado a aceptarme tal cual era. No era tan osada al creer que me adoraba a mi misma, pero iba en el buen camino.

Me armé de valor y di un paso adelante y alejé su mano que se dirigía directo hacia el pecho de mi chico...

—Lo siento, Amanda, pero Oli y yo estamos juntos —declaré con firmeza y poniendo un pie para alejarla de su cuerpo.

La expresión de Amanda cambió de sorpresa a molestia mientras se daba cuenta de que su intento de seducción no estaba funcionando. Oli me miró con orgullo agradecido por mi defensa.

—¿Por qué has venido?

—Me tenías preocupada. Aunque con estas compañías entiendo perfectamente que estuvieras alejada.

Se acomodó el escote y movió las piernas dejando muy a la vista sus piernas perfectas bajo su falda diminuta. A pesar de sus formas mi determinación no vaciló. Ya no era la gordita que corría a esconderse tras el ataque de su hermana envidiosa.

Oli se acercó a mí y tomó mi mano con ternura. Amanda, lejos de alejarse pareció cobrar coraje.

—No tengo nada pensado para esta tarde. ¿Igual podría quedarme?

Amando se insinuó sugerente y Oli se sonrió antes de hablar.

—Lo siento, pero tu hermana y yo teníamos planes. Ya sabes, cuando se está enamorado no existe tarde a solas que sea suficiente.

Amanda se dio la vuelta y se marchó furiosa. A medida que Amanda se retiraba, Oli y yo nos quedamos en la puerta, mirando su partida.

—¿Por qué crees que ha venido?

—Imagino que para reírse de mí. Ella siempre luchó por conseguir lo mismo que yo.

—Lamentablemente conmigo eso no será posible —dijo abrazándose a mi cintura y empujándose hacia su cuerpo.

—Te veo muy seguro —contesté besándolo en los labios.

—Puede que necesite un poco más de seguridad.

Dijo antes de cerrar la puerta de un puntapié y arrastrarme hacia el cuarto entre besos y frases de amor.

Porque si el amor que se recibe es un buen final, el que nace de la propia aceptación es el inicio de un mejor comienzo.